

***Raazbal***

¡Atención! Este es un pdf de distribución gratuita que contiene la primera de las tres partes de la novela Raazbal, libro de fantasía épica que fue publicado en 2010 por la editorial Grupo Ajec en España con distribución nacional. El libro impreso puede adquirirse todavía actualmente en librerías y tiendas especializadas. El ebook puede adquirirse a través de Amazon por un precio mucho menor.

Descubre el booktrailer, otras portadas alternativas para el libro, entrevistas al autor, fragmentos escogidos, y descárgate los mapas del Mundo Oculto para ambientarte mejor en la novela, aquí: [www.raazbal.blogspot.com](http://www.raazbal.blogspot.com)

Web del autor: [www.oscarbribian.com](http://www.oscarbribian.com)

**Primera parte:**

***El misterio de las Piedras  
Alma***

# *PRÓLOGO*

## *Año 644 de la Nueva Era en Arasca, el Mundo Oculto.*

Martín despertó de pronto de un mal sueño. Estaba empapado en sudor y enroscado entre las sábanas. Solo los resuellos que emitía su respiración entrecortada desgarraban el silencio de la habitación. El pequeño Pedro dormía apaciblemente a su lado con los labios torcidos en una sonrisa, como cualquier niño que sueña con querubines y animales fantásticos.

Martín, en cambio, permanecía rígido sobre la cama, no más que una tabla cubierta de paja. Un rayo de luz se colaba entre los maderos de la pequeña habitación, que en realidad no era otra cosa que un chamizo donde los hombres de la guarnición almacenaban la leña para el invierno. El conde del castillo, Sancho Castro, había decidido acoger a los dos pequeños hijos de campesinos, Pedro y Martín, compadeciéndose de las condiciones en que los había encontrado días antes.

Se cumplía una semana desde que el propio conde llegó a la aldea cercana al río Fuenteclara, decidido a cobrar el impuesto a sus campesinos, y encontró un pueblo esquilmo en lugar de familias labrando la tierra. En medio de aquel desolador escenario de chozas carbonizadas y campos incendiados, se había producido una matanza. Las mujeres yacían en el suelo después de haber sido violadas, algunas incluso después de muertas. Los hombres aparecían apaleados sobre un gran charco de sangre. Muchos con el cuello rajado de oreja a oreja. Otros colgados de las ramas de los árboles más próximos, por haber tratado de defender a sus esposas.

Don Sancho Castro ordenó a sus hombres que enterraran a los muertos y apagasen las pocas llamas que persistían. Tres jornadas más tarde volvieron a la aldea con el padre Pere, el cura del castillo, para bendecir las tumbas y dar la remisión a los difuntos. Fue entonces cuando vio a los dos muchachos escondidos en los campos de trigo que flanqueaban el camino de vuelta. Ambos estaban desnutridos, con la ropa hecha jirones y manchada de sangre y ceniza, el pelo desaliñado y los ojos lacrimosos. Uno de los dos hermanos tenía en torno a los diez años y la rabia contenida reflejada en su rostro. El otro era dos o tres años menor que él: unos chiquillos. Solo Dios sabía por qué penurias habían pasado, y Castro decidió llevárselos para acogerlos en su castillo.

Ahora, Martín había revivido en su pesadilla todas las atrocidades que presenció y tuvo que soportar aquella terrible noche en la aldea. Los asesinos llegaron al galope como una manada de lobos hambrientos, ocultos bajo el manto de una noche sin luna. Mientras las familias dormían, el ruido de los cascos de los caballos advirtió de su presencia, y cuando estuvieron muy cerca encendieron y enarbolaron antorchas que brillaban en la oscuridad. Al momento prendieron fuego a las chozas, obligando a salir a la gente. Las mujeres gritaban asustadas mientras intentaban abandonar sus hogares, algunas llevando a sus hijos pequeños en brazos. Los hombres se pertrecharon con azadas, picos o rastrillos para defenderse de los atacantes.

En menos de una hora la aldea ardía en llamas. Los campesinos yacían degollados en el suelo o ahorcados en los árboles más cercanos. Los niños lloraban y se orinaban encima acurrucados en los rincones, sin poder mover un solo músculo, aterrados por los gritos que los violadores hacían proferir a sus madres.

Martín odiaba a cada uno de todos esos hombres. Los odiaba profundamente, y aunque procuraba no pensar en ellos para evitar caer en la locura, siempre los recordaba en sus pesadillas. Especialmente resonaba en su memoria un hombre al que sus

compañeros apodaban “el niño”, debido a sus depravados gustos hacia los chiquillos. El muchacho tenía grabado en su mente el momento en que aquel sodomita obligaba a su hermano mientras él era apaleado por otro hombre sin poder evitar el abuso.

Rígido y con los ojos llenos de lágrimas, Martín decidió relajarse abrazándose a sí mismo para aliviar la tensión a través de sus rígidos hombros. Después se restregó los ojos para apartar las legañas situadas en las comisuras, y trató de desprezarse extendiendo los brazos en forma de cruz. Buscó a tientas sus sandalias. Una vez calzado, se levantó al mismo tiempo que se sacudía la paja pegada a sus cabellos y más tarde salió del cobertizo.

El muchacho casi se dio de bruces con el montón de leña que los hombres del castillo habían sacado a la intemperie para dejar cobijo a los dos niños. La pila de troncos y ramas secas estaba cubierta por un manto grueso y apilada junto a la puerta, así que Martín necesitó rodearla para salir de la sombra y contemplar el sol matinal. El cielo era raso y el sol prometía no tener clemencia aquella mañana. Eso le animó. Llevaban varios días soportando las lluvias.

La torre del homenaje se erguía imponente frente a él. La base de la planta octagonal ascendía en pendiente pronunciada hasta la altura de un hombre y, después, la pared ascendía en perfecta vertical mucho más alto que cualquier otra cosa en los alrededores del condado. Incluso le parecía que las aves se veían forzadas a rodearla debido a la imposibilidad de volar más alto. Nunca, durante su vida como hijo de campesino, había estado dentro de un castillo, ni siquiera a menos de varios centenares de varas, así que las colosales estructuras de la fortificación lo impresionaban como el primer día. No podía evitar su asombro cada vez que pasaba bajo los grandes umbrales que separaban las murallas del exterior.

Poco después el muchacho subía por una empinada rampa, hecha con cuatro troncos unidos por maderos horizontales, hacia la cocina que se encontraba en el patio de armas del castillo. Aquella era una tosca construcción de piedra pegada a la torre que servía de vivienda a la guarnición, cercana al arsenal y a la torre del homenaje. La entrada, tan grande como el portón de un granero, quedaba a varios pies de altura por encima del suelo, para evitar que las inundaciones ocasionadas por las lluvias estropearan los alimentos. En esta época del año se mantenía abierta para que el calor no se concentrase en la cocina, junto al humo del fogón y el olor del gran caldero de cocido. Allí preparaba la sopa de la mañana Sebastián, el maestro de cocina. La larga fila de hombres que esperaba su ración de caldo, pan de trigo y tocino, se alargaba en fila india hasta más allá de la rampa de troncos.

Subió deprisa la pendiente, abriéndose paso entre los soldados. Debía cumplir la única tarea que el conde le había encomendado por el momento: ayudar a los mozos de cuadra a enjabonar todos los días los caballos de la guarnición, un total de doce. Era una labor que lo mantenía ocupado todas las mañanas. Le encantaban los caballos, mucho más esbeltos y hermosos que las mulas utilizadas por su padre en el campo, así que procuraba levantarse temprano a diario para estar el mayor tiempo posible en compañía de estos animales. Soñaba con montar uno alguna vez, sentir su lomo bajo las posaderas y las riendas en sus manos, para luego perseguir a aquellos que mataron a sus padres y vengarse de lo que le hicieron a su familia.

El chico entró en la cocina y se plantó frente a Sebastián, mirándole por debajo del flequillo con expresión impaciente. El achaparrado cocinero seguía removiendo el caldero del cocido e iba llenando con el cucharón de madera los recipientes que dos de sus ayudantes repartían a los soldados, los cuales aguardaban fuera en fila. Al ver al muchacho con prisa, el cocinero le dedicó una mueca y dijo:

—Calma, no corras tanto. Los caballos no van a escaparse.

Uno de los ayudantes de Sebastián, que oyó la broma, se echó a reír tratando de taparse la boca con ambas manos. Parecía que el lastimero aspecto de Martín, delgado, con el rostro enjuto y el pelo revuelto de forma cómica, divertía al joven ayudante de cocina, no más de cuatro años mayor que él. A Martín las risas le resultaron indiferentes, y asintió con la cabeza como cualquier niño que acepta ansioso toda responsabilidad solo por conseguir su recompensa.

Sebastián envió a uno de sus mozos a la trastienda. Era una habitación húmeda y pequeña, únicamente destinada al almacenamiento de la carne salada y a la extracción del agua del pozo, de unas cuarenta varas de profundidad. En torno a este se apilaban montones de rocalla, destinada a su remodelación. En pocos meses la guarnición del castillo se había duplicado y el pozo ya no daba abasto. Habría que ensancharlo. Alrededor del caño había unos cuantos cubos de madera dispuestos con una cuerda para ser bajados al fondo. El mozo bajó el cubo con cuidado y poco después lo subió colmado de agua tirando con ambos brazos. Se lo entregó a Martín, que no vaciló en dar las gracias mientras corría de nuevo rampa abajo, azuzado por las burlas de los soldados, mientras el agua saltaba por los bordes del recipiente y salpicaba el suelo y algunas botas.

Después de pasar bajo las puertas de la muralla interior, en dirección a los establos, Martín detuvo su atención un momento para observar a Mordao, el cuidador de la jauría. Era un hombre recio y de rostro angosto, manchado por un poblado bigote oscuro, y con la frente oculta bajo un gorro de piel, el cual había comprado la semana pasada después de ahorrar durante diez días su paga. Se dedicaba a cuidar la jauría del conde, a la que se trataba con más delicadeza que a los mozos del establo. Cada día barría la perrera y ponía paja fresca.

Ahora Mordao estaba entrenando a uno de los perros de caza. Se servía de una gruesa tela que se enroscaba alrededor del brazo derecho para protegerse de los ataques del animal, y usaba un látigo para provocarlo. Su trabajo llevaba consigo mucho peligro y dedicación, incluso a veces dormía con los perros para mantenerlos en calma por la noche. Sin embargo, el muchacho había oído en boca de otros que Mordao cobraba poco más de lo que ganaba un vulgar criado de castillo. Debía tener un gran afecto por los animales, pensaba el chico.

Enseguida llegó a las caballerizas con el cubo medio lleno, debido al bamboleo alegre al que lo había sometido durante el trayecto. Entró en la habitación donde vivían los dos mozos de cuadra, separada de las caballerizas por un arco de madera, y los saludó cortésmente. Nico y Alonso, mucho mayores que él, lo recibieron como cada mañana, contentos por tener un ayudante. Al fin y al cabo era alguien que estaba por debajo de ellos en su reducida escala de mando. De esta manera Martín comenzó su oficio. Cogió un paño limpio que colgaba de un clavo arqueado en la pared y un raspador junto con algo de jabón grasiento, que le habían dejado preparado los mozos. Los tres entraron en las caballerizas y decidieron comenzar con una yegua de cría, de piel oscura y hocico blanco, a la que todos llamaban Princesa. Martín tenía que usar un taburete para encaramarse hasta lo alto del lomo del animal. Uno de los mozos limpiaba junto a él, mientras el otro se ocupaba de llenar los espacios para el heno y el abrevadero.

Así transcurrían las mañanas para Martín, mientras su hermano pequeño dormía placenteramente y esperaba algunas horas para ayudar en los huertos.

# 1

## *El desfile*

### *Año 650 de la Nueva Era*

*“Corren tiempos difíciles.  
En el Este pacen las bestias.  
En Occidente los hombres no sospechan”.*  
**Susurro de un sauce.**

*1 de agosto*

Graus observaba montado en su palafrén los imponentes muros blancos de la ciudad. Por orden de Lockmayor las trompetas sonaron en las torres de la gran puerta, y las altas colinas devolvieron el eco.

El ejército había sido conducido de regreso a la ciudad, a Barrock, la más importante del condado que llevaba su mismo nombre, situado en el extremo nororiental del Imperio de Pulse. Seis días habían transcurrido desde que la modesta tropa mercenaria de Beld se puso al servicio del gran señor de Barrock, el conde Lockmayor, junto a otras muchas milicias extranjeras para secundar al pequeño ejército del noble en la contienda contra don Juan de Aitania.

Ahora el contingente de la tropa mercenaria se adentraba en la ciudad desfilando triunfante por la calle principal, animado por atabales y trompetas y por la gente que los vitoreaba a modo de vencedores, tal como el conde había dispuesto.

Avanzaron hasta casi ocupar toda la prolongación de la calle. Al frente marchaba Lockmayor, de porte distinguido y barba grisácea, seguido por las unidades de caballería del castillo y la ciudad. Más atrás, los dos centenares de mercenarios. Primero los hombres de a pie y después los jinetes. Algunos individuos procedían de las regiones situadas al norte del reino, como Graus, Beld y los suyos, mientras otros habían llegado del este o de las turbulentas tierras meridionales. Todos ellos eran mercenarios curtidos, pero Graus sabía que tenía el mejor capitán de toda la multitud.

El desfile concluyó con un amplio y redundante redoble de tambores, y entonces el conde comenzó un discurso que solo las primeras filas pudieron oír.

Graus observó a su capitán. Beld permanecía montado en su caballo y reclinado sobre el pomo del arzón, como desprendido de todo aquello. Era un hombre portentoso físicamente, moreno y algo iracundo. Sus oscuros y largos cabellos le caían a la altura de los anchos hombros. Los ojos negros y la mandíbula siempre tensa le daban una expresión férrea que solo se desvanecía cuando el vino lo embriagaba. Una capa rasgada y deteriorada por el tiempo cubría la cota de malla que portaba pese al intenso calor de agosto. Las musculosas extremidades superiores, protegidas por sendos brazales de hierro labrado, terminaban en unos dedos anchos y fuertes, que a Graus le parecían no tener igual. Beld pertenecía a un linaje de nobles norteños, aunque solo era el hijo bastardo del jefe de un clan ascadio, y su madre una prostituta fallecida tras darle a luz.

Con esta, Graus sumaba la cuarta ocasión que prestaba servicio a un conde de las tierras fronterizas, y no era el primer desfile que efectuaba en las calles de una ciudad. Ya había disfrutado de esta experiencia anteriormente en los días posteriores al asedio del castillo de Verneck, junto a Beld y casi los mismos compañeros de tropa. Por aquel entonces el complacido conde que los contrató se cuidó de repartir tres reales de bronce para cada hombre de a pie, y cinco para los jinetes. En el presente, Lockmayor les había prometido el doble de esta cantidad.

Cuando el conde terminó su discurso, todos alargaron el pescuezo para ver si por delante ya habían empezado a pagar las soldadas, pero no se veía nada excepto la cadena de guardias, apostados como una muralla alrededor del gran señor.

Se produjo un súbito nerviosismo, y de entre las primeras filas brotó una potente voz que recorrió la hilera de mercenarios:

—¡No hay soldadas! ¡Ese canalla no quiere repartir las soldadas!

En ese mismo instante la cadena de guardias montados arremetió contra la vanguardia de la tropa, estallando un salvaje griterío. La calle se sumió en un completo caos. La gente que antes vitoreaba y contemplaba el desfile corrió hacia sus casas para refugiarse de la cólera de los mercenarios extranjeros. La formación se dividió inmediatamente en decenas de grupos precipitándose por calles y callejas desiertas, entre las puertas cerradas de los hogares, los furiosos ladridos de los perros y los insultos que llegaban desde las ventanas acompañados por lluvias de piedras.

Graus vio desaparecer por una de las calles a Lockmayor, seguido por varios soldados leales. Luego escuchó cómo Beld ordenaba a sus hombres que le siguieran, mientras se internaba al galope por una de las innumerables callejas empedradas. Solo Graus y otros ocho hombres de confianza le obedecieron; el resto se bifurcó en diversas direcciones.

Fueron a parar al zoco oeste de la ciudad, donde algunos comerciantes habían dispuesto sus enseres para venderlos después de la exhibición militar. El estrépito de los cascos de caballos sobre el empedrado causó espanto en el lugar. Los transeúntes corrían entre los tenderetes y abacerías tratando de escapar de los tres mercenarios que habían dejado la carrera para comenzar el linchamiento. Poco después tomaron otra callejuela, intrincada como una culebra en el agua, y uno de los jinetes hizo trastabillar a su caballo al intentar doblar una esquina; la caída resultó fatal para el hombre, aplastado bajo el peso del animal.

La estrecha calleja desembocó en una plazoleta oculta entre las apiñadas casas de piedra. La torre de una iglesia erguida frente a ellos se elevaba de forma que impedía la entrada de luz en el lugar a esas horas de la mañana.

Beld avanzó a trote hasta el pórtico. La asimétrica escultura del tímpano mostraba las figuras de Cristo y sus discípulos en la última cena. Una vez allí, detuvo a su caballo orientándolo de lado, sacó un pie de los estribos y abrió la puerta de un puntapié. A continuación pasó bajo el dintel, reclinado en la silla para evitar golpearse la cabeza. Graus y los otros lo siguieron.

En el interior, un grupo de feligreses rezaba junto al altar del Cristo Crucificado. La concurrencia estaba formada por mujeres, todas ellas de mediana o avanzada edad, que empezaron a gritar espantadas cuando Beld y los suyos prorrumpieron en la misa.

—¡Silencio! —vociferó Beld, intentando acallar en vano los chillidos de las mujeres— ¡U os abro a todas en canal!

Entonces salió del escondite de detrás del púlpito el cura que arengaba las oraciones. Era un hombre viejo, con el pelo ralo y cano, y vestía la sotana y alzacuellos propios de su religión.



—No te atreverás a profanar la casa de Dios, extranjero —amonestó el cura al avezado mercenario.

—¡Calla, embustero, que comes gracias a la caridad de los que engañas! —lidió el capitán al tiempo que desmontaba. Graus y los demás siguieron sus movimientos.

—¡Dios os maldecirá y su maldición caerá sobre todos vosotros! —gritó el cura.

—¡Calla! —ordenó el capitán mientras se abría paso por el pasillo flanqueado de bancos, ahuyentando con la espada desnuda a las mujeres.

—¡Que el demonio os lleve consigo! —maldijo el cura hasta perder la voz.

Beld se plantó frente al capellán. El anciano apenas le llegaba a la altura de los hombros. El cura carraspeó para luego intentar hablar, pero Beld le golpeó en el rostro con el dorso de la mano, tan fuerte que lo arrojó a un lado.

El cura no volvió a abrir la boca.

Beld agarró a una de las mujeres por el brazo. Era una mujer morena y hermosa, con el cabello atado en una trenza. De un tirón la despojó de su túnica y extendió la tela en el suelo.

—Dejad ahí todo lo que posea algún valor —señaló con la punta de la espada—. Si Lockmayor no quiere pagarnos lo prometido, entonces pagaréis vosotras.

Nadie se movió. Las mujeres estaban paralizadas por el miedo, sin creer lo que sucedía ante sus ojos. Hubo unos segundos de silencio en los que nadie parecía decidir qué hacer. Graus pensó en largarse y dejar a sus compañeros allí, pues tarde o temprano la guardia de la ciudad solventaría la pequeña revuelta y se tomarían prisioneros. Prefería olvidar el asunto y salir de la ciudad cuanto antes, como debían estar haciendo muchos mercenarios, en lugar de permanecer por las calles saqueando para obtener un mísero botín compuesto por colchones y enseres domésticos. Después de todo, ¿qué podrían sacar de un puñado de mujeres?

—Así que ninguna de vosotras tiene un regalo para mí —ironizó el capitán ascadio.

En vista de la tácita respuesta del grupo, Beld se acercó a la morena que antes había sujetado por el brazo. La miró fijamente a los ojos, y cuando la mujer trató de evadir su mirada, la agarró de los cabellos con un raudo movimiento. Beld meneó la cabeza de la mujer, como si fuera una muñeca, al tiempo que ella pateaba y gritaba para zafarse de sus manos. Después la puso de rodillas a la altura de su cintura. Luego se desabrochó el cinturón con la mano que le quedaba libre.

Graus miró perturbado la escena. Beld seguía haciendo sufrir a la muchacha, respaldado por las carcajadas y aplausos de sus hombres.

—¡Déjala! —lo exhortó Graus—. Deja a esa mujer en paz y larguémonos.

Vio la sonrisa provocadora que se trazó en el rostro del capitán. En ese mismo instante, Graus comprendió que había cometido un error. Creyó sentir sobre él las miradas hostiles de los demás. Los hombres habían encontrado botín y él comprendió que el relicario de la iglesia y las mujeres servirían para satisfacer sus necesidades. Todos estaban de parte del capitán, todos salvo él.

—¡Esfúmate! —rezongó Beld—. Márchate si quieres. Nosotros estamos a salvo aquí.

Graus no comprendió al capitán. Afuera se entablaba una amarga lucha entre guardias, ciudadanos y mercenarios, con desventaja para estos últimos, puesto que Lockmayor había planeado el ataque en las calles de la ciudad, allí donde la tropa mercenaria no podía maniobrar con facilidad para defenderse. Pero el capitán no había realizado ningún esfuerzo por reagrupar a todos sus hombres y ahora se encontraba en el interior de aquella iglesia desprendido de todo aquello.

En vista del resultado de sus palabras, Graus no tuvo otra elección que salir solo al exterior para intentar escapar de la ciudad. Procuró volver por donde habían venido, pero la desmedida cantidad de calles, todas parecidas, nublaban su sentido de la orientación. En algún momento se topó con una muralla, que siguió en dirección norte hasta luego girar hacia el este y encontrar las puertas principales, cerradas a cal y canto. En aquella parte de la ciudad se extendía una gran plaza que comunicaba con la calle cardinal. Allí, la última resistencia mercenaria arremetía contra las puertas de hierro para intentar escapar, al tiempo que varios arqueros apostados en el pretil disparaban sus flechas para impedirlo, y la guardia montada cargaba sobre la multitud lanza en ristre. En el suelo de la plaza yacían decenas de hombres.

Aquello parecía ser el insólito final de un ejército que dos días antes derrotó a las tropas de don Juan de Aitania. Los vencedores habían celebrado la victoria a lo grande, con fiestas y bacanales, y Lockmayor llevó a cabo su alevosía aprovechando el júbilo de los mercenarios, muchos de ellos desarmados durante el desfile. Pero Graus no podía entender los motivos de la traición. El conde podía permitirse el pago de las soldadas, pues sus arcas rebosaban de monedas de plata y bronce, a juzgar por sus ostentosos hábitos, así que esa no había sido la razón. No podía haber sido la única razón.

Escuchó una orden detrás de él y pronto comprobó que estaba rodeado. La descarga de una ballesta anunció su final. Notó el chasquido en la nuca y cayó al suelo, exánime.

## *Martín y don Sancho*

*“Veo en su mirada un destello.  
Es hijo del viento y la tragedia.  
Su corazón es benigno  
y sus años escasos”.*

**Mensaje de Adelar, dios del viento.**

*2 de agosto*

Pasaron siete años desde la llegada de los dos pequeños huérfanos al castillo de don Sancho Castro. El pequeño Pedro se había convertido en un muchacho alto y espigado, mientras que el hermano mayor ya contaba los diecisiete años. Martín era ahora un joven fuerte para su edad y con buena talla. Su apuesto semblante y sus largos cabellos castaños, inusuales para los hombres de la época, que preferían la melena corta, atraían las miradas de muchas jovencitas cuando bajó por vez primera a la ciudad del condado.

A principios de agosto, cuando don Sancho se presentó con su cargamento de barriles de vino el día de San Pedro de Osma, hubo muchos comentarios y expectación acerca de su inusual acompañante. De todos los ancianos que residían en la pequeña ciudad, solo el viejo Simón, apodado comúnmente como el “viejo cerveza”, conseguía atraer la atención de los más jóvenes y otros no tan jóvenes. Contaba sus historias en “El Asador”, una taberna situada en una de las cuatro esquinas de la plaza del mercado. Sus cuentos fantásticos de dragones alados y héroes con armadura eran bien recibidos por todos, y hasta los que lo aventajaban en edad escuchaban sus sabios consejos. Ahora el “viejo cerveza” tenía mucho que decir sobre el asunto.

—¿Quién es ese joven que vino con don Sancho? —preguntó el anciano Gregorio, levantando su bastón sobre las cabezas de los demás para conseguir un poco de atención.

—Tiene que ser del norte, de las montañas —propuso Lordín, un longevo sabelotodo de la misma edad que Simón.

—Su nombre es Martín, y no por ser alto tiene que ser del norte —repudió el “viejo cerveza”—. Piensa hasta que te crezca el pelo hasta los hombros y comprobarás como tengo razón. Mi hijo, que sube de vez en cuando al castillo para ofrecer queso de cabra al señor conde a cambio de unas monedas, dice que ese muchacho es uno de esos dos huérfanos que sobrevivieron en Fuenteclara seis inviernos atrás.

—¡Pobre muchacho, qué tragedia! —suspiró audiblemente la mujer de Gregorio, una anciana rechoncha y corta de vista.

—Sin embargo el destino tuvo un nuevo giro inesperado con aquellos muchachos —prosiguió Simón—, pues ya fuera por lástima o por recordarle a sus dos hijos fallecidos hacía años por las gripes, o por ambas dos razones, el conde los acogió en el castillo y con el tiempo los nombró sus escuderos. Llegó a cogerles tanto cariño que incluso los educó en el arte de las letras y los números, puesto que ambos demuestran más interés por estos temas que su propio hijo Rodrigo, más propenso a

destacar en el manejo de las armas. De esta manera los dos hijos huérfanos de campesino viven ahora mejor de lo que habrían podido optar con sus padres.

—Dicen también que los dos jóvenes son los hijos bastardos del conde, fruto de su relación con Ángela, la hija del zapatero —apuntó uno.

—¿De verdad? —respondieron varias voces, intrigadas por el chisme.

—No digáis tonterías —censuró el “viejo cerveza”, levantando su tono de voz grave y decorosa—. Los rumores de la relación entre el conde y esa joven surgieron hace apenas una década, ¡y ese joven que acompaña al conde ya pasó la adolescencia!

Todos callaron ante la convincente resolución de Simón, quien siguió con sus observaciones:

—Además, desde que murió la esposa de don Sancho al dar a luz a su único hijo vivo, Rodrigo, el conde no ha estado con ninguna otra mujer.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —inquirió Lordín, molesto por no acaparar entre los concurrentes el mismo protagonismo que su locuaz compañero de generación.

—Te lo explicaré... —prosiguió el “viejo cerveza”, llenando de nuevo su pipa de fumar tabaco.

Miguel, el tabernero, apareció de detrás del mostrador con una bandeja repleta de jarras de cerveza fría. Dejó la bandeja sobre la mesa redonda y se unió a la charla entre agradecimientos.

—¡Beban, beban! —instó Miguel—. Y no me lo agradezcan a mí: ¡invita el “viejo cerveza”!

Martín manejaba las riendas del carromato tirado por bueyes, haciendo caso omiso de las miradas y los comentarios de la gente que saludaba al conde afectuosamente. Ambos iban sentados en el pescante, y detrás de ellos, custodiando el plúmbeo cargamento de barriles de vino, permanecían el bueno de Andrés y el gigantón Vicente, dos hombres de la guardia del conde.

Poco antes habían atravesado las puertas del recinto amurallado que rodeaba la ciudad, y ahora dejaban la amplia y bulliciosa plaza del mercado para adentrarse en la calleja del vinatero. La ciudad parecía un verdadero pozo de basura, debido a la cantidad de barro producido por las lluvias estivales y los desechos que la gente descargaba en la calle. Prácticamente en todas las ciudades del reino había que atravesar dichas calles pisando sobre tablones y defender las casas con diques de piedra. Solo en Tesara, la capital, las avenidas más céntricas y distinguidas estaban pavimentadas. Pero allí las rodadas quedaban enterradas de tal modo en el barro que los carros apenas podían salirse de ellas para dejar paso al que viniese en dirección contraria. El estiércol se depositaba sin miramiento alguno en la calle, ni más ni menos que las demás basuras, y los mendigos dormían sobre este terreno inmundo, envueltos en harapos. Muchos de ellos aguardaban en la puerta de la iglesia a las señoras que salían de misa, tendiéndoles entonces sus demacradas manos para recibir una mísera limosna.

Mientras se adentraban en la tiznada y lóbrega calleja, Martín destinó una contemplativa mirada arriba, donde los balcones de los edificios de ambos lados de la estrecha calle casi se tocaban entre sí. Las viejas casas de ese tramo eran altas como murallas, y sus paredes se inclinaban ligeramente hacia delante, de forma que al joven conductor le parecía estar avanzando en el fondo de un abismo, donde la superficie se hallaba sobre los tejados de madera. Vio a una anciana llamar con el escobajo a la ventana de una vecina para preguntarle a gritos cómo estaba su marido, en tanto un hombre sacaba por la ventana un cubo de excrementos y meaos y lo vaciaba, acompañando con el movimiento un aviso de “¡agua va!”, mientras los transeúntes de

abajo se apartaban y le lanzaban vejaciones y frases de desprecio por no tener más cuidado.

Casi al final de la calleja se cruzaron con un grupo de comediantes. Estos preparaban sus irrisorios títeres y ultimaban los guiones de la escuálida obra teatral que pensaban representar para conseguir las risas de los más jóvenes y las donaciones de los adultos. Martín tuvo tiempo de observar a uno de los titiriteros, quien sin vacilación alguna se bajó las calzas y sacó su miembro viril para orinar en medio de la calle.

Se detuvieron poco después al llegar a una fachada donde había una puerta grande sobre unos pocos y anchos escalones. La puerta estaba abierta y, sobre ella, colgado de una viga, sobresalía un cartel donde se podía leer en letras blancas “La bodega de Mario”, inscritas sobre la figura de un esbozado barril. Don Sancho bajó del carromato y ordenó a Martín, Vicente y Andrés que entrasen los barriles en dicha bodega, donde el vinatero les pagaría cinco reales de bronce por barrica, y luego esperasen su regreso.

Don Sancho se alejó a paso ligero, desapareciendo tras una esquina cuyo lóbrego callejón daba de nuevo a la plaza del mercado. Una vez allí, cruzó las avenidas de puestos de fruta, tenderetes y baratillos donde los comerciantes mostraban sus abalorios, hasta llegar a una taberna situada en una de las cuatro esquinas de la plaza. Dentro había un gran salón concurrido, repleto de mesas redondas, y la entrada a un oscuro pasillo del que salían múltiples risas y carcajadas. Don Sancho se acercó a la parte del mostrador donde se encontraba Miguel, el tabernero, y le hizo una señal con la mano. El hombre asintió y se acercó para hablarle al oído:

—Acaba de llegar —le susurró—. Está en la cuarta habitación a la derecha.

Don Sancho flanqueó algunas mesas, una de ellas presidida por el conocido “viejo cerveza”, quien le saludó como siempre y siguió charlando amistosamente con algunos ancianos que se reunían en torno a él. Se internó en el estrecho pasillo, flanqueado por numerosas habitaciones de huéspedes o salas de juego privadas. Entró en la cuarta habitación a la derecha, descorriendo las cortinas del umbral. El interior estaba iluminado débilmente por las trémulas velas que colgaban de las paredes, y los muebles se reducían a una mesa redonda de juego y a su alrededor varias sillas de respaldo alto. En uno de los asientos permanecía sentado, con la espalda encorvada y los brazos cruzados sobre la mesa, un hombre de aspecto robusto y con el rostro oculto por el embozo de una capucha.

Al ver la llegada de don Sancho, el hombre se levantó, descubrió su rostro cubierto parcialmente por un espeso bigote y extendió los brazos.

—¡Sancho, viejo amigo! —exclamó.

—¿Cómo estas, Enrique? —saludó don Sancho esbozando una sonrisa.

—Mi aspecto no es tan espléndido como el tuyo, amigo mío. Te conservas bien —halagó Enrique estrechando la mano del otro.

Se sentaron a la mesa, pidieron al tabernero que trajese vino y dos copas, y una criada de cabellos oscuros y corpiño escotado apareció en la sala para servir a los señores y luego retirarse, riendo sin pudor un comentario obsceno por parte de Enrique. Comenzaron a hablar y recordar viejos momentos, riendo y bebiendo, hasta que surgió el tema por el que se habían reunido. Enrique de Aurion ostentaba igualmente el cargo nobiliario de conde, gobernaba un territorio situado en la frontera más oriental del Imperio, en la turbulenta región de Alania, muchas leguas al este de donde ahora se encontraban, y recurría a su viejo amigo Sancho para pedirle ayuda.

—Empecemos con lo que nos ha traído hasta aquí —interpuso Sancho—. Tengo a tres de mis hombres esperando afuera.

Enrique abordó inmediatamente el asunto que había venido a discutir.

—Ambos estamos de acuerdo en que al rey le quedan pocos días de vida, y su despreciable vástago asumirá el trono en poco tiempo.

Sancho asintió, sin advertir adónde quería llegar su viejo amigo. Todo era cierto. El rey contaba ya los ochenta años, mucho más de lo que había alcanzado cualquiera de los de su abolengo, pero ahora sufría una grave enfermedad y su hijo y heredero Arislan era un auténtico déspota. Se rumoreaba que tramaba arruinar todo el trabajo de su padre y su difunto abuelo, una dilatada labor para conseguir unificar a los pueblos de Occidente y mantener la paz, y pensaba ampliar el Imperio más allá de sus fronteras actuales, volviendo a guerrear con los reinos vecinos con el deseo de expandir la fé cristiana a golpe de espada. El príncipe Arislan anhelaba un reinado tirano, acaparando prácticamente todo el poder militar, y donde la mayor parte de la aristocracia no ostentase ningún poder político.

—Dado que nuestros intereses en este asunto son similares, pensé que podríamos unirnos en busca de una solución junto a los otros nobles —dijo Enrique.

—¿Qué solución? —inquirió Sancho, temiendo lo que iba a escuchar.

—Tal vez el futuro rey necesite desprenderse primero de los nobles que no le apoyan, y de aquellos que reniegan o dudan de nuestra propia religión, como es tu caso, querido amigo.

Sancho titubeó un momento esperando la solución que tanto temía. Enrique siguió hablando:

—Todos los condes de la región de Alania estamos a favor de unir nuestras milicias y derrocar a la monarquía para evitar el mandato del sucesor del rey. En el este, solo Lockmayor, el señor de la ciudad de Barrock, parece apoyar al rey y al príncipe.

—¡Pero yo respaldo plenamente al rey! —exclamó Sancho con vehemencia al oír lo que le proponían— Aquí, al oeste del Imperio, todos los aristócratas defendemos a la Corona incondicionalmente. Aunque todos los condes y barones de Alania unieseis vuestras huestes de mercenarios en tal contienda, las tropas reales os aplastarían secundadas por los demás nobles del reino.

—Es por eso por lo que recurro a ti, Sancho —terció Enrique, poniendo más énfasis ahora en sus argumentos—. Tú puedes convencer a muchos para unirse a nuestra causa; tienes muchas influencias.

—Gracias al rey que ostento mis resortes —añadió Sancho, impertérrito. Jamás había osado desafiar a la Corona. Era cierto que ni siquiera era un buen creyente, porque aunque había leído y estudiado la religión de su pueblo, e incluso se la había inculcado a su hijo, también a Martín y a Pedro, no creía realmente en ella, y solo lo hacía para guardar las apariencias y ganarse la confianza de la inquisitiva Iglesia; sin embargo, siempre había estado de parte del rey, porque era un monarca cultivado en las letras y justo con cuantos le rodeaban.

—¡Pronto el rey morirá, y aquel que te aceptó en su Consejo real en otra época e hizo de ti un varón distinguido no estará para rehusar las abyectas ideas de su hijo! —tronó Enrique, tratando de disuadir a su amigo—. Si Arislan toma el poder, los condes que renieguen de la religión del Imperio perderán todo poder político, e incluso pagarán impuestos mucho más elevados. Lo mismo sucederá con los nobles de Alania, que ostentamos tierras muy lejanas a la capital. Y después de esto, poco a poco, serán los demás nobles quienes sufrirán el autoritarismo del príncipe. Al final todos saldremos perdiendo.

Sancho sintió un vuelco en el corazón. La confusión que le produjo este último comentario lo dejó perplejo. Siempre había conocido al rey Argnor, de linaje nórdico, como único soberano de Pulse. En cualquier momento, su hijo podía sucederle en el trono y tirar por tierra toda una labor de progreso y expansión pacífica que nadie hasta

entonces había conseguido, en los más de quinientos años de historia del reino, ahora convertido en imperio. Pero dudaba en la eficacia de terminar con la monarquía.

Sancho meditó durante unos instantes y luego clavó los ojos en la copa colmada de vino.

—La pregunta a la que nos enfrentamos es muy simple —lo interrumpió Enrique en sus pensamientos, poniéndose de pie—. ¿Somos nobles con orgullo o somos vulgares esclavos?

Sancho permaneció reservado, aguantando la inquisitiva mirada del otro conde.

—¿Qué me dices? —inquirió Enrique—. ¿Tu valor se limita a defender al rey, o estas dispuesto a luchar por lo que crees?

—He pasado ocho años al frente del Consejo real, redactando leyes y tratados...

—¿Acaso piensas que esas resoluciones seguirán vigentes cuando Arislan sea coronado emperador, señor del Imperio de Pulse? —terció Enrique.

—¿Y con qué ejército pensáis oponeros al príncipe? —replicó Sancho—. Él es el único que mantiene numerosas tropas regulares.

—Contrataremos mercenarios y organizaremos milicias de campesinos, como lo hacíamos en tiempo de guerra con los reinos orientales...

—...o como lo hacéis ahora entre vosotros para repartiros las tierras —añadió Sancho en tono sarcástico.

—Habrá una tregua, Sancho —explicó Enrique, irritado por la actitud de contrariedad de su amigo—. Una tregua entre los nobles del este.

—¿Y quién pretendes que sea el líder de dicha alianza?

—Don Roldán —aclaró Enrique.

—¿Un hombre al que no siguen ni cincuenta jinetes? —replicó Sancho esbozando una mueca burlona—. ¿Acaso no has contemplado nunca Tesara, amigo mío? ¿Sabes lo altas que son las murallas? ¿Y el número de soldados que las custodian? La capital es inexpugnable. Si el bueno de don Roldán se acerca a esas murallas no quedarán de él ni los huesos.

—Es un hombre de alto linaje, Sancho, e influyente al igual que tú —explicó Enrique—. No necesitamos únicamente poder militar, sino también poder político. Por eso solicito tu ayuda, amigo mío. Sé de tus amistades con varios miembros del Consejo real, y puedes conseguir que muchos nos apoyen.

—Lo pensaré —contestó Sancho—. Ahora he de irme, mi gente me espera.

—Escucha —instó Enrique—. Hay una segunda opción, pero esta es más mezquina y menos honrosa.

—¿De qué se trata? —inquirió Sancho frunciendo el ceño.

—Hablo de asesinar al príncipe Arislan, para que su hermano menor, Arlotar, herede el trono —explicó Enrique bajando el tono de voz una octava.

—Arlotar es un hombre honesto, conformado con su posición —dijo Sancho—. Jamás aceptará participar en una traición contra su hermano.

—Sé que Arlotar no se enfrentará a Arislan en una guerra, ni apoyará el asesinato, pero tendrá que gobernar si su hermano muere, sea cual fuere la causa —continuó Enrique.

—En cualquier caso desecho absolutamente tu segunda opción, no es propia de ningún caballero —terció Sancho.

—Está bien, pero prométeme que pensarás en la primera propuesta —insistió Enrique—. Necesito tu ayuda. ¿Volveré a verte pronto?

—Te lo prometo —respondió Sancho al tiempo que se despedía y salía de la sala, recorriendo de nuevo las cortinas.

Don Sancho dejó atrás la taberna y cruzó de nuevo la plaza en dirección a la calle del vinatero, donde Martín y los demás lo esperaban con el carronato evacuado de barricas. El conde observó el cielo carmesí del atardecer sobre la altura de los tejados. Cuando llegó al final de la calleja del vinatero, Martín le entregó la bolsita de cuero hinchada de reales de bronce. Sancho no necesitó recontar el dinero, confiaba en el muchacho.

—¿Dónde habéis ido, si puede preguntarse? —inquirió Martín, a quien le había intrigado la discreción del conde.

—Debía reunirme con un amigo sobre un asunto del que no puedo tratar con más personas, pero del que he de meditar por mucho tiempo.

—Entiendo —Martín comprendió que debía conformarse con eso, de manera que azuzó a los bueyes y retomaron el camino de vuelta.

—Cuando llegemos al castillo —comentó don Sancho—, quiero que avises a Mordao para que prepare a los perros para la mañana siguiente. Saldremos de caza temprano.



## *La cacería*

*“Aúlla el lobo,  
 ladran los perros,  
 embiste el jabato,  
 dispara el cazador.  
 Corre, corre, lobo hambriento,  
 lucha, lucha, jabato,  
 hasta que tus fuerzas flaqueen,  
 resiste por tu honor”.*  
**Canción antigua de Pulse.**

*3 de agosto*

Agosto era buena época para cazar. Uno de los batidores del conde había vuelto al amanecer, hablando de un jabalí enorme cuyo territorio se encontraba en un espeso monte, a orillas de un río que serpenteaba a media jornada de camino del castillo. El cazador había tenido la oportunidad de contemplar al animal en la lejanía y calculó su tamaño con ayuda de las ramas quebradas en el territorio y de la amplitud y profundidad de sus huellas.

Don Sancho mostró especial interés en el asunto. Tal vez no tuviera otra oportunidad para cazar en mucho tiempo, así que decidió ocuparse de todos los detalles. Examinó la jauría de perros y los caballos que iban a utilizar durante la montería, y se ocupó él mismo de tensar la cuerda de su arco de abedul.

Al caer la noche del día siguiente, don Sancho llegó al campamento de avanzada situado en los lindes del territorio del animal, acompañado por Martín y por su hijo Rodrigo, quien también llevó a su escudero Gerardo. Este era un hombre tuerto, mucho más viejo que su señor, pues rondaba los cincuenta años. El conde habló con los cazadores y con los batidores, incluido el viejo Mordao, para acordar con ellos las señales de cuerno, la colocación de los caballos de reemplazo y las medidas pertinentes para evitar la huida del animal.

A la mañana siguiente se adentraron en el monte, tapizado de castaños y alcornoques. Por orden de don Sancho, el grupo se detuvo y solo siguieron adelante el cazador que llevaba al sabueso y el conde junto a Martín, ambos a caballo. Rodrigo se sintió molesto con la decisión de su padre de dejarle en la retaguardia.

—¿Acaso no quieres que te acompañe, padre? —protestó, inquieto sobre la grupa de su montura. El joven noble se hallaba en la plenitud de su vida, con apenas tres décadas cumplidas era un hombre hábil con las armas y de constitución fuerte. Tenía las facciones duras heredadas de su padre, las cejas profundas y el pelo castaño, en forma de melena corta, ocultaba dos feas orejas.

—Quédate tranquilo, Rodrigo —respondió el conde—. Bien sabes que la caza requiere de adiestramiento y una preparación física de la que comienzo a carecer, por lo que es muy posible que el animal escape de mis manos y debas ser tú el verdadero protagonista de la cacería. Espero que sepas aguardar el momento.

—Haré como mandes, padre. Aunque preferiría acompañaros —señaló el hijo, y acto seguido desensilló para pisar la tierra húmeda y ordenar a su escudero que le sirviera de comer.

—En realidad —confesó don Sancho a su joven acompañante, mientras seguían solos al sabueso del cazador, monte arriba—, prefiero que Rodrigo se quede atrás porque en las últimas ocasiones siempre me robó la pieza. Tal es su determinación y su ansia de demostrar sus facultades que a uno, por muy padre que sea, no deja de afectarle que su propio hijo le niegue una de las pocas satisfacciones que le quedan. Además, el ejercicio de cazar exige también una preparación moral importante. Rodrigo debe aprender a acatar las órdenes y esperar el momento oportuno.

Martín sonrió al escuchar a su señor, al que podía considerar como a un padre después de haberlo acogido varios años atrás en su castillo.

—Prefiero intentar cazar a esa bestia por mis propios medios, o al menos tener yo la primera oportunidad de abatirlo —prosiguió—. Y si no lo consigo, a buen seguro que mi hijo lo logrará.

Poco después el terreno boscoso se volvió más abrupto. El conde ordenó a Martín vigilar a los caballos mientras él y el batidor seguían a pie al inquieto sabueso hasta el refugio del jabalí. Martín no tardó en perderlos de vista tras el follaje. Ató a los caballos al tronco de un árbol y se dedicó a esperar. Pasaron los minutos, luego las horas. Echó mano de la cantimplora que le colgaba al cinto y bebió algo de agua. Luego se comió un pedazo de pan de trigo untado de sebo y una manzana, su fruta preferida. Mientras mascaba se preguntó qué hora debía ser.

Era mediodía. El joven permanecía recostado en la hendidura de un majestuoso sauce, aplacado por la suave brisa que recorría el bosque y agitaba armoniosamente las hojas de las copas. Ya parecía haberse olvidado de la caza, cuando de pronto oyó el triple toque de cuerno. El sabueso había hallado el escondrijo del jabalí. Ahora el animal había escapado y la señal llamaba a la jauría de perros y a los demás cazadores.

Martín se levantó sobresaltado. Percibió a lo lejos la voz de su señor. Cada vez que la oía estaba más cerca, pero no entendía nada. Desató a los caballos y esperó. Pocos segundos después, un enorme animal pasó a su lado como una exhalación. Martín cayó al suelo por la impresión y los caballos se alarmaron. El joven volteó rápidamente por el terreno para evitar que uno de los equinos lo aplastase al levantarse sobre sus patas traseras. Se incorporó y sujetó las riendas del animal, tratando de calmarlo. Al momento llegaron el cazador y el conde. El cazador siguió la dirección por la que había huido el animal, ayudado por el sabueso, que tiraba nervioso de la correa de manera que arrastraba prácticamente a su cuidador a través del follaje. Don Sancho cogió las riendas de su alazán.

—¡Es enorme! —le dijo al joven, como si este aún no lo hubiera visto.

—Lo sé, señor, ¡ha estado a punto de embestirme!

Martín sujetó el estribo derecho para ayudarlo a montar. De pronto el conde ya estaba en la silla, clavó las espuelas en las ijadas del caballo y lo puso al galope. Martín lo perdió de nuevo de vista, pero solo tenía que montar el otro caballo y seguir el sonido del cuerno del batidor para adivinar dónde se encontraba su señor.

Los demás cazadores y mozos formaron un semicírculo en el bosque para forzar al jabalí a escapar a campo abierto, donde no habría dificultad en cazarlo. El animal salió de la espesura perseguido por los perros de caza, el conde, su hijo Rodrigo y el resto del grupo. Detrás apareció Martín, rezagado.

No hubo tiempo de montar en los caballos de reemplazo para perseguir al animal por terreno llano, porque el jabalí dio media vuelta ante el asombro de todos y retornó al bosque, cuando ya parecía no volver. De esta manera Martín quedó en ventaja frente a los demás perseguidores, y cabalgó internándose de nuevo en la fronda. Siguió al jabalí hasta llegar a terreno abrupto, entonces lo perdió de vista y continuó a pie. No estaba dispuesto a perderlo. Cogió la aljaba y el arco atados a la silla de montar, advirtiendo que solo gozaba de cuatro flechas; al salir del castillo el día anterior recordaba haber contado seis flechas, y ahora faltaban dos. Pensó que se habrían perdido durante el transcurso de la persecución. Luego tomó un sendero natural que lo llevó al borde de un barranco. Bajó la mirada: más de cinco metros de pronunciada pendiente imposibles de salvar. El animal no podía haber seguido por ese camino, no sin estrellarse con los troncos que obstaculizaban el repecho. Entonces escuchó un resuello, cerca, detrás de él. Se giró lentamente. Los jadeos se debían a la fatiga de un animal grande y provenían de detrás de unos matorrales. Martín sacó una flecha de la aljaba y tensó el arco. El corazón le latía con mucha fuerza, presionándole las costillas, como si quisiese salir de su huesuda celda.

El jabalí surgió de su escondite con un agudo chillido y se lanzó contra el joven. Antes de que Martín pudiera apuntar al animal, ambos cayeron rodando por el acentuado barranco, golpeándose con los troncos que les salían al paso. Al llegar abajo, el jabalí se incorporó con velocidad y huyó al oír los cuernos de caza y los ladridos de los perros acercándose. Martín quedó peor parado, aunque sin ningún hueso roto. Se encontraba al pie del barranco, donde el terreno era más uniforme y menos inclinado. Trató de incorporarse como buenamente pudo, pero tenía todos los músculos entumecidos tras los golpes. Decidió esperar a que los demás llegasen y lo ayudaran para evitarse un gran esfuerzo.

De repente aparecieron los perros de caza, una docena, ladrando ferozmente al tiempo que seguían el rastro del jabalí. Pasaron rápidos frente a Martín, sin prestarle atención. Entonces el joven vio al conde entre las abigarradas hileras de árboles y la floresta. Caminaba parsimoniosamente con el arco en mano, fatigado.

Cuando Martín se disponía a llamarle, una flecha se clavó en el brazo izquierdo del noble, haciéndolo recular y caer al suelo. El joven se quedó sin habla al verlo derribarse. Al momento llegó Rodrigo junto a su escudero Gerardo. Detrás de ellos venían los mozos y cazadores. Rodrigo vio primero a su padre yaciendo en el suelo, aquejado por el dolor, con una flecha clavada en el brazo.

—¿Qué ocurre aquí? —le preguntó a su padre.

—Alguien le ha disparado —contestó Martín, saliendo apuradamente de debajo de la maleza.

Rodrigo observó que la pluma de faisán, que remataba la saeta hundida en el brazo de su padre, era igual que las que utilizaban tanto Martín como el conde en sus aljabas, muy diferentes a las plumas blancas de oca que empleaban la mayoría de los tiradores.

—¡Maldito embustero! —encolerizó Rodrigo al verle, quien no le tenía simpatía al joven—. ¡Debí haberlo supuesto!

—No, no es lo que piensas —trató de explicar Martín al comprender lo que sucedía.

Rodrigo se acercó a él y le propinó un puñetazo en el estómago, dejándole sin aliento y haciéndolo caer de rodillas.

—¡Basta, Rodrigo! —postuló el conde—. Él no ha sido, la flecha vino de otra dirección.

—Pero padre, no había nadie más aquí.

—¿Cómo sabes tú eso? —inquirió el conde. Su voz sonaba quebrada por el dolor punzante—. ¡Suéltale!

—Debemos sacarle la flecha —medió el viejo Mordao, acuclillado junto a su señor—. La herida podría infectarse en poco tiempo.

—¡Rápido entonces! —le ordenó el conde—. Estoy perdiendo mucha sangre.

Mordao decidió hacerlo él mismo, pues sabía cómo tratar las heridas de flecha. Primero examinó la lesión: el proyectil había penetrado considerablemente en la piel, por eso perdía tanta sangre, pero la punta de acero no había tocado el hueso. Pidió a dos mozos y a Rodrigo que sujetaran al conde mientras él extraía la flecha y limpiaba la herida.

Martín recuperó el aliento y se acercó al conde, rezando por la persona que años antes lo recogió de las ruinas de una aldea para acogerlo en sus aposentos. Alrededor se habían agrupado todos. Los primeros gritos de don Sancho fueron desgarradores. Después sus fuerzas flaquearon. Mordao retiró la flecha a un lado y vendó la herida con un jirón de su camisa. Don Sancho se había desmayado.

—Tenemos que volver al castillo —dijo Mordao—. Allí el médico podrá curarle la herida.

Rodrigo accedió a la propuesta del cazador y anunció el fin de la montería. Dos horas después levantaron el campamento próximo al bosque y volvieron al castillo de Castro. Rodrigo ordenó apresar a Martín y confinarlo en un calabozo.

—Te haré ahorcar por lo que has hecho —dijo—. Con o sin el consentimiento de mi padre.

## Condenado

*“La envidia no corrompe a los corazones puros,  
pero estos pueden ser dañados por mentes resentidas”.*

**Proverbio trecio.**

*5 de agosto*

Martín despertó en la más completa oscuridad, en el centro de una habitación cuadrada, cuyas paredes y techo eran de piedra maciza, a excepción de una pequeña puerta de madera. Yacía tumbado sobre su espalda en un montón de harapos sucios que le habían servido de lecho, y tenía los tobillos sujetos por sendos grilletes. La celda apestaba a excrementos y a sudor, y solo de cuando en cuando percibía el exiguo corretear de las ratas que deambulaban por la celda. Su espalda y extremidades estaban entumecidas y doloridas por la caída que había sufrido durante la cacería, y el abdomen le dolía fuertemente allí donde Rodrigo le había golpeado con furia.

No tenía idea de qué hora podía ser, tampoco oía nada que pudiera ofrecerle una pista, puesto que los calabozos del castillo se encontraban bajo tierra, y en ellos no entraban la luz ni los sonidos de la superficie. Supuso, puesto que lo habían recluido en la celda al anochecer y había dormido seguramente algunas horas, que el sol matinal ya se habría posado en el horizonte, o estaba a punto de hacerlo. Pensaba en quién habría podido disparar al conde y maldecía en silencio a Rodrigo por su estúpida conclusión.

De pronto se descorrió la rejilla de la puerta y alguien habló a través de ella.

—¡Eh, muchacho! —dijo una voz—¿Estás despierto?

Martín no contestó a la pregunta y trató de levantarse, apoyando su dolorido cuerpo contra la rugosa pared de piedra. Una vez estuvo en pie, sus piernas empezaron a ofrecer síntomas de un gran agotamiento. Rodrigo lo había obligado a hacer el camino de vuelta a pie, con las manos atadas por una soga al arzón de la silla de uno de los caballos. Intentó acercarse a la puerta con la mirada perdida, pero los grilletes lo retenían a poca distancia de la pared.

—Eso parece —respondió con sarcasmo la misma voz masculina.

Martín alzó los ojos en dirección a la rejilla y agudizó la vista frunciendo el ceño. Samir, el carcelero del castillo, lo contemplaba desde el pasillo situado al otro lado de la puerta. Era un hombre de tez morena y acento extranjero del sur. Sus ojos estaban empañados, y aunque la rejilla solo dejaba entrever la cabeza y parte de los hombros de aquel hombre de aspecto tosco y cerril, parecía tener dificultades para mantenerse derecho. Probablemente estaba borracho, pensó Martín.

—¿Algún deseo antes de ver a San Pedro? —balbuceó Samir. Le costara articular las palabras. Su estado de embriaguez era incuestionable.

A Martín le pareció extraño que Samir mencionase a San Pedro, pues ni siquiera practicaba la religión cristiana. Sin embargo, el joven no respondió y esperó a que el carcelero descorriese el pestillo y abriera la puerta. En el umbral apareció un hombre giboso, aún más robusto de lo que parecía tras la puerta. Samir llevaba una esclavina

oscura sobrepuesta a una sucia vestimenta hecha de andrajos y jirones de piel bovina. En su mano izquierda sostenía una garrafa abierta de vino, y en la otra una bandeja con una hogaza de pan de trigo y un bol de sopa. De su cintura pendía un aro con un manajo de llaves.

Martín necesitaba escapar. Hubiera podido coger a Samir en el momento en que este le dejaba la bandeja a sus pies, pero dudaba mucho de poder someterlo por la fuerza, y ni siquiera tenía la certeza de que el manajo de llaves incluyera la que abriría los grilletes que lo aprisionaban. Renunciando a una remota posibilidad de escapar, dejó que Samir se alejara y optó por hablarle una vez que este se disponía a cerrar de nuevo la puerta de la celda.

—¿Cómo se encuentra el conde? —preguntó.

—Eso no te incumbe, traidor —masculló Samir, irritado. Luego cerró la puerta echando el pestillo y desapareció.

—¡Don Sancho sabe que yo no disparé la flecha! Yo no debería estar aquí. Debería estar cuidando los caballos —replicó Martín.

—Eso no es lo que dice Rodrigo —contestó Samir descorriendo la rejilla y apareciendo nuevamente detrás de la puerta.

—¿Y qué dice Rodrigo?

—Asegura que su escudero te vio utilizar el arco contra el conde, y Rodrigo no duda de su escudero —explicó Samir—. El joven señor ha mandado levantar un patíbulo para tu ejecución mañana por la mañana frente a la iglesia de San Basilio, en la aldea que se encuentra al pie de la colina.

Martín se quedó sin habla. Un acerado estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Sintió cómo las rodillas le flaqueaban más que nunca y el estómago se le revolvía en un espinoso nudo de temor e inseguridad. Había esperado permanecer apresado varios días, por lo menos hasta que se celebrase un juicio justo.

—¡Pero don Sancho no puede permitirlo! —prorrumpió Martín con denuedo. No podía creer que don Sancho todavía no hubiera intercedido en la decisión de su hijo.

—Según he oído, el conde ha perdido mucha sangre y tardará unos días en dejar el lecho, si no empeora —dijo Samir—. Yo en tu lugar rezaría a la virgen, muchacho, o a tu dios, hasta que mañana te llegue la hora, porque nadie va a socorrerte; ni siquiera tu hermano, que ha llegado hace un rato y lo he despachado por orden de Rodrigo —el cheposo carcelero se despidió de Martín con estas últimas palabras, dejándolo solo con decenas de pensamientos rondándole la cabeza.

*6 de agosto*

Pedro llegó temprano. Cuando bajó a la cercana aldea donde se había ubicado el patíbulo, apenas se había abierto paso el amanecer en el horizonte. El cielo despejado que ahora comenzaba a iluminarse vaticinaba que aquel sería un buen día de verano, aunque no para él ni para su hermano mayor. Las persianas de las sólidas casas de madera y piedra que rodeaban la plaza pronto se levantaron para dejar entrar la luz matinal en los hogares. La gente del pueblo empezó a salir de los bajos portales y a aglomerarse en derredor a la horca. Algunos, sin embargo, sin saber la hora exacta del ahorcamiento, aprovecharon para abrir sus negocios. El herrero se puso manos a la obra y pronto se escucharon los metálicos golpes del martillo contra el yunque. El abacero subió el entoldado de su comercio y sacó los cajones repletos de fruta y carne en conserva, ayudado por su mujer. Los hombres jóvenes, como los peones y aprendices de

profesión, y las viejas, fueron los primeros en congregarse. Estas últimas, no teniendo otra cosa mejor que hacer, comentaban las anteriores muertes por ahorcamiento en el pueblo o alrededores. Una de ellas, la más anciana de todas, recordaba con algo de exageración por su parte que una vez un hombre se quedó colgado con vida con la soga al cuello, y para cuando murió estrangulado tenía el rostro azul y el cuello se le había alargado tanto que casi parecía un brazo.

El alguacil encargado de la puerta de la empalizada de madera que rodeaba la aldea dejó paso a los campesinos que venían de las fincas más cercanas. Algunos llevaban huevos, leche y verdura para vender, y otros permanecían en pie en la plaza esperando a que tuviese lugar el acontecimiento.

Pedro se recostó en la base de las jambas esculpidas en el pórtico de la iglesia de San Basilio, junto al atado de ramas secas que había recogido en una arboleda para llevarlas más tarde al fogón del horno principal del castillo.

La gente esperó atentamente la llegada del condenado a muerte. Todos tenían la mirada fija en el castillo de Castro, al que daban guardia diez molinos de viento, como el castillo parados, inmovilizados en el tiempo. Dicha construcción se erguía sobre una dominante colina, desde la cual se observaban las vastas extensiones de huertas y cultivos, pertenecientes a varias aldeas y a un mismo señor.

De repente, ante el nerviosismo de la multitud, se abrieron las pesadas puertas de madera del fuerte, y a lo lejos salió un pequeño grupo encabezado por el capitán de la guardia. El curtido hombre de armas montaba un hermoso corcel blanco, seguido por un carro tirado por bueyes, en el que iba el prisionero maniatado. Detrás del carro cabalgaban tres hombres en sendas monturas. Uno de ellos era Rodrigo, el hijo heredero del conde, distinguido por su indumentaria de caballero, montado sobre un vigoroso caballo de guerra, que avanzaba con paso firme y decidido. A su lado permanecía Gerardo, su fiel escudero. En tercer lugar marchaba un sacerdote pequeño y regordete, de barba rizada e incipiente calvicie, montando un asno de color plomizo. Varios guardias de a pie cerraban la procesión.

Rodrigo, Gerardo y Fray Umberto habían declarado ante el tribunal del condado, reunido en la nave de la iglesia el día anterior. Bajo juramento, Gerardo declaró haber visto al condenado, Martín, disponer el arco que usaba durante la cacería para tratar de liquidar al conde; Rodrigo defendió con su palabra el argumento del escudero, añadiendo que el tamaño y la factura de las flechas que se encontraron en la aljaba del joven condenado coincidían con la que había dañado de gravedad al conde. Fray Umberto, finalmente, rompiendo su voto de silencio por el bien de don Sancho, aseguró que el condenado se confesó de su pecado cuando fue a visitarle a la celda. Estos tres testimonios eran suficientes para que el tribunal declarase a Martín culpable.

A medida que descendían por el serpenteante camino de la colina, el resto de los aldeanos se había agolpado en torno a la horca, incluidos los artesanos y comerciantes, que llegaban acompañados de sus mujeres. Pedro se abrió paso entre las filas con la carga de ramas bajo el brazo. Consiguió situarse en la primera fila, cuando el carro de bueyes ya había pasado por las puertas de la empalizada y se había detenido en la plaza, delante del cadalso.

El capitán subió hasta la plataforma del carro con la soga en la mano. Al verle, Martín empezó a forcejear, moviendo la cabeza de un lado para otro, intentando evadirse en vano del dogal. El capitán se vio obligado a retroceder un paso y golpearle en el estómago para que el muchacho se inclinara hacia delante. Luego le colocó la soga al cuello. Algunos concurrentes lanzaron vítores e insultos dirigidos al preso, pero la mayoría permanecieron callados, atentos. Un ambiente de desafuero reinaba en el aire.

Muchos conocían el pasado de aquel joven y no podían creer que hubiera sido él quien disparara la flecha contra su señor, teniéndole tanto que agradecer.

Pedro sabía que su hermano era inocente, pero no había podido evitarlo. Quería haber hablado con el conde, haberle advertido, pero los guardias le prohibieron la entrada a los aposentos de la fortaleza desde que Rodrigo asumió el cargo de su padre de forma provisional, y lo mismo sucedió cuando el muchacho intentó ver a su hermano en los calabozos. Tampoco podía hacer nada ahora. Pedro contaba solo quince años, y había varios guardias apostados en derredor del cadalso. Se sentía impotente, pero también vil y despreciable por no haber podido salvar a su hermano o no haberlo intentado lo suficiente. ¿Pero qué podía hacer él? Solo era un crío, y el único que podía asistirle era don Sancho, quien ahora se debatía en su lecho entre la vida y la muerte. Buscó en vano la mirada de su hermano. Le decía con el pensamiento que lo había intentado, que había fracasado, pero rezaría por él todos los días del año. En unos instantes el capitán de la guardia aseguraría la soga y el nudo. A una orden suya, el carretero arrearía a las acémilas y los bueyes tirarían del carro, haciendo tambalearse a su hermano. Pronto la cuerda se tensaría y el cuello de Martín se rompería con un chasquido.

—Una muerte rápida —imploró Pedro al Señor de los Cielos—, al menos, que sea una muerte rápida.

El capitán apretó el nudo. Luego saltó al suelo y tensó la cuerda, asegurando el otro extremo en un gancho colocado al pie de la horca. A una orden suya, el carretero arreó a las acémilas y los bueyes tiraron del carro, haciendo tambalearse al condenado. Lleno de pánico, Martín intentó hablar con voz entrecortada:

—Soy inocente —dijo mirando a los tres sujetos montados a caballo que habían prestado juramento en su contra.

—¡Alto, detened la ejecución! —bramó una voz, milagrosa a los oídos de ambos hermanos. Un hombre con una capa sobre los hombros, el brazo izquierdo vendado, el pelo cano y expresión magnánima en su rostro avanzaba a caballo hacia el patíbulo, escoltado por varios guardias montados, al tiempo que el carretero frenaba el avance de los bueyes y Martín se quedaba con los pies al borde del tablado, al filo de la muerte.

Era el conde don Sancho quien había dado la orden.

—¡Padre! —exclamó Rodrigo con una expresión de total desconcierto en su rostro. No imaginaba que el conde se recuperase tan prontamente de su lesión. Pero no había alegría en sus palabras.

—¿Te sorprende verme aquí, Rodrigo? —inquirió el conde con aire ladino. En realidad, la herida no había resultado tan grave. El mismo día en que llegó herido al castillo, el médico le aplicó una cataplasma para tapan la hemorragia y le preparó una infusión de hierbas para reducir el riesgo de infección. Al día siguiente el conde había recuperado la consciencia, pero ordenó al médico que extendiera el rumor de que su estado había empeorado y que su vida corría peligro, solo para cerciorarse de las sospechas que señalaban a su hijo como un traidor.

—Padre, dejad que resuelva yo este asunto —dijo el infante con un tono que podía suponerse amenazador.

—¡Suelta a ese joven, Rodrigo! —exigió el conde—. Martín es inocente.

—Todas las pruebas le acusan, padre, y el tribunal dictó sentencia ayer —se opuso Rodrigo.

—¡Pues lo disolveré si es preciso! —contestó el conde, y luego dirigió sus palabras a la multitud concurrida en la plaza—. Yo soy Sancho Castro, y no tolero a nadie que se atreva a contradecir mis órdenes, ni siquiera a mi propio hijo.



—¡Padre! —instó Rodrigo señalando enérgicamente a Martín con el dedo índice—. Habéis depositado demasiada confianza en ese joven. Gerardo vio cómo...

—¡Tu escudero es un embustero! —terció don Sancho estallando en una súbita cólera—. Y no sé si es tan astuto que ha llegado a convencerte, o si ambos y Fray Umberto estáis confabulados contra mí.

Sancho lanzó una mirada escrutadora a los tres hombres mencionados.

—¿Confabulación? —dijo Rodrigo—. Yo solo trato de protegeros, padre.

—Procura defenderte de ti mismo, Rodrigo, pues la envidia y la falacia no corresponden a un buen caballero.

Rodrigo enmudeció, comprendiendo que no era momento ni lugar para contradecir las órdenes de su padre. Mandó liberar a Martín. Entre el tumulto de voces creado por aquella discusión en medio de la concurrencia, el infante obligó al caballo a volver grupas, espoleándole con fuerza. Se retiró seguido por su escudero y el fraile, dando la espalda a su padre.

—¡Ay de ti y de tu escudero, Rodrigo, si descubro la verdad de este mal asunto y tú eres el encargado! —advirtió don Sancho, irritado por la actitud de su hijo—. Y pobre de ti, Fray Umberto, aparentemente sincero y abnegado, si has mentido en tus declaraciones.

Mientras el capitán desanudaba a Martín y lo ayudaba a bajar a tierra, Pedro corrió entre la gente para abrazarse a su hermano. Cuando ambos se encontraron, el pequeño tenía el rostro cubierto de lágrimas y musitaba una y otra vez “gracias” mirando al cielo.

Don Sancho volvió escoltado por la guardia a su castillo, acompañado por Martín, por fin libre, y su hermano, quien no podía creer que Dios hubiese escuchado sus plegarias. Al poco tiempo la gente abandonó la plaza para volver a sus menesteres; el abacero reabrió la tienda, el herrero siguió trabajando el metal, los peones regresaron a sus faenas, los campesinos volvieron a afanarse en las huertas y las viejas fueron a misa a la iglesia, al tiempo que seguían chismeando. Muchos habitantes se alegraron de ver libre al muchacho, aunque otros mostraron su desánimo por haber perdido la oportunidad de presenciar una nueva ejecución.

Rodrigo alcanzó las puertas del castillo y desde allí volvió la vista para observar con desprecio a su padre en la distancia, quien ascendía junto a su escolta a la fortificación. Era intolerable que su propio padre lo hubiera humillado ante la plebe. ¡Él era el heredero! ¿Cómo lo iban a respetar en el futuro si don Sancho desbarataba sus decisiones ante los demás como si lo hiciera con un niño? Esos dos jóvenes huérfanos tenían la culpa. Desde su aparición, el conde se había volcado en ellos con exceso. Finalmente había soportado la afrenta de ver a Martín ocupar su puesto en los días de caza, pero aquello no quedaría así. Pronto él sería el conde, controlando todas las tierras de Castro a su antojo. En cuanto a Martín y Pedro, tarde o temprano cometerían un error, y él se lo haría pagar caro.

## 5

### *Secretos en la oscuridad*

*“Hay cuchillos que no mienten y venenos que no engañan, pero son los hombres los que los pervierten con sus intenciones”.*

**Proverbio pulsiano.**

*6 de agosto*

Aquella noche el cielo se cubrió de densos nubarrones negros. Estos solían traer malos presagios. Casi todas las luces de las casas del pueblo al pie de la colina estaban apagadas. Solo algunas antorchas que iluminaban el camino daban la señal de que una pequeña población se asentaba cercana al castillo en la oscuridad. Los aldeanos temían la llegada de una tormenta por miedo a perder sus cultivos poco antes de la época de la cosecha, y por esta razón, muchos granjeros y aldeanos clavaron ese día herraduras de hierro sobre decenas de puertas de graneros y de hogares, para que trajeran buena suerte.

El primer turno de noche en las puertas exteriores le correspondía a Pedro. El chico trataba de permanecer despierto apoyado en el parapeto y tarareando canciones inventadas sobre la marcha. Apenas quedaba una hora y media para que García, otro soldado de la guarnición, tomase el segundo turno. Las tres horas correspondientes al primer turno resultaban ser tan monótonas que tenía la sensación de sumirse en un sueño cada vez que cerraba los párpados. Entonces volvía a abrir los ojos recordando su responsabilidad. Mientras luchaba contra el sueño, le pareció distinguir a alguien que se acercaba al puesto de guardia. Era un jinete que, tras aparecer en la bifurcación del camino, desmontó, dejó el yelmo en el pomo del arzón y se acercó caminando a los grandes portones de bastidores reforzados de hierro.

—¿Quién va? —preguntó Pedro.

Martín se asomó al alféizar de la única ventana de la biblioteca situada en la torre del homenaje. Permaneció inmóvil allí, observando el preludio de la tormenta con las primeras gotas de lluvia. Las altas copas de los árboles se agitaban en las laderas de la colina sobre la que se alzaba el castillo. El joven había pasado el día comiendo y durmiendo largo y tendido en los aposentos del conde, hasta recuperarse de su desdichada estancia en el calabozo. Ahora el conde lo había llamado a su presencia. Martín esperaba a que don Sancho terminase de escribir sobre el pergamino una dilatada y bien presentada carta, bajo la luz del velón que coronaba el atril.

La entrada principal de la muralla exterior estaba cerrada como se ordenaba todas las noches, y la primera guardia nocturna le correspondía a su hermano. Martín avistó al jinete mucho antes que Pedro, cuando comenzaba a ascender por el camino colina arriba. Vio cómo desmontaba y se acercaba a la entrada, perdiéndole de vista bajo el espesor de los muros. Poco después distinguió cómo su hermano descorría el pasador de la mirilla, a la luz de la lámpara de aceite que portaba. Pedro habló con el hombre que había fuera y luego, dándose la vuelta, corrió hacia la torre del homenaje bajo la creciente lluvia.

—Algo ocurre —dijo Martín rompiendo el silencio de la habitación.

Don Sancho dejó de escribir, colocó el cáñamo sobre el atril y tapó el tintero.

—¿Qué sucede?

—Un jinete acaba de llegar y Pedro viene corriendo hacia aquí —explicó Martín sin despegarse de la ventana. La lluvia había extinguido el fuego de las antorchas del camino y le fue imposible vigilar los movimientos de aquel hombre en la oscuridad.

—¿Ves a alguien más?

—No.

Poco después se oyeron golpes en la puerta de la biblioteca.

—¿Quién va?

—Soy yo, señor, Pedro.

El conde hizo un gesto con la mano derecha a Martín para que abriese la puerta. El hermano menor apareció en el umbral empapado hasta los huesos. Ahora la lluvia caía con fuerza. Parecía que allá arriba un millar de ángeles derramaban cubos de agua sobre la zona. El muchacho entró en la biblioteca manchando de barro la alfombra roja de la entrada, un obsequio de un acomodado mercader del sur a don Sancho como agradecimiento a pasados acuerdos.

—¿Qué sucede? —preguntó el conde.

—Acaba de llegar un mensajero —explicó Pedro—. Dice traer noticias de don Enrique.

—Ve a las puertas y hazle pasar —ordenó don Sancho tras titubear unos momentos—. Le atenderé aquí, en la biblioteca.

—Sí —respondió Pedro deferentemente, y con una ligera reverencia dio media vuelta y salió de la habitación con premura.

—Oiremos lo que tiene que decir —dijo don Sancho.

—¿Conocéis a ese Enrique? —preguntó Martín.

—Así es. Es un viejo amigo —contestó el conde—. Últimamente ha pretendido convencerme para que me oponga al mandato del príncipe.

—Oponerse al príncipe significa oponerse al futuro rey —observó Martín.

—Exacto. Y por esto es un asunto que debe tratarse con suma cautela —dijo don Sancho—. No hables de esto con nadie, no quiero que mi hijo lo averigüe.

Al poco tiempo apareció Pedro, acompañado por el heraldo y dos guardias del castillo. Don Sancho los recibió sentado en el gran sillón de la biblioteca; Martín permanecía de pie junto a él.

Al advertir la presencia del conde en la habitación, el recién llegado se arrodilló cortésmente frente a él. Era un hombre de mediana edad, moreno y con la barba descuidada. Entre los pliegues de su tosca indumentaria de hombre de campo despuntaban los brillos de una raída cota de mallas. Colgada a la cintura pendía una guarda sin su espada, la cual habían requisado los guardias.

—¿Qué nuevas traes, heraldo? —le preguntó el conde.

—Mi señor don Enrique me envía para informaros que el conde Lockmayor venció la semana pasada a don Juan de Aitania en firme batalla, y acto seguido ha aniquilado al propio ejército de mercenarios que había asalariado él mismo —explicó el heraldo—. Mi señor os ruega asistencia y desea que os unáis a él y a los condes de Alania en detrimento del príncipe para combatirlo.

—A buen seguro que los mercenarios contratados sobrepasarían con creces el número de las fuerzas de Lockmayor ¿Cómo consiguió aniquilarlos? —interpeló don Sancho.

—Según me han informado, cayeron en una trampa. Lockmayor los atacó mientras desfilaban en la ciudad, encerrándolos dentro del perímetro amurallado. La mayoría no consiguió escapar.

—¿Ese hombre no tiene escrúpulos? ¡Una masacre en plena ciudad! Seguro que los mercenarios venderían caras sus vidas...

—Hubo numerosos saqueos y crímenes. Allá donde trataron de esconderse, profanaron iglesias y degollaron a familias enteras. Fue un desastre. Se cavaron más de ochenta tumbas en el cementerio para los habitantes de la ciudad, y una fosa para los casi doscientos mercenarios. Sin embargo, ningún habitante de la ciudad se atreve a culpar al conde de lo sucedido. Él asegura que los capitanes mercenarios le exigieron mayor recompensa de la prometida, y no podía pagar tal cantidad.

—Así que Lockmayor pretende reducir el potencial de sus enemigos, no solo vencéndolos en batalla, sino acabando después con los mercenarios disponibles en la región, a toda costa —el conde se recostó entre las grandes orejas de piel del sillón de la biblioteca, estrujándose la frente con ambas manos. ¡Mezquina pero hábil estrategia!, pensó. De esta forma, los mercenarios no ayudarían tan fácilmente a los nobles de Alania a luchar contra el rey, dada la poca confianza que la acción de Lockmayor iba a causar entre ese tipo de guerreros, o en todo caso prestarían sus servicios por un coste mucho mayor. Esto beneficiaría al rey y a sus seguidores, puesto que era el único que mantenía tropas regulares y no dependía de esas alianzas temporales.

—Mi señor Enrique os pide que intervengáis de inmediato y que le ofrezcáis una respuesta lo antes posible.

Don Sancho permaneció un momento en silencio, meditando la situación. Martín permanecía a su lado como su propia sombra, y aquella breve pausa le permitió percibir la respiración acompasada del noble. El heraldo había hablado de batallas y alianzas, algo a lo que Martín no estaba acostumbrado. El Imperio de Pulse ostentaba la tranquilidad dentro de sus fronteras desde hacía mucho tiempo, a excepción de Alania, una región fronteriza que servía de muralla para evitar los ataques de los reinos vecinos orientales. Dicha región estaba integrada por decenas de condados cuyos señores siempre se encontraban guerreando, bien aliándose para rechazar las incursiones de los ejércitos orientales, o bien batallando entre ellos para ampliar sus dominios. En Alania, hablar de pequeñas alianzas y escaramuzas entre nobles era normal, y hasta cierto punto lógico, teniendo en cuenta que había muchas familias aristocráticas enfrentadas, y el número de mercenarios que allí se concentraban era casi equiparable al de los campesinos que labraban las tierras. Martín pensó que debía tratarse de un asunto muy serio si los nobles de Alania iban a aliarse contra la monarquía dejando atrás sus rencores.

—Comunicad a vuestro señor, el conde don Enrique, que comprendo su actitud y que hablaré con algunos miembros de la corte para buscar nuevos aliados. Sin embargo, no aportaré tropas ni riquezas para tal causa. No soy partidario de utilizar las armas mientras el rey Argnor siga gobernando —dijo don Sancho.

—Comunicaré vuestra decisión a mi señor, si bien no se contentará, pues esperaba recibir ayuda militar de vos —contestó el heraldo.

—Mi ayuda política resultará de más utilidad que aportar un centenar de soldados para la guerra —dijo don Sancho—. Hoy mismo enviaré un heraldo a Tesara para informar a viejos compañeros de la corte y conseguir la neutralidad de muchos nobles o su adhesión a vuestra causa.

—Así se lo explicaré a mi señor.

—Podéis retiraros entonces. Ahora dejadme solo junto a mi escudero —ordenó a todos los presentes.

Pedro, el heraldo de don Enrique y los dos guardias, salieron de la biblioteca echando a perder la alfombra roja de la entrada con sus botas llenas de barro. En cualquier otro momento el conde los habría reprendido, pero ahora tenía el pensamiento en otra parte. Regresó rápidamente a su escritorio, recogió la pluma y se colocó las lentes de aumento para continuar la carta. No le dirigió ni una sola palabra al muchacho, así que Martín se entretuvo pasando la mano por los anaqueles de las estanterías. Había libros religiosos, laicos y científicos. También documentos de cuentas y gastos derivados de los negocios de don Sancho, el cultivo de las tierras, el provecho de los viñedos, los tributos a exigir a sus plebeyos, etcétera. El conde poseía además muchos libros de poesía y arte, de historia y de geografía. Martín se detuvo frente a los tomos y mapas de geografía que ojeaba a menudo. Desde que eran niños, el conde le había dado ese privilegio tanto a él como a su hermano. Ambos podían visitar la biblioteca en sus ratos libres. Durante los siete años de estancia en el castillo de don Sancho Castro, Martín solo había ido a la ciudad del condado en una ocasión, pocos días antes, y no conocía nada más allá de las fronteras de la comarca. Sin embargo, sabía que más allá de los límites del condado se extendían tierras muy diferentes, dibujadas en los mapas, e incluso algunas inexploradas. Le sobrevino un deseo de partir a Tesara como heraldo, de visitar la ciudad más imponente del Imperio, conocer a sus gentes y contemplar sus monumentos. Debía ser un lugar maravilloso donde vivir, lejos de la imagen que le había ofrecido la pobre y mugrienta ciudad del condado. Tesara, una capital llena de eruditos y aristócratas, sin andrajosos hambrientos, con multitud de comerciantes acaparando las calles y ofreciendo sus exóticos enseres al mejor precio.

—Tú serás el heraldo —le dijo don Sancho, como si hubiera leído el pensamiento del joven.

—¿Yo? —exclamó Martín. Entonces el corazón le dio un súbito vuelco que lo sumió en el desconcierto. Ya no le parecía tan buena idea. Se trataba de un asunto de suma responsabilidad y él no quería defraudar al conde, no, pudiendo evitarlo. Por un lado le embriagaba la idea de ver la ciudad y adentrarse en sus calles; por otro la incertidumbre que eso conllevaba le abrumaba—. ¿Por qué yo? —contestó.

Don Sancho terminó de escribir. Con peculiar serenidad enrolló el papel con una cuerda de tela fina entrelazada, y sobre esta derramó en un mismo punto unas gotas de cera al volcar uno de los cirios del escritorio. Acto seguido, oprimió el anillo que le ceñía el dedo índice contra el punto de cera roja y grabó las iniciales SC —Sancho Castro- del molde.

—Con todo lo ocurrido estos últimos días... —indicó don Sancho—, solo puedo confiar en ti y en tu hermano, y él es demasiado joven.

—Pero no conozco la ciudad —se excusó Martín—, ni siquiera conozco el camino a seguir para encontrarla.

—Eso es lo de menos —interpuso don Sancho—. Llevarás un mapa de caminos para orientarte, este mensaje que tú deberás entregar a un viejo amigo mío en Tesara —añadió señalando el papel enrollado—, y una cosa más...

Don Sancho echó mano del manojito de llaves que le pendía del cinturón de su bata negra, un atuendo muy a juego con el pelo ralo y la barba canosa que ostentaba. Escogió una llave dorada de bronce y, ante la expectante mirada de Martín, abrió con ella uno de los pequeños cajones del escritorio. De su interior sacó un diminuto cofre del tamaño de un puño, pero ornamentado con una sutileza impropia del lugar donde estaba guardado. Era una arqueta de madera dura, forrada con un mosaico de ónices, cristal de roca y vidrios de diversos colores, azul, rojo y negro, engastados en oro. La minúscula cerradura apenas se distinguía entre relieves y filigranas, pero a don Sancho no le resultó difícil introducir una segunda llave de bronce para descubrir su interior.

Dentro, envuelta en un sucio paño que don Sancho desenvolvió cuidadosamente, había una joya de cristal tallada en forma de polígono ovalado. Martín se quedó helado al contemplar cómo brillaba aquella reliquia entre las manos del conde, en una sala iluminada únicamente por una lámpara de aceite y varios cirios.

—Esta es una Piedra Alma —explicó el conde—, y su valor es incalculable. Es frágil y a la vez irrompible. Puede parecer un cristal inerte, pero en su interior encierra un secreto que no te puedo desvelar. Deberás llevarla contigo a Tesara y preguntarle a mi viejo amigo qué debes hacer con ella. Él te revelará los misterios que encierra la Piedra Alma y decidirá tu destino. En cualquier caso, deberás prestarle atención y obedecerle enteramente, sea cual sea su decisión. La sombra de la traición se cierne sobre mi cabeza, pero debo permanecer aquí y tratar de solucionarlo. Sin embargo, esto es mucho más importante que mi propia vida. Por eso debes llevarla a Tesara. Este ya no es un lugar seguro para ella.

—¿Y a quién debo entregarle el mensaje y a quién mostrarle la Piedra Alma? —inquirió Martín.

—A una misma persona —desveló don Sancho—. El erudito Laertes, alguien a quien encontrarás fácilmente si preguntas por él en la ciudad. Es uno de los miembros más influyentes de la corte y el maestro supremo de la escuela de sabios.

—Laertes... —repitió Martín en voz baja.

—Recuerda ese nombre —indicó don Sancho al tiempo que entregaba la Piedra Alma a su fiel escudero y pupilo. Martín la envolvió en el paño y la guardó en su zurrón.

—Por último —añadió el conde—, recuerda que no debes escuchar cuando la Piedra Alma te hable.

—¿Esta piedra de cristal es capaz de hablar? —inquirió Martín con escepticismo, mirándola detenidamente.

—La Piedra Alma esconde muchos secretos, pero no tengas curiosidad por descubrirlos tú solo; espera a que Laertes te aconseje —advirtió don Sancho—. No escuches cuando la Piedra Alma te hable, no le causes daños en la superficie, no se la entregues o prestes a otra persona ni la expongas a la luz de la luna, ¿entendido?

Martín hizo un ademán de asentimiento y esperó a que don Sancho le entregase el mensaje escrito, el cual también guardó en el zurrón. El conde le ordenó que cogiese equipaje y alimento para varios días, algo de dinero y un caballo, y partiese de inmediato hacia Tesara.

—Debes salir ahora que todos duermen —dijo don Sancho—. Tienes que irte en silencio, y pronto. No pierdas tiempo. No quiero que mi hijo Rodrigo se entere de tu partida hasta el amanecer.

Aquella misma noche, a falta de unas horas para el alba, Martín salió del cobertizo interior del castillo, montando uno de los quince caballos que había en los establos de la guarnición. Bajo el brazo aseguró el zurrón que contenía el mensaje y la valiosa reliquia. Atado al cinto pendía un saquito de cuero colmado de monedas, y en las alforjas, sujetas a la silla de montar, había agua, comida y mantas de lana para el viaje.

Llegó a las puertas exteriores, donde el soldado García montaba guardia en el adarve. Martín sintió no poder despedirse de Pedro. Su hermano ya había sido relevado del turno y estaría durmiendo junto con el resto de la guarnición. Prefirió no advertirle porque sabía que querría acompañarle incondicionalmente, y como bien había

comentado el conde, era demasiado pequeño para esa tarea. Quizás no volverían a verse en mucho tiempo, pensó.

## *Tesara*

*“Calles de piedra adornadas de sol,  
muros grises como acantilados,  
el Asgarion te abraza como una cinta dorada.*

*¡Oh, Tesara!*

*¡Dichosos los ojos que te contemplan!”*

***Mi bella Pulse. Fragmento de las canciones  
de Hermes, historiador y poeta pulsiano.***

Martín pasó al galope bajo el arco de las puertas principales. García lo había dejado salir no sin antes hacerle unas cuantas preguntas, a lo que el muchacho le respondió con evasivas.

Al llegar al pie de la colina se detuvo en el cruce de caminos. La lluvia había cesado y decidió desmontar para asegurar las alforjas y ajustar las correas de los bultos. Finalizada la revisión, dobló hacia el camino del norte, embarrado por la lluvia y apenas perceptible en la noche.

—¡Adiós! —exclamó mirando al castillo que se elevaba en la oscuridad. Agitó la mano y, cuando iba a volverse, atisbó el resplandor de un fuego en lo alto de un torreón. La pila de leña debía ser considerable, porque las llamas se erguían a varios metros de altura. Le sobrevino de pronto una sensación de alerta. Tenía que darse prisa, tal vez García había informado a Rodrigo y ahora lo perseguirían. Espoleó al caballo al tiempo que se arrepentía de no haber cogido una yegua de reemplazo. Con el terreno en esas condiciones el caballo corría el riesgo de lesionarse una pata, y pronto tendría necesidad de recobrar fuerzas.

Al llegar a las quebradas del norte, el caballo aminoró el paso y la tormenta se reanudó. En poco tiempo cayó el aguacero. Martín se envolvió en su capa para evitar la humedad. El viento frío penetraba en la ropa causándole escalofríos. Observó el cielo ennegrecido sobre su cabeza. Un mar de vidrio centelleante. Lluvia y fuego. Relámpagos que iluminaban las lejanas cumbres del oeste. Montañas que parecían arder con los impulsivos latigazos eléctricos.

Una flecha certera se clavó en la piel del animal. En medio de la confusión, el caballo emitió un relincho de pánico y se levantó sobre sus patas traseras, lanzando a su jinete al suelo. Martín trató de enderezarse y sujetar al caballo por las riendas, pero todo fue inútil. El animal se alejó de allí espantado y poco después se despeñó por un precipicio cercano al camino.

Martín vio asomar la sombra de dos jinetes sobre uno de los altozanos, situado a unas cien varas de distancia. El muchacho echó a correr sin despegar la mirada atrás, viendo cómo otros dos jinetes aparecían y descendían por la ladera, ganándole terreno lentamente. Salió del camino intentando huir entre sotos y zarzales. Descendió pequeñas depresiones, atravesó campos de matorrales en terrenos abruptos y rocosos, subió cuevas y rodeó montículos para despistar a sus perseguidores. De los barrancos y escarpas pétreas que flanqueaban su huida se desprendían rodando montones de



guijarros. Por un momento le pareció haberlos despistado. Decidió esconderse detrás de una roca, arrancando matojos y cubriéndose con ellos el cuerpo. Aguardó allí, temblando de frío y temor, con la esperanza de que los jinetes se diesen por vencidos, y así fue. No pudo identificar a ninguno de ellos, pero tenía la certeza de que procedían del castillo de don Sancho.

*7 de agosto.*

Al amanecer Martín decidió descubrirse. Tenía el cuerpo lleno de rasguños y contusiones, y las manos agrietadas por las heridas que se había producido al arrancar los matojos y espinos para fabricarse el camuflaje. Se acercó al precipicio donde el caballo se había despeñado. Más de quince varas de pared vertical separaban al muchacho del lugar donde yacía el equino. Imposible recuperar mis cosas, pero ahora no puedo volver al castillo, pensó Martín. Solo le quedaban el saquito de dinero, el zurrón y la cantimplora.

Cerca de allí encontró un arroyo de aguas frías y límpidas, que no era más que una sinuosa cinta dorada bordeada por inclinados abedules y matorrales de espinos. Llenó la cantimplora que llevaba atada al cinto en un salto de agua que caía desde unas piedras afiladas. Se lavó la cara y las manos, sacudiéndose y resoplando, y poco después reemprendió el camino a Tesara a pie, lo que le llevaría mucho más tiempo y esfuerzo. La posada más cercana debía de encontrarse a varias leguas de allí, así que probablemente no encontrase alojamiento hasta el día siguiente.

Cuando reinició la marcha, Martín procuró pensar en algo para entretenerse. Entonces recordó el día del calendario en que se encontraba: siete de agosto, el día siguiente a San Justo y Pastor. El conde don Sancho siempre le había hablado de ambos mártires, hijos educados santamente por padres cristianos. Nacidos los dos en los últimos años del tercer siglo después de Jesucristo. Su patria fue Compluto, ciudad del viejo continente que los romanos tenían en gran concepto. Por aquellos tiempos, un emperador, llamado Diocleciano, decretó una de las persecuciones más crueles que sufrió la iglesia en dicho continente. Uno de sus ministros, Daciano, se encargó entonces de bañar con sangre cristiana los campos de Compluto. Justo y Pastor eran por entonces niños que iban a la escuela, y pensaron que sería conveniente avergonzar la soberbia del tirano con un hecho que animase a los fieles cristianos a seguir luchando por Jesucristo. Un día fueron a casa de Daciano en lugar de asistir a la escuela, y le dijeron al soberano que detestaban la vanidad de sus ídolos romanos y merecían ser castigados y atormentados. Daciano mandó que los azotaran, pero al ver que ambos niños sufrían los dolores con semblante jocoso y despreciaban a la muerte, mandó que los sacasen secretamente de la ciudad y los degollasen en el campo. Tal acto avergonzó posteriormente tanto al propio tirano que se retiró de Compluto y los cristianos pudieron así recoger los santos cuerpos.

El día del martirio de los Santos Justo y Pastor resultó ser el seis de agosto, coincidiendo en día y mes con el suplicio que Martín había pasado. También le parecía curiosa coincidencia que su hermano Pedro hubiese sufrido, aunque no de la misma forma, y que la diferencia de edad entre ambos fuese la misma que la de los dos hermanos mártires, dos años, más o menos. Martín nunca supo si los estudios religiosos recibidos del conde le serían provechosos alguna vez, pero desde luego le servían para tener la mente ocupada y conservar la esperanza. No acostumbraba a rezar, pero la

noche anterior recitó por lo menos veinte veces el Padre Nuestro mientras permanecía escondido.

Al mediodía alcanzó a un carromato con el entoldado azul estacionado a un lado del camino. El dueño del vehículo, un mercader de telas, salió al encuentro cuando Martín se acercó demasiado para pedir ayuda.

—¡Eh, tú! ¿qué pretendes? —gruñó el mercader. Era un hombre rollizo y ataviado con una toga de seda fina—. ¡Agnes, tráeme el garrote!

—No, no —negó Martín enarbolando los brazos en signo de negación—. Soy mensajero del conde don Sancho. Y llevo un mensaje a Tesara.

—Déjale, Roberto —dijo una mujer embarazada que salió de dentro del carromato. Tenía los cabellos largos y castaños y el rostro muy pálido. Parecía enferma—. ¿No ves que necesita ayuda? Su mirada no es la de un bandido. Y no parece llevar armas.

—Su aspecto es el de un bandido —discutió el mercader—. Y no sabemos si esconde una daga bajo esa descuidada capa o entre los harapos.

Martín se deshizo de la capa y algunos andrajos tirándolos todos al suelo. Verdaderamente parecía un bandido, o un mendigo, pues todo su cuerpo olía a sudor y tenía los largos cabellos desaliñados y manchados de barro seco.

—Soy el escudero del conde don Sancho y llevo un mensaje a Tesara —explicó el joven—. La pasada noche fui perseguido por dos jinetes y mi caballo se despeñó por un barranco dejándome sin víveres ni enseres. Pero les pagaré gustosamente una buena suma de dinero si me ofrecen comida y un caballo—añadió mostrando el saquito de cuero que le pendía del cinturón.

—¡Eso es otra cosa, muchacho! —al mercader se le encendieron los ojos tras escuchar el tintineo del dinero.

Agnes, la mujer del mercader, le proporcionó al joven un morral con queso, pan de ajo y fruta fresca, a cambio de unas monedas. Roberto, sin embargo, no aceptó ningún precio por desprenderse de uno de sus dos caballos de tiro y, libre de sospecha, trató de beneficiarse ofreciéndole a Martín un sitio en el carromato hasta llegar a la ciudad, con un coste de tres reales de bronce por día de trayecto. Martín aceptó encantado, pese a que sabía que el precio era excesivo.

### *Domingo 8 de agosto*

El sol enrojado comenzaba a ponerse tras las lejanas montañas del oeste, y la noche parecía que iba a caer antes que el carromato llegara al final de la llanura, que el camino atravesaba en línea recta. Se encontraban en las cercanías de la capital. A ambos lados del camino se extendían huertas de hortalizas, plantaciones de manzanos, perales y viñedos, y más allá campos de trigo y cebada que abarcaban la totalidad de la mirada. Había un sinnúmero de haciendas y millares de jornaleros se disponían a regresar a sus hogares en la ciudad o en los pueblos cercanos. El camino se había convertido en una muy transitada y ancha carretera pavimentada en la que confluían multitud de vías secundarias y senderos procedentes de todos los pueblos y fincas. Martín nunca había salido del condado de don Sancho Castro, por lo que no conocía los caminos pavimentados, y quedó mudo de asombro al contemplar la larga hilera de carromatos y gentes de todo tipo que se hacinaban para entrar en la capital, cuyas puertas y construcciones todavía no se divisaban.

El mercader de telas señaló una colina.

—Al abrigo de aquella colina que ascienden las gentes, se encuentra la capital —aclaró.

Martín permaneció con la mirada expectante hasta que remontaron la colina pelada elevada frente a ellos, fundida con los tonos rojizos del atardecer. Entonces, ante los ojos maravillados del joven escudero y heraldo, apareció la ciudad de Tesara, rodeada por los imponentes muros grises de piedra, tan poderosos y encumbrados que más que obra de hombres parecían tallados por la divina mano de Dios en la osamenta del paisaje.

El atardecer arrebolaba los tejados de las casas que se distinguían hacinadas tras las murallas desde lo alto del altozano. El perímetro de la ciudad era mucho mayor de lo que cualquier extranjero podría imaginar. Un río navegable de aguas turbias y caudalosas, el Asgarion, bañaba el extremo sur de la gran ciudad, donde se encontraban los amarraderos y la puerta principal de entrada, a la cual se llegaba por un puente fijo, levadizo en su tramo final, cuyos soportes emergían de las profundas aguas y ayudaban a soportar las barbacanas fortificadas que lo custodiaban. Algunas lámparas nocturnas y antorchas comenzaban ya a iluminar el puente y la ciudad. Pronto, la gran población medieval se sumiría bajo el manto de la despejada noche veraniega, enardecida por miles de fuegos y candelas en los hogares.

—Ahí está, muchacho —señaló el mercader con un gesto de barbilla—. Tesara la Grande.

Mientras cruzaban el puente y se acercaban a las puertas blindadas de Tesara, Martín no apartó la cautelosa mirada de los guardias y oficiales situados en cada barbacana. Al llegar al umbral de las grandes puertas, el mercader señaló el escudo de Argmaren I, Arlotar II y Argnor III, los tres últimos reyes, esculpidos en el mirador de la entrada, con las armas del Imperio de Pulse, las dos lanzas entrecruzadas y el león erguido sobre la cruz cristiana, encima del punto de honor de cada escudo.

—Pronto el emblema de Arislan acompañará a sus antecesores —dijo Roberto, y Martín asintió con la cabeza.

De pronto, un oficial ataviado con una librea de rojo y amarillo y un morrión metálico, seguido de la acostumbrada pareja de guardias, hizo parar el carromato. Martín temió que lo hubieran confundido con algún convicto.

—¡Alto, mercader! —ordenó—. ¡El sol se ha puesto bajo las montañas y el pago de entrada nocturna a la ciudad es el doble!

El mercader hizo gesto de querer discutir la decisión del oficial; todavía no era noche cerrada.

—¡O pagas o no entras! —dictaminó el oficial—. Además, no debería permitirte el paso por llevar ruedas cubiertas de hierro.

El mercader pagó su parte y la de su mujer, mientras que el joven pagó la suya, y el carromato siguió adelante adentrándose en la ciudad con el permiso de los guardias. Martín miró detenidamente al pasar por la última barbacana el rastrillo de hierro oxidado, sostenido en alto por un mecanismo de contrapesos, y advirtió un instante después que aquella urbe no era la misma ciudad encantada con la que había soñado. Los mendigos infestaban la plaza de la entrada, tendiendo sus raquílicas manos y pidiendo limosnas por caridad. A ambos lados del carromato veía pasar a todo tipo de gente: peregrinos, cazadores de ratas que portaban trampas a las espaldas y ofrecían sus servicios en todos los hogares, trovadores, etcétera. Pero no vio a ningún aristócrata. Toda la gente iba a pie, nadie a caballo, y aunque la noche había llegado, la mayoría no parecía tener la menor intención de alojarse en otro sitio que no fuera en la calle.

—Veo decepción en tu rostro, muchacho —exclamó Roberto. El mercader sabía que el joven no había estado nunca en la capital, pero no comprendía su desengaño.

—No es lo que esperaba —musitó Martín.

—¡Cielos!— profirió el mercader—. ¿Qué esperabas encontrar entonces? ¿Bellos querubines saltando por las plazas y calles adoquinadas de oro?

—Pensaba que la pobreza no alcanzaba estos lindes. Había oído que era una ciudad bella, donde los eruditos y caballeros pululan por todas partes.

—Y así es, ¡muchacho! —aseguró Roberto—. La ciudad está repleta de grandes monumentos, y hermosos jardines cubren el recinto del palacio real. Los eruditos caminan entre nosotros como cualquier mendigo, ¡solo hay que descubrirlos! Y los caballeros prefieren permanecer a estas horas en sus lechos. La mayoría de los que pululan por aquí no tiene un hogar ni una mujer que lo aguarde en él. En Tesara todo es extraordinario. No verás muros más imponentes, ni estatuas o templos más altos, ni mayor número de gente hacinada. La ciudad está atestada, sí, y también hay pobreza, pero no por ello deja de ser bella. Todas las noches son lúgubres en el mundo, no importa dónde te encuentres.

Martín trató de ver con otros ojos la ciudad, aunque los mendigos que descubría en cada esquina se lo impedían. El carro llegó a una plazoleta y el joven heraldo decidió despedirse para buscar una posada. Roberto y Agnes iban a pasar la noche en casa de unos amigos.

—¡Suerte, muchacho! —le deseó el mercader, quien, al igual que su mujer, le había cogido cierto aprecio durante el trayecto.

—Espero que todo te vaya bien —dijo Agnes, dedicándole una sonrisa.

El joven se alejó internándose en una oscura y angosta calle desprovista de luz, pese a la posibilidad de encontrarse con algún bandido. Pasó bajo los arcos de medio punto sobre los que se erigía una residencia con balcones de madera, y tras pasar junto a un estercolero, dobló la esquina y desembocó en una de las calles principales, pavimentada y alumbrada escasamente por decenas de lámparas nocturnas que colgaban de cadenas igual que cadáveres ahorcados.

—¿Busca posada? —le preguntó una niña que caminaba descalza, acompañada por un perro flaco. Martín asintió.

—Si quiere, yo puedo decirle dónde hay una —ofreció la niña con una afable sonrisa—. Sígame.

Martín la siguió perdiéndose de nuevo en un laberinto de callejuelas y pasajes, siempre con la miseria y la incertidumbre presentes. Dudó si por un momento la niña lo estaba llevando hacia otro barrio de la ciudad, si lo estaba conduciendo a algún sitio; tal vez aquel erudito... Laertes, la hubiese enviado para ponerse en contacto con él. ¡Qué suerte si lo encontrara tan pronto!, pensaba Martín, cuando al doblar una esquina, de pronto alguien se dio de bruces con él y ambos cayeron al suelo. Era un anciano con cara de chivo y nariz prominente, que hizo caso omiso de las quejas del joven y prosiguió su camino perdiéndose en la oscuridad, caminando con tantas mantas y andrajos sobre sus espaldas que apenas lo dejaban andar erguido.

La niña había desaparecido. De pronto, al incorporarse, Martín notó una falta de peso en el cinturón: ¡Le habían robado la bolsa de dinero! Le sobrevino un arrebatado de ira, fruto de la impotencia y la acumulación de desgracias que había encontrado durante el viaje y antes de él, y maldijo a la niña y al anciano, sin saber cuál de ellos había sido el ladrón. Intentó buscarlos, pero no halló rastro de ellos. Tesara no era una ciudad magnífica. Demasiada gente hacinada, y entre ella demasiados pobres y pícaros. Demasiados carros y demasiada suciedad en las calles, demasiadas plazas emporcadas, demasiadas persianas rotas en las fachadas de las casas y demasiado yeso desprendiéndose de ellas. Demasiados tejados a punto de desmoronarse.

Martín quedó abandonado en medio de cualquier callejón, en una barriada indeterminada de la ciudad. Decidió quedarse allí por aquella noche y buscar a Laertes a la mañana siguiente. Si había dormido una vez oculto entre matorrales y bajo la lluvia, podría soportar una noche en la ciudad a la intemperie. Se recostó contra una pared irregular tratando de conciliar el sueño, con los brazos rodeando fuertemente su zurrón, donde guardaba el mensaje y la Piedra Alma. Si lo extraviaba, el viaje habría resultado en vano.

*9 de agosto*

El traqueteante sonido de cascos despertó a Martín. Era el ruido que la guardia montada de la ciudad producía sobre los gujarros de la adoquinada calleja. Una marcha de reconocimiento. El joven se acurrucó en la pared y se cubrió el rostro con el embozo, sin saber por qué, mientras oía pasar a la patrulla. Al instante se incorporó, pues el lecho de adoquines en el que yacía no convidaba a dormir indolentemente la mañana. Se desperezó arqueando la dolorida espalda, aspirando el suave viento matinal que lamía la barriada.

Preguntó a un chiquillo que jugaba con piedras en la calle si conocía al erudito Laertes, obteniendo un no por respuesta. Más tarde encontró en una plazuela vacía las ruinas de una pequeña parroquia calcinada. El pórtico de la fachada permanecía en pie, y Martín decidió adentrarse al oír voces humanas. En el interior vio arcos incompletos, columnas irguiéndose entre los escombros y tablones carbonizados, que asemejaban criaturas disparatadas al destacarse negros y deformes a lo largo y ancho de la bóveda. Distinguió un grupo de mendigos que se arropaban unos contra otros en el hueco formado por dos pilastras adosadas a la pared. Allí preguntó a aquella gente si conocían a Laertes.

—¿El sabio Laertes? —dijo un viejo lisiado cuyo cuerpo acababa en las rodillas y se ponía en movimiento andando a cuatro remos, con la cara arrugada y tostada por el sol.

—¿Lo conocéis? —preguntó Martín—. Necesito saber dónde se encuentra.

—Por supuesto que lo conozco —respondió el mendigo, sonriendo—, es una persona muy generosa. Todos los días me ofrece un mendrugo de pan y una limosna. Ahora mismo pensaba visitarle.

—¿Sabéis dónde vive?

—No. Pero a estas horas de la mañana siempre lo encontrarás en la Taberna de las Sirenas.

—No conozco la ciudad —declaró Martín encogiéndose de hombros.

—Ahora mismo te llevaré donde quieres ir —repuso el viejo—. Pero antes quiero preguntarte una cosa: ¿de dónde vienes, del norte?

Martín negó con la cabeza.

—Del sur —dijo Martín—. Soy escudero y heraldo de don Sancho Castro.

—Ah, sí... —dijo el viejo, arrugando la frente y entornando los ojos como si tratara de recordar—. Me acuerdo de él. Hace años que no lo veo por aquí. La última vez fue durante el casamiento de Lady Ángela, la hija menor de Argnor, con el hijo del duque Sisnando, en la catedral. De eso hace ya algunos años... pero tú no pareces ser del sur, tienes los cabellos largos y eres alto como las gentes del norte.

—Lo siento —dijo Martín, perdiendo la paciencia—, pero necesito encontrar a Laertes enseguida. Llevo un mensaje urgente para él.

—Está bien, está bien, no te apures —aceptó el viejo lisiado, echando a andar delante de Martín con toda la agilidad que le permitían sus brazos.

Aunque muy despacio, condujo al joven por la calle del Pintado y atravesaron el mercado de la Plaza de los ahorcamientos, llamada así, obviamente, porque allí era donde se celebraban todas las ejecuciones, le explicó el viejo. Aquel nombre le dio escalofríos al joven heraldo, aunque no le dijo nada de su experiencia en el cadalso al extraño guía. Mientras avanzaban, el mendigo le comentaba acerca de los últimos nobles que habían visitado la ciudad, y de las bodas y celebraciones pasadas. Parecía muy enterado de todos los sucesos, así como de los nombres de las calles y de las gentes.

Se cruzaron con un grupo de estudiantes, de entre doce y catorce años, golpeando a los más jóvenes de la escuela. Los “pipiolos”, les llamaban. Los veteranos obligaban a los más pequeños a realizar toda clase de servicios, a mendigar y robar para ellos, a entregarles sus ropas y hasta el último bocado de pan recibido como limosna. A veces hacían que los “pipiolos” se enjuagasen la boca con agua para ver si habían comido algo a escondidas, en cuyo caso los molían a palos y los llevaban a rastras por la calle, le contó el viejo lisiado. Martín no conocía ese ambiente escolar. Había sido bien educado, pero no en la escuela, sino por el conde don Sancho. Recordó que el conde había mencionado que la Piedra Alma era más valiosa que su propia vida. Martín ni siquiera había osado sacarla del zurrón durante todo el viaje, por temor a lo que pudiera suceder. Recordó cómo brillaba aquella noche en que la vio por única vez, en la biblioteca del castillo, y se había sentido en varias ocasiones tentado de volverla a sacar a la luz, pero su temor por arruinar la confianza de don Sancho era más grande que su curiosidad. Por supuesto, tampoco había escuchado nada extraño procedente de la Piedra Alma, y pensó que tal vez el conde le había contado aquella historia solo para conseguir que el joven heraldo evitara exponerla al exterior. Tal vez se trataba solo de un lujoso presente para Laertes, a cambio de conseguir su apoyo para los nobles de Alania. Temía por el conde y por su hermano Pedro. Después de lo sucedido durante la cacería estaba convencido de que Rodrigo planeaba asesinar a su padre para hacerse con el condado. Siempre lo había visto como un hombre demasiado orgulloso y ambicioso por heredar el patrimonio de don Sancho. Martín guardaba vagos recuerdos de cuando apenas contaba diez años y el conde lo acogió en su castillo, enseñándole al poco tiempo a leer y escribir, tratándole como a un hijo o a un sobrino, aunque con la distancia propia de quien sabe que no existe ningún parentesco. Rodrigo era su único hijo con vida, pero nunca había demostrado la misma predilección por el conocimiento, las artes y las letras que profesaba su padre. Por esta razón don Sancho se volcó en la enseñanza de los dos huérfanos, ya que irónicamente los dos hijos de campesino mostraron pronto interés en aquellos temas y revelaron más afinidad con el noble que su propio hijo. Martín sabía que Rodrigo lo envidiaba, aunque este no podía temer por su herencia en modo alguno, al ser el único descendiente.

Llegaron por fin a una fachada donde había una puerta grande y abierta sobre una rampa poco inclinada. Sobre la puerta colgaban de una viga tres sirenas forjadas en metal.

—Aquí es —señaló el viejo—, entra conmigo.

Cuando el viejo lisiado se internó entre la multitud, Martín lo perdió de vista. La gente se agolpaba ya por la mañana en el mostrador y en las mesas, bebiendo vino y almorzando. Había una parte de la sala destinada a mesas de juego redondas, y consiguió divisar a su guía acercándose a una de ellas. Martín acudió a su lado, esperando que le presentara a Laertes.

En aquella mesa se había desenrollado un pequeño tapete de ajedrez y dos hombres trataban de resolver el final de una partida, moviendo las escasas figuras talladas en madera que había dispuestas. A su derredor había una decena de entusiastas que esperaban taciturnos la respuesta de uno de los contrincantes.

—Gracias, buen señor —se solazó el viejo al recibir su limosna diaria de parte de uno de los dos expertos jugadores, un anciano de barba corta y bien rasurada.

Martín lo observó. Aquel hombre desprendía ciencia e ilustración con su sola presencia. Vestía una túnica azul celeste bajo la clámide oscura que le envolvía los hombros, ceñida por un broche dorado. Permanecía sentado en una silla, inclinado hacia adelante sobre una bola de brillante obsidiana que embellecía el pomo de su bastón de madera.

—¿Vos sois Laertes, el erudito? —le preguntó Martín.

—¿Quién quiere saberlo? —devolvió el anciano la pregunta sin apartar la mirada del tapete. Acto seguido movió una figura en diagonal: la reina.

—Martín, escudero y heraldo de don Sancho Castro —contestó el joven—. El conde os envía un mensaje.

—Yo soy Laertes, y ahora espera a que finalice la partida —mandó el anciano—, si el bueno de Luisán tiene alguna idea de cómo salvar a su rey.

—Mi rey está bien protegido —aseguró su contrincante con voz firme. Era un hombre de mayor envergadura y mucho más joven; ni siquiera tenía canas. Por la forma de vestir parecía un jornalero, alguien poco habitual para este tipo de juegos, practicados generalmente por gente de alta clase social. Al momento alguien susurró que Luisán era uno de los mejores ajedrecistas de la ciudad, pese a su aspecto tosco. Con un rápido movimiento colocó a un peón a tiro de la reina, intentando que su oponente picara el anzuelo fácilmente.

—¡Jaque mate! —profirió Laertes con un inopinado movimiento de su único caballo disponible, dejando a Luisán y a los concurrentes con la boca abierta. Una jugada planeada por un maestro.

Luisán calmó su irritación engullendo una regular tajada de jamón y bebiéndose una jarra de vino de un trago.

—Si sigues bebiendo en exceso —le advirtió Laertes—, habrá que llamar a un médico un día de éstos.

—¿Médicos dices, amigo mío? —rió Luisán, frotándose los labios con el dorso de la curtida mano de bracer—. Los médicos son todos unos matasanos. El otro día me encontré con el herrero de la calle del Pintado, justo cuando pasaba el médico del hospicio del barrio alto. ¡Qué contento va el médico!, me dijo. Habrá salvado a algún enfermo, dije yo. ¡Qué va!, que se le han muerto dos al médico del barrio bajo, me contestó el herrero.

Los concurrentes rieron a más no poder, y el bueno de Luisán agregó:

—Los médicos de la corte, esos sí son buenos. Pero los demás no son mejores que los curas.

—¡Que la cuente, que la cuente la historia de Gascón! —demandó un cliente. Luisán era todavía mejor contando historias que jugando al ajedrez.

—De eso trataré —contestó Luisán—: *“Pues señores... era un enfermo llamado Gascón, que tenía una mujer llamada Laura y un hijo. Un día, Gascón se incorporó en la cama, cansado de tanto ayuno y agua de montaña, y llamó a su mujer:*

*—¡Laura, tráeme una jarra de vino!*

*—¡Imposible! —contestó la buena señora—. El médico dice que estás muy mal y que puede que te mueras pronto, ¡así que no te voy a dar vino!*

*—Pues por eso. Si he de morir, me iré contento. ¡Hijo! —llamó Gascón.*

—¡Padre! —contestó el hijo entrando en la habitación.

—Coge la jarra que está en la cocina y tráela bien llena de vino.

—Pero, ¿y lo que trajo el médico? —preguntó el hijo.

—Que se lo tome él, si tan bueno es. ¿Has echado sus potingues en la jofaina?  
Y el hijo asintió.

Pasaron varios días, habiendo cambiado Gascón las recetas del médico por las jarras de vino, a no menos de tres jarras por día, cuando llegó el médico a la casa.

—Buenos días, don Gascón. ¿Cómo se encuentra? —dijo.

—Está mucho mejor ahora, señor —contestó la mujer, tratando de ocultar la jofaina. Sin embargo el médico lo advirtió.

—¿Qué es eso?

—Pues... ¿qué quiere usted que sea? ¡Que me he puesto peor esta madrugada, y he echado todo eso por la boca! —contestó Gascón.

—¡Qué atrocidad! —se asustó el doctor—. Menos mal que lo ha echado... de haber vivido con eso más tiempo dentro del cuerpo, ¡se habría usted muerto esta misma mañana!

—¡Pues por eso no me he muerto ni pienso hacerlo, porque no lo he tomado! ¡Esos son los potingues y unguentos que usted me ha estado vendiendo! ¡Le voy a romper la jarra en los sesos! ¡Fuera de aquí! ¡Sacacuartos!”

Los que escucharon la narración rieron a carcajadas, reconociendo que el relato llevaba razón en buena parte. Los médicos de la ciudad apenas sabían cómo afrontar y sanar las enfermedades. Solo los doctores de la corte eran realmente eficaces.

Laertes, que apenas esbozó una sonrisa tras escuchar la historia, se levantó pesadamente con ayuda de su bastón.

—Avísame cuando quieras jugar otra partida, Luisán. Ahora he de irme. Tengo asuntos pendientes.

El sabio anciano salió de la taberna seguido por Martín, quien se dispuso a entregarle el mensaje y la Piedra Alma echando mano de su zurrón.

—¡Guarda eso, muchacho, si quieres conservarlo! —le conminó Laertes al ver sus intenciones. Martín se sorprendió al ver que el sabio parecía conocer lo que le iban a entregar—. Hablaremos de eso al mediodía en mi hogar, donde ningún extraño pueda oírnos. Ahora debes seguirme mientras atiendo otros asuntos. Luego podrás darte un baño caliente.

Martín, sin oponerse, siguió al anciano por un intrincado conjunto de callejuelas adoquinadas y salpicadas por la pobreza y el pillaje. No aminoraron el paso hasta que, tras dejar atrás una calzada flanqueada por dos altos edificios, fueron a parar a una gran plaza en la que confluían otras cuatro calles. En el centro de la plaza se erguía una fuente que consistía en un único chorrillo de agua que manaba de la boca de una estatua sedante de mármol, brillantemente esculpida en honor al rey Argnor III. Al frente se erguía imponente una gran catedral, de excelsos pináculos cubiertos por escamas y policromados rosetones que cobraban vida con la luz de la mañana como mariposas. Martín quedó fascinado con la belleza de aquellos monumentos. Por vez primera desde su llegada a la ciudad, sentía verdadera admiración hacia la capital imperial.

—Esta es la plaza central de la ciudad —señaló Laertes, abarcando toda la amplitud con su bastón—. Espera aquí mientras voy al herbolario.

Mientras el joven aguardaba al anciano contemplando la escultura del rey más de cerca, un guardia, distinguido por un mechón blanco que le pendía del morrión, subió las escaleras de un pequeño patíbulo y allí desenrolló el pergamino que llevaba bajo el brazo. Acto seguido, habló con voz firme y clara a todos los presentes de la abarrotada plaza, mientras leía el documento:



—Por orden de su majestad, el rey Argnor III, emperador de Pulse, informo a todos los presentes de la nueva modificación del impuesto anual para mejorar las murallas de Tesara: todas las gentes de la ciudad deberán pagar un sueldo (cantidad equivalente a cinco reales de bronce acuñados en Pulse); además, un sueldo adicional para el que use armas o cuchillos y no pertenezca a la guardia, dos sueldos al que las traiga ocultas, ocho sueldos al que las desenvainase en disputa, veinte al que hiera a alguien con ellas, entregando la mitad al herido, y cincuenta sueldos al que mate a otro, pagando la mitad a los parientes del difunto, y los insolventes en este caso serán enterrados vivos con su víctima o ahorcados.

Al mediodía, Laertes regresó y condujo a Martín a su ampulosa residencia, no muy lejos de la plaza central. Aquella zona de la ciudad presentaba varios palacetes adornados con arquerías y jardines. El anciano llamó a la puerta con el picaporte en forma de herradura, y al instante les abrió un criado de baja estatura y piel marchita. El fámulo, que respondía al nombre de Pablo, los acompañó amablemente al salón, y luego se apresuró en preparar un baño para el invitado por orden de su señor.

La casa era aún más grande de lo que parecía desde fuera. Un edificio bien decorado, pintado de blanco, y con un patio interior sin techumbre, provisto de una piscina y colmado de rosales, que conectaba con el salón y con el cuarto de baños y de vapor. Laertes pidió a Martín que le entregase el obsequio y el mensaje de don Sancho, y mientras lo leía reclinado en su sillón favorito, junto a la chimenea apagada, Pablo entró en la sala comunicando que el baño para el joven estaba dispuesto.

Martín atravesó el patio interior bordeando la piscina, de un mármol tan blanco y diáfano como la nieve cuajada de la montaña. Las paredes del patio estaban prácticamente ocultas tras los arbustos y las enredaderas. El joven entró en un vestuario de suelo impoluto y azulejos multicolores. Allí se desnudó y se lavó esmeradamente con un paño limpio y el agua que manaba de un grifo. Nunca había visto nada parecido. La vivienda de las gentes humildes de las ciudades, y también del campo, no se prestaba precisamente a arraigar en sus moradores el hábito de la limpieza, pero incluso lejos de comparación con el castillo del conde don Sancho, esta mansión reunía todas las comodidades y lujos con los que cualquiera podía soñar, incluso un noble terrateniente. Había especias y sales de baño sobre una mesilla, y también una escudilla de jabón hecho con grasa de cordero, ceniza de madera y sosa, que Martín se aplicó insistentemente para quitarse la suciedad acumulada en los últimos días.

Cuando el joven entró en el cuarto de vapor, quedó mudo de asombro. Aquello se parecía a una de esas mañanas neblinosas que solían aparecer en invierno, pero en este caso el ambiente era cálido y placentero. Se sentó en uno de los escalones más bajos, junto a la pared del horno, apoyando la cabeza contra una de las almohadillas que había preparadas para tal fin. No advirtió la presencia de otra persona hasta que oyó un ruido y notó un rápido movimiento por el rabillo del ojo.

Ella había permanecido sentada detrás de Martín, escondida bajo el manto de niebla, unos peldaños más arriba. La joven pasó a su lado cuando salía del cuarto para ir a la piscina. Martín solo la advirtió vagamente entre el vapor flotante, y se asomó al patio interior para contemplarla. Ella se volvió para verle, sonriéndole, el cabello meciéndose al ritmo de su andar, consciente de que la observaban, pero Martín retiró la mirada violentamente. Era una joven muy hermosa, quizás de su misma edad. La figura desnuda y esbelta, los cabellos largos, lisos y castaños, aunque a él le parecieron dorados a la luz del sol. Luego se atrevió a asomarse de nuevo para contemplar cómo ella se sumergía en el agua y movía su cuerpo grácilmente mientras nadaba y se zambullía. Más tarde, ella salió de la piscina, con los cabellos pegados a su cuerpo.

Cubriéndose con una toalla blanca, entró en el salón perdiéndose de vista, sin volver a girarse una vez más.

—Te ruego que disculpes la presencia de mi nieta en la piscina —dijo Laertes cuando Martín entró en el salón, totalmente aseado y ataviado con la ropa nueva que le había proporcionado el fámulo—, pero Pablo no me había advertido de su llegada.

—No importa —respondió Martín tratando de restarle importancia y sorteando la mirada de ella, ahora ya vestida con una especie de brial que perfilaba sus hombros. Permanecía sentada junto a su abuelo sobre uno de los amplios brazos del sofá, mirando al recién llegado con unos ojos curiosos y verdes que a Martín le recordaron los prados en primavera.

—Habrá sido un placer, imagino —aclaró ella, con una mirada que hizo ruborizar al joven.

—Shara, te presento a Martín —dijo Laertes—. Es un buen escudero, además de un joven fuerte, inteligente y educado, según ha mencionado mi amigo Sancho en su mensaje.

—Encantada —sonrió ella descaradamente.

—Perdona que sea tan desenvuelta, muchacho —se excusó de nuevo el anciano—, pero no tiene padres, y yo apenas he tenido tiempo de educarla correctamente.

Martín asintió cortésmente.

Cuando Pablo sirvió la comida en la mesa del salón, el joven se sentó en el lugar que le señaló Laertes, justo frente a él.

—Así que Rodrigo ha dejado de ser ese chico testarudo y rebelde para convertirse en un adulto renegado y orgulloso —observó Laertes—. Sancho ha tenido mala suerte con ese hijo suyo: será un mal heredero.

Martín aprobó la opinión del anciano mientras seguía dando bocados de hambriento al cordero asado.

—Pero hablemos de ti y de tu futuro —propuso Laertes—. Sancho ha mencionado tu procedencia: eres hijo de padres campesinos, asesinados por bandidos hace más de siete años, y tienes un hermano menor llamado Pedro. Sé del conflicto con Rodrigo, lo de la cacería, el encarcelamiento y la frustrada ejecución, y supongo que el viaje no te habrá resultado del todo fácil, cuando solo llevabas contigo el zurrón y algunas ropas rasgadas y sucias, sin caballo ni equipaje...

—Mi caballo se despeñó por un precipicio cuando yo trataba de huir de dos jinetes que me perseguían al poco tiempo de partir —aclaró Martín.

—Entiendo... —observó Laertes—. Y fue una verdadera suerte que lograras escapar; esos jinetes debían estar buscando la reliquia que has traído en tu zurrón. No conoces el verdadero valor de esa joya.

Martín miró a Shara con inseguridad.

—No te preocupes por mí —dijo ella con una sonrisa—. Mi abuelo nunca me esconde ningún secreto, o casi ninguno.

—Puedes confiar en ella —dijo el anciano—. Sabe mucho más que tú acerca de la Piedra Alma.

—Y seguro que también acerca de otras cosas... —añadió ella con insolencia, mientras mordía una manzana sensualmente y miraba a Martín con picardía. El joven escudero tuvo que rehuir esos ojos verdes que lo ruborizaban.

—Shara, ya basta —terció Laertes—. Este es un asunto muy serio.

Martín tenía muchas preguntas en la cabeza. Aunque la joven lo atraía poderosamente, deseaba resolver algunas de las dudas que le rondaban. No dudó en comenzar a soltar una batería de preguntas.

—¿Qué opináis sobre la idea de oponerse al futuro rey? —preguntó Martín—. ¿Ayudaréis a mi señor y a los condes de Alania?

—Por supuesto —respondió Laertes—. Pero tú no volverás a ver a tu señor en mucho tiempo, ni a tu hermano tampoco.

—¿Cómo?

—Don Sancho te ha encomendado la tarea de cargar con la Piedra Alma, y no puedes arriesgarte a volver, ahora que te están buscando. Por alguna razón, Rodrigo sabe de su existencia, aunque su padre jamás le habló de ella. Don Sancho es consciente de la codicia de su hijo. Rodrigo no busca solo la herencia de su padre, sino esa piedra por encima de todo. Aunque no sé quién pudo darle la información, porque apenas unos pocos lo sabíamos...

—Un momento —murmuró Martín, aturdido por las declaraciones del anciano—. Don Sancho me envió para que os entregase el mensaje y la Piedra Alma únicamente.

—No es cierto, muchacho —refutó Laertes, ahora señalando al joven con su largo y afilado dedo índice, enarcando una ceja en señal de desaprobación—. Sancho te dijo que yo te revelaría los misterios de la Piedra Alma, aunque ni yo mismo conozco todos ellos, y luego decidiría tu destino con tu absoluto cumplimiento.

Martín recordó aquellas palabras. Era verdad lo que aquel anciano le decía. No pudo por menos que echarse las manos a la cabeza, agobiado, cubriéndose el rostro.

—Tu andanza acaba de comenzar, muchacho —añadió Laertes—. Aún tienes mucho camino y muchos posibles peligros que recorrer. Te hablaré de la Piedra Alma ahora, o si lo deseas, puedes descansar y esperar a esta noche.

—No hay cosa que más me intrigue que conocer el secreto de esa joya —explicó Martín—, pero creo que necesito descansar. Apenas he dormido durante el viaje y siento que no podré mantener la atención durante mucho tiempo.

—Lo entiendo —asintió Laertes—. Descansa entonces. Mi criado te conducirá hasta tu habitación. Siéntete libre de dormir cuanto quieras. Puedes pedir también alguna bebida para refrescarte. Yo permaneceré aquí toda la tarde, leyendo algunos textos. Nos veremos para la cena.

Martín durmió largamente hasta que el sol desapareció en el horizonte. La noche llegó temprano para él. La opción del descanso le había parecido insoslayable después de tantos días de camino y contratiempos. Ahora se sentía mejor. Por lo menos se había repuesto en buena medida del cansancio acumulado. Después de la larga siesta y una copiosa cena junto a Laertes y su nieta, llegó la tan esperada conversación.

—Nadie sabe exactamente sobre los primeros albores de este mundo —comenzó a explicar Laertes, con el rostro alumbrado por el fuego del hogar.

Estaban solos el joven y el anciano, en la biblioteca situada en la parte trasera de la mansión. Shara los espiaba pegando la oreja a la puerta; por alguna razón, tal vez por no turbar al joven, su abuelo le había denegado la entrada. Aunque Martín sabía que ella estaba escuchándoles.

—La Biblia habla bien de ellos —respondió Martín, inocentemente, apelando a los siete días de la creación del mundo y del universo que conocía.

—¡Silencio! —exhortó Laertes—. Sancho te enseñó demasiado acerca de la religión cristiana, cuando incluso él duda de ella. Debes olvidar todos tus conocimientos

religiosos y creer en lo que voy a decirte, porque solo yo y otros pocos eruditos conocemos los relatos de los Antiguos, los primeros pobladores de este mundo.

Martín guardó silencio, sorprendido por aquellas afirmaciones.

—Existen escritos, pues yo mismo los he contemplado, adquiridos de manos de los Antiguos, sobre las guerras intemporales que libraron los reinos del Cielo y del Infierno, que datan de miles de años atrás, desde la creación del universo, mucho antes de la existencia de nuestro Dios.

—¿Sugieres que nuestro Dios no es el todopoderoso, el único?

—Por supuesto —resolvió Laertes—. Nuestro Dios existe, pero es un Dios joven. Hay muchos otros más poderosos que él.

Martín no podía creer lo que Laertes estaba argumentando. Un miembro de la corte, defensor del rey, el elegido de Dios, insinuaba que el Señor, el hacedor del hombre como su semejante, no era el creador de todo el Universo.

Laertes le mostró un manuscrito escrito sobre vitela, cuyas hojas se encontraban encuadradas con un cuero finísimo que parecía haber sobrevivido al paso de los siglos. La letra en que estaba escrito, de caracteres rúnicos, resultaba ilegible para Martín.

—He aquí una reproducción del Collard, el libro supremo de conjuros del dios Ansurax, cuyo original custodian los Antiguos en un lugar secreto. Existen cinco reproducciones como esta, pero solo el original reúne el poder que indica la profecía.

—¿Qué profecía? —inquirió el joven, intrigado.

Laertes pronunció unas oraciones en una lengua desconocida, y acto seguido las tradujo:

—*"Durante el año elegido, cuando la tierra y el cielo parezcan descansar, el poder oscuro resurgirá de sus cenizas para recuperar su poder. Las tormentas y los terremotos volverán de nuevo al mundo con saña de venganza, y el declive de este llegará cuando el Señor Oscuro se reencarne en la figura de un rey de la estirpe de los Antiguos y traiga consigo a las criaturas infernales que con él perecieron antaño. Solo el poderoso Collard podrá impedir el caos... o agrandarlo."*

Las llamas del hogar crepitaron con fuerza. Martín atisbó fuego en los ojos del erudito mientras pronunciaba aquellas palabras.

—Aquí está escrito el principio del mundo, el origen del mal y la forma de dominarlo —señaló—. En la mitología de los Antiguos, el origen del mundo fue fruto de la muerte de un inmenso titán que vagaba por el universo. El titán, al expirar, dio existencia a la tierra con su carne; su sangre fue el mar, y su último suspiro el aire. De su cuerpo emergieron los diversos dioses dominantes, que vivían en el cielo, y estos, para no morir en soledad como su creador, decidieron poblar de vida el cielo y la tierra. Los Antiguos fueron la primera creación de los dioses y recibieron el don de la inmortalidad como sus hacedores, haciéndose llamar ángeles y viviendo con ellos en los cielos.

—¿Y los hombres? —inquirió Martín.

—Los hombres fueron creados por nuestro Dios, cuyo verdadero nombre es el de Radán. Recibieron el don de la mortalidad y permanecieron durante mucho tiempo en estas tierras, en el paraíso terrenal, como así las llamaban antaño, hasta que la mayoría fueron desterrados por su carácter belicoso y dominante y, obligados a cruzar el ancho mar, forjaron sus civilizaciones en otros continentes.

—¿Os referís al Viejo Continente, de donde regresaron nuestros ancestros en navíos hace cientos de años?

—El Viejo Continente y algunos otros, pues son varios los que conforman el mundo —aclaró Laertes—. Pero es cierto que regresaron algunos de ellos a estas tierras,

cuando tuvieron conocimientos suficientes para navegar en grandes embarcaciones, pues de lo contrario no estaríamos aquí.

Laertes hizo una pausa. Cogió el atizador situado sobre la repisa de la chimenea y, después de arrojar al interior algunas ramas secas, removió las brasas para avivar el fuego.

—Los dioses trabajaron por la paz —continuó—, hasta que las disputas por el poder comenzaron y sus voluntades se separaron. Entonces, los demoníacos habitantes de los infiernos surgieron de la oscuridad engendrados en las semillas del Gran Árbol de la Maldad, nacido a consecuencia del odio contenido de los dioses dominantes. El Dios Ansurax, hijo del Dios Dar, Señor del Sol, ansiaba el poder del mundo, y llevó la destrucción con sus hordas al paraíso terrenal, sosteniendo que el Caos absoluto era la verdadera fuerza existencial de todas las cosas. Los dioses benignos, o dioses de la luz, enviaron ejércitos de ángeles celestiales a las forjas del Infierno, mientras bandadas de demonios alados trataban de romper el arco de cristal que protegía el Palacio de los Altos Cielos. Entonces los hombres fueron llamados a regresar para secundar a los Antiguos, que ya no abundaban en número después de tantas masacres. Lamentablemente, la raza humana resultó tan combativa y tenaz como sometible, por lo que algunos se aliaron con el mal. Muchos fueron los mortales que presenciaron a los seres sobrenaturales que caminaban entre las apiñadas masas de humanidad y la tierra esquilmada. Poderosos guerreros surgieron y aceptaron el cruel reto de la guerra, aliándose con ambos bandos y ganándose el respeto y odio de los mundos del más allá con sus legendarias proezas. Aunque los demonios menores les respetaban y se arrodillaban ante algunos de ellos, también maldecían la existencia humana. Muchos de estos demonios creyeron que la muerte y la destrucción ocasionada por los hombres era una ofensa a su papel superior en el orden del Caos, y en consecuencia, celosos de la creciente importancia de los humanos, cometieron incontables y atroces actos violentos contra los mortales.

Laertes se detuvo un momento para tomar aliento. Luego continuó:

—Durante las guerras intemporales, Ansurax se proclamó a sí mismo Dios de la Oscuridad y de los infiernos, y nombró a tres de sus mejores demonios sus lugartenientes. Entre ellos se encontraba Raazbal, el ángel caído, expulsado del Palacio de los Altos Cielos por una falta moral, y deformado por la crueldad y el odio eterno. Al ocaso del milenio de la guerra, todas las fuerzas celestiales se congregaron para hacer frente en una batalla a la totalidad de la inmensa horda negra, formada por multitud de razas que el Gran Árbol de la Maldad había concebido. La Batalla de la Luz y la Oscuridad duró cien días y cien noches, y al término de la última noche, cuando el ejército celestial comenzaba a debilitarse, el arcángel Fraudiel se internó con un grupo de valientes hombres en las profundidades del Infierno, hallando allí, retorcido por el dolor y la tristeza del mal, el Árbol de la Maldad. Fraudiel cortó sus ramas y tallos, de los que brotaba sangre oscura en vez de savia, y luego incineró la tétrica creación vegetal. Ansurax y su ejército cayeron esa misma noche tras la hazaña del Arcángel. El dios oscuro murió a manos de los Antiguos y de los hombres, quedando la corona en poder de los primeros, así como el Collard, que él mismo había escrito con su sangre, y el cual era irrompible salvo que lo hiciera con sus propias manos. Solo el poderoso Raazbal logró sobrevivir a la matanza y el reino del Caos entró en un largo letargo.

Laertes señaló una página del manuscrito a Martín, donde se trazaba la geografía de varias extensiones de tierra.

—Sin conocer la morada del último lugarteniente de Ansurax, los dioses, temiendo la naturaleza invasora de la raza humana, decidieron ocultar por siempre el paraíso terrenal del resto de los continentes, ofreciendo a los humanos que combatieron

a su favor que olvidaran sus orígenes y progresaran aquí, aislados del resto del mundo. Muchos volvieron a cruzar el ancho mar y regresaron allá donde las civilizaciones prosperaban, mientras otros eligieron quedarse...

—Nuestros antepasados —dedujo Martín.

—Exacto.

Entonces Laertes pasó la página del manuscrito y Martín pudo observar un dibujo de la Piedra Alma, perfectamente detallado.

—Este es el dibujo de una Piedra Alma.

—¿Una? ¿Acaso existen varias?

—La corona de Ansurax poseía tres piedras de cristal engarzadas llamadas Piedras Alma. Cada una servía para aprisionar en ellas el alma del demonio que intentase usurpar el mando al Señor de la Oscuridad; una por cada lugarteniente existente. Así que los dioses poseían tres Piedras Alma para atrapar al único lugarteniente de Ansurax vivo, Raazbal, y evitar que emulase a su señor. Una de las Piedras Alma les fue entregada a los Antiguos, y las otras dos a los humanos. Mientras que los Antiguos la conservan todavía en la actualidad, esperando el momento oportuno, los humanos extraviaron las dos Piedras Alma que les asignaron, después de haber malgastado una de ellas para atrapar por equivocación el espíritu de un demonio menor.

—De forma que solo hay una Piedra Alma disponible para atrapar a ese demonio —conjeturó Martín, observando detalladamente la reliquia de cristal que tenía entre sus manos.

—Eso no es del todo cierto, y es la incertidumbre que ello provoca lo que pospone un último intento para atraparlo por parte de los hombres —dijo Laertes—. La Piedra Alma que tienes en tus manos no es la perteneciente a los Antiguos, porque se encuentra en poder de su rey, de manera que es una de las extraviadas antaño, pues un antepasado de don Sancho la descubrió. De la otra Piedra perdida no se sabe nada desde hace siglos. Tal vez se encuentre en una gruta oculta, enterrada en un bosque o en el fondo del Mar Occidental. Pero no sabemos si la que tenemos aquí es la que contiene el espíritu maligno, o la otra, y no hay forma de saberlo, a menos que la Piedra Alma nos hable.

—¿Seguro que saben hablar? —inquirió Martín, totalmente escéptico ante aquella cuestión.

—No es la Piedra la que habla realmente, sino el espíritu que puede estar encerrado en ella. Así que si escuchas alguna voz que sale de su interior, determinará cuál de las dos es. Si contiene el espíritu de un demonio, entonces deberemos cuidarnos de no liberarlo. Si esta Piedra Alma no alberga un espíritu en su seno, entonces podremos emplearla para atrapar a Raazbal, junto con la que poseen los Antiguos, con el doble de posibilidades de éxito.

—¿Y qué es lo que debo hacer con ella?

—De momento, esperar —sugirió Laertes—. Debemos aguardar hasta que mermen los enfrentamientos entre los nobles y el rey. Pronto estallará una guerra dentro de nuestras fronteras y no podremos decidir nada hasta que conozcamos el resultado final. Tú iras al norte con la Piedra Alma, a las montañas, donde no correrás ningún peligro, y podrás volver cuando yo te lo indique. No es bueno que la Piedra se encuentre aquí. Tesara está plagada de espías enemigos, aunque no lo parezca.

## Álcoy

*“Trabaja, pica, agujerea la montaña, minero.  
Que brille la plata y se ennegrezca tu cara.  
Que tu fuerza nunca se extinga,  
porque provees riquezas para que otros gobiernen”.*  
**Poema de Aronthar.**

*13 de agosto*

Era por la mañana. El cielo despejado del nordeste de Pulse y la extensión de sus territorios hacía difícil juzgar las distancias. La caravana avanzaba por la llanura, siguiendo un rumbo paralelo a las colinas que se erguían más al este. Tras los altozanos, las cumbres de la cordillera gris que separaba Pulse de los reinos vecinos de Ascadia y Lesonia parecían hendir el cielo en forma de sierra.

Martín iba en uno de los rechinantes carromatos que conformaban la larga hilera de vehículos. Eran cuatro los días transcurridos de camino y mucha la distancia recorrida. Laertes conocía a alguien en aquella región, un maestro constructor llamado Néstor que podía proporcionarle al joven un trabajo y alojamiento durante un tiempo, al menos durante los próximos meses. El erudito había delegado en su fiel sirviente Pablo la labor de ayudar a Martín para encontrar a dicho constructor en Larche, la única ciudad de aquella comarca, donde se contrataban los jornaleros destinados a las obras de reconstrucción del castillo de Álcoy. Pero a Martín no le preocupaban solo estos asuntos. Había otros que lo mantenían en silencio. Continuaba pensando en don Sancho y en su hermano, así como en la posible traición de Rodrigo. También lo carcomían las nuevas historias que había escuchado acerca de la creación del mundo, y le preocupaba que la Piedra Alma que portaba fuera la que encerraba a un auténtico demonio. Rezaba, sin saber si serviría de algo tras las razones de Laertes, para que la Piedra que custodiaba estuviera vacía de todo mal; sin embargo, gran parte de sus pensamientos desembocaban ineludiblemente también en Shara, la bella nieta de Laertes, y en sus preciosos ojos verdes. Desde la primera vez que la vio supo que le había arrebatado el sentido y, cuando pensaba en ella, debía de ponérsele cara de pánfilo, porque Pablo advertía muy pronto sus ensueños.

—Piensas demasiado en ella —dijo Pablo, adivinando los pensamientos de Martín y tratando de reprobarlos sin llegar a ser brusco.

—¿En quién? —Martín se hizo el tonto, confundido por un comentario tan directo, aunque sabía que no serviría de nada disimular.

—En Shara, por supuesto.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en ella? —preguntó Martín, aunque era cierto. Todos los días lo hacía. Se preguntaba si en el caso de haberse quedado más días en la capital habría surgido algo entre ellos. De cualquier manera, esperaba verla cuando estuviera de regreso. La joven vivía en casa de su abuelo y Martín confiaba en volver

pronto a aquella mansión. Quería conocerla y saber si detrás de esas miradas pícaras y los comentarios atrevidos habría una joven sensible y cariñosa. Tenía la esperanza de encontrar en el corazón de Shara la misma belleza que proclamaban sus curvas.

—Lo llevas escrito en la mirada —dijo Pablo—. Además, pude observar cómo contemplabas a Shara paseando desnuda por los baños, y cómo el rostro se te entristecía al día siguiente al dejar atrás la casa de Laertes, sin poder haberte despedido de ella por la mañana.

Martín guardó silencio. Intentaba adoptar una postura indiferente ante las declaraciones del viejo criado. Se puso la mano en la frente, en forma de entoldado:

—Hace calor —señaló dirigiéndole a Pablo una mirada de soslayo, dando a entender que no quería hablar del tema. En realidad, no quería entablar conversación con aquel hombre en ningún momento. Le parecía una persona extraña, con esos ojos pequeños de mirada penetrante, la piel marchita y amarillenta como si padeciese alguna enfermedad, y la extraordinaria pulcritud y seriedad que lo caracterizaban en todos los aspectos. Durante los cuatro días de recorrido en carromato solo habían hablado del lugar donde el joven iba a pasar los próximos meses trabajando y del puesto que desempeñaría. Le esperaba una labor de albañil en Álcoy, un castillo abandonado que antiguamente protegía un paso montañoso y que ahora debía ser restaurado por orden del rey.

Llegaron al atardecer a Larche, una ciudad muy distinta a la capital, sin grandes fortificaciones que la defendiesen, ni grandes monumentos. Había adquirido prestigio en los años en que el anciano rey Argnor y su esposa habían residido allí. Su presencia atrajo a nueva población y se convirtió en una ciudad numerosa y respetable, y no cabiendo los últimos pobladores en el perímetro original, se edificó un arrabal en el llano que mediaba entre la ciudad y el río que la abastecía.

Atravesaron los arrabales. Las plazas estaban abarrotadas de edificios y transeúntes. Las cabañas de la gente más pobre se apretaban unas contra otras, sin dejar desocupada la menor porción de terreno. Allí donde se habían construido dos casas separadas por un estrecho callejón, alguien había introducido un puesto de venta de fruta o cerveza, e incluso había establos, porquerizas o gallineros, vulnerables a los robos constantes pese a las precauciones de sus dueños, que atizaban sin miramientos a todo aquel que trataba de hurtar algún animal.

—¿Por qué huele tan mal en este lugar? —preguntó Martín.

—Es el olor de la gente y de los animales —le dijo Pablo, que seguía azuzando con el látigo a las acémilas, sin importarle el inseguro avance entre el gentío.

La calle era poco más ancha que la carreta y su yunta de bueyes; sin embargo, llegaron a atravesar sin ningún problema las puertas del débil recinto amurallado que rodeaba el barrio viejo. El ambiente era menos paupérrimo en las calzadas de la ciudad que en los arrabales, y pronto llegaron a la plaza principal. Ambos bajaron del carromato y comenzaron a buscar por los alrededores. Néstor era un constructor influyente en aquella región, así que no les resultaría difícil encontrarle.

—¡Eh, tú! ¡Albañil! —dijo un carretero que pasaba junto a ellos, indicando con la cabeza la bolsa de herramientas de Martín que Pablo le había proporcionado. El hombre, rubio y de una piel tan pálida que no parecía haber conocido el sol, se encontraba en el pescante de un tosco vehículo de madera, tirado por un par de bueyes y cargado de bultos—. ¿Buscas trabajo?

Martín asintió con la cabeza.

—Es posible que lo encuentres en Álcoy.

—¿Dónde está el maestro constructor Néstor? —preguntó Pablo al arriero.



—En Álcoy —respondió—. Partió hace ya dos días con varios peones. ¿Queréis ir a Álcoy?

—Solo el muchacho —dijo Pablo.

—Tienes suerte, yo soy el sobrestante. Me dirijo hacia allí con el último cargamento de herramientas y materiales.

—Viene de parte de Laertes, el erudito —intervino Pablo.

—Lo conozco.

—Sabe contar y leer, pero necesitará alojamiento y comida.

—¿Sabe también escribir?

—Por supuesto —asintió Martín.

—Nombre y edad.

—Martín, diecisiete años —indicó el joven.

—Bien —el hombre pareció anotarlo en su memoria—. Por el momento solo quedan puestos de albañil por cubrir. En lo respectivo al salario, recibirás dos reales diarios, además de comida y alojamiento. Las obras deberán estar terminadas antes de la llegada del invierno, por lo que no podremos ofrecerte trabajo a partir de entonces, salvo que haya retrasos. ¿Estás de acuerdo?

—Claro —contestó Martín, después de que Pablo le diese su aprobación con un firme movimiento de cabeza, y se subió en la parte posterior de la carreta.

Pablo arrió el hombro y le susurró al joven al oído:

—Laertes decidirá cuándo debes volver a Tesara. Espera mientras tanto, y guarda en secreto la Piedra Alma.

—¿Cómo sabré cuándo he de volver?

—Lo sabrás —contestó Pablo sin dar más explicaciones.

Después de una moderada despedida, el vehículo salió de la plaza abarrotada y Martín perdió de vista al viejo criado. Hacía días que la incertidumbre marcaba la vida del joven. Ahora se dirigía hacia un lugar desconocido, sin apenas equipaje y con una bolsa de herramientas, la Piedra Alma guardada en su zurrón y miles de pensamientos rondándole la cabeza. Pensaba en su hermano, su pobre hermano, solo y sin conocer noticias suyas. Pensaba en don Sancho, ¿cómo estaría? ¿Habría discutido de nuevo con su hijo Rodrigo? ¿Conocía también el primogénito la mitología de los Antiguos, o solo el conde? ¿Quiénes eran esos Antiguos?, ¿Cómo eran, qué forma tenían realmente? ¿Sería la Piedra Alma que llevaba en su zurrón, envuelta cuidadosamente en una tela, la portadora del espíritu maligno? ¿Tendría algún otro poder? ¿Qué estaría haciendo ahora Shara? ¿Pensaría en él?, ¿Se encontraría bañándose en aquella piscina de quimeras? Shara... Shara... su recuerdo le entristecía; ¿volvería a verla?, probablemente... nunca había sentido algo así por una chica. Era cierto lo que dijo Pablo: pensaba demasiado en ella. Él era el hijo de un campesino y ella la nieta de un miembro de la Corte, probablemente hija de un aristócrata. Se dio cuenta de que no sabía nada acerca de los difuntos padres de la joven. Todavía la contemplaba desnuda en su memoria. Estaba enamorado de ella y solo conocía su nombre.

El sobrestante se llamaba Jorge y parecía un hombre de confianza y simpático. Mucho más afable que Pablo. Durante el camino le explicó a Martín que el castillo de Álcoy, pocos años antes, menos de veinte, estuvo en pie y habitado, siendo su capitán un vecino de Usinsa, un pueblecito que quedaba a un cuarto de legua del paso de Álcoy. Cuando falleció quedó deshabitado y parte de los sillares que conformaban los muros se destinaron a nuevas construcciones. Jorge decía que ese castillo no era el único que el rey Argnor había mandado reconstruir antes del invierno, así que había dificultades para encontrar obreros disponibles. Incluso habían llegado a Álcoy diez soldados de infantería reales, no para proteger a los jornaleros, sino para trabajar como tales.

Poco a poco se fueron adentrando en las montañas del este, las punzantes, como las llamaban los habitantes de la región por sus cimas puntiagudas en forma de pináculos que parecían alcanzar el cielo. La carreta avanzó por un estrecho camino de montaña, abierto entre cuevas y cortaduras, antiguamente utilizado por los mineros de la región cuando muchas de las montañas rebosaban de plata y otros muchos minerales ocultos en su seno. Ahora solo se hallaban cantidades de plata en la cara norte de las montañas, pero en la cara oeste por la que transcurrían, los yacimientos se habían agotado totalmente y el camino era más estrecho y descuidado que antes.

Cuando el sol empezó a hundirse en el poniente, el camino descendió entre las sombras serpenteando por la ladera de un ancho valle cubierto de hayedos. Entre los vigorosos árboles asomó el paso de Álcoy, una vaguada recorrida por un río de aguas rápidas y turbulentas y, al pie de la quebrada, en la ladera opuesta, se erguía marchito el abandonado castillo, semejante a un hormiguero con la multitud de obreros yendo de un lado para otro. El río formaba en los desniveles unos saltos impresionantes que resonaban en la distancia, como si una enorme ola de mar golpease constantemente contra la roca y fuese a sepultar todo el valle.

Cuando la carreta cruzaba el puente de madera que superaba el terrible precipicio, los tablones crujieron y traquetearon bajo su peso y el de los dos vigorosos bueyes que tiraban de ella. Martín echó una mirada al fondo, observando las aguas poco profundas pero espumosas y traicioneras del torrente.

—¿Es seguro este puente?

—No te preocupes, Martín —dijo Jorge—. Este viejo puente ha aguantado cargamentos mucho más pesados. Todos los días llega una docena de carromatos con sillares procedentes de una cantera cercana, a media legua de aquí, y aún no ha habido ningún percance.

—Pero algún día no soportará ese peso.

—Para eso está el maestro constructor —dijo Jorge—. Además de vigilar que las obras se ajusten en material y tiempo a los proyectos del ingeniero, también tiene que revisarlo todo diariamente para evitar accidentes. Néstor se encarga siempre de eso, y de examinar al personal nuevo.

El camino cruzaba el río y luego bordeaba el castillo para ascender por la ladera opuesta del valle y perderse en la espesura. La carreta salvó el puente y llegó a la otra ladera. La muralla exterior fue lo primero que se encontraron.

—La muralla está casi terminada —dijo Jorge señalando el muro de sillares flanqueado por andamios, en los que había hombres aplicando argamasa con espátulas para unir las piedras que se subían por medio de poleas a lo alto del parapeto. Casi todo debía hacerse a mano. Un hombre tenía que girar una rueda enorme con los pies, como si fuera un roedor encerrado, para enrollar la cuerda que subía mediante un sistema de poleas los grandes y pesados cubos de piedra. Otros trabajadores llevaban baldes de arena, agua y cal, para después mezclarlo todo en un mortero y hacer la argamasa para unir las piedras. Los maestros carpinteros trabajaban la madera traída de los bosques cercanos para construir andamios, vigas y soportes. Los maestros canteros utilizaban martillos y cinceles para pulir y dar forma a algunas piedras, mientras los aprendices hacían recados y los trabajos más sucios, como sacar del foso la tierra y la piedra de mampostería necesarias para las diversas obras.

Martín se percató de la presencia de una construcción en lo alto de una peña en aquella parte del valle, a la cual se llegaba únicamente a pie siguiendo un empinado camino de desgastados escalones de piedra.

—¿Qué es eso?

—Es la vieja torre centinela —dijo Jorge—. Se abandonó al mismo tiempo que el castillo, aunque sigue intacta desde entonces. Podía acuartelar a unos seis hombres, cuya misión era advertir al castillo de Álcoy, del cual se abastecían, de la llegada de comerciantes o soldados extranjeros procedentes de Ascadia o Lesonia.

Encontraron a Néstor en su propia cabaña, situada en una explanada donde también se habían levantado cobertizos para la cocina y almacenes, además de las barracas que servían de vivienda a los trabajadores. El maestro constructor recibió al muchacho con un fuerte apretón de manos, alegrándose de contar con un nuevo trabajador. Era un hombre contrahecho, de baja estatura y anchas espaldas, con el mentón cubierto por una barba rojiza y rizada, y unos ojos marrones que irradiaban honradez y franqueza.

No hizo falta mucho tiempo para que Néstor apreciara la rectitud y los conocimientos de Martín y, pensando que el muchacho haría mejor ayudando en las cuentas que en el foso junto a los demás peones, le encargó parte de su propia responsabilidad, nombrándolo veedor de las obras. A partir de entonces, y siempre bajo la supervisión de Jorge, el sobrestante, Martín se encargó de vigilar que no hubiera engaños en los precios de materiales, jornales y en todo lo necesario para las obras, asistiendo a los pagos que se realizaban constantemente en Larche o en los pueblos cercanos como Usinsa. De esta manera, Martín viajó constantemente de una localidad a otra, y aunque acostumbraba a dormir en Álcoy, en más de una ocasión las tormentas le impedían volver a tiempo.

Fue a finales de septiembre, al inicio de la vendimia, cuando Martín estuvo por vez primera con una mujer. Habían bajado él y Jorge en una carreta a Larche a buscar provisiones para los trabajadores, y debido a que la reciente lluvia dificultaba el camino de vuelta, decidieron quedarse. Aquella noche se unieron a un grupo de temulentos mineros que ya conocían al sobrestante.

—¿Cómo te va, Jorge? —dijo uno.

—No me puedo quejar. El trabajo no me falta, aunque cada día me cuesta más madrugar.

—Eso está claro —dijo otro, vociferando—. ¡Nos hacemos mayores, amigo!

—Apuesto a que hace muchas noches que no juegas ni usas tu lanza —señaló el primero que les había saludado.

—Es cierto—contestó el sobrestante—. Viajo y trabajo mucho, pero descanso poco.

—Pues acompañadnos tú y el muchacho a la taberna, que tal vez más adelante visitemos a las señoras.

Martín no puso ninguna objeción. Aquella noche el viaje de vuelta habría resultado muy peligroso, y el día siguiente era domingo. Igual que los mineros, él y Jorge disponían de un día libre antes de volver a Álcoy. Sería bueno disfrutar de unos cuantos chistes y comentarios jocosos hasta pasada la madrugada, sin importar las obligaciones del día siguiente.

Después de la cena siguieron los cantos, azuzados por el vino y promovidos por un cantero de avanzada edad, acompañado a coro por los demás:

*Vale más un minero  
que un rico vinatero,  
y vale más un hombre golpeando piedra,  
demostrando fuerza y hombría,  
que un ricachón de Tesara,  
pues haciendo esto reventaría.*

Precedidos de los cantos llegaron los juegos de azar de naipes y dados. Martín se abstuvo de intervenir, pues tenía poco que apostar y ningún deseo de perder lo que tenía. Siguió el consejo de Jorge, quien le dijo que, bajo la influencia del vino, el juego se tornaba peligroso y motivo de disputas; sin embargo, el sobrestante apostó, y su fortuna lo llevó a ganar varias partidas sin que por ello molestara a sus oponentes. Aquellos rivales tenían buen perder. Martín recordó que en más de una ocasión, en Álcoy, habían surgido serias riñas debido a estos juegos. Los tramposos, si se demostraban las acusaciones, eran apaleados por el resto, e incluso cuando no se podía demostrar, si la suerte resultaba mayúscula, existía el riesgo de recibir un navajazo.

Al finalizar la última partida, el grupo de mineros les instó a acudir al prostíbulo más cercano. Fueron con las garrafas de vino y aguardiente pegadas a los labios. Entraron todos en una gran casa de prostitutas, de estrechos pasillos adornados con telas carmesí y acogedoras habitaciones con lechos confortables y suelos cubiertos de paja.

Cada uno entró en una habitación diferente; algunos por parejas, siendo recibidos por mujeres reprobables y poco aseadas, que los recibían en la semioscuridad con frases lujuriosas. Todos entraron en alguna habitación salvo Martín, quien se quedó solo junto al fogón del vestíbulo al ver cómo Jorge desaparecía el último tras las pesadas cortinas de una habitación, siguiendo a una mujer de anchas caderas.

Tras vacilar unos instantes, el joven decidió finalmente entrar, nervioso y taciturno, en una de las habitaciones, con la inseguridad de un animal que presiente el acecho de los depredadores. El aposento estaba aparentemente vacío y sin iluminación, lo que tranquilizó al joven. Se acercó a la cama caminando lentamente, escuchando el sonido de sus inestables pisadas sobre el suelo cubierto de paja. Había comido, cantado, bebido, hablado y reído a más no poder, y tenía el estómago lleno y la mente agotada. Por eso consideró que necesitaba conciliar el sueño.

Le resultó difícil olvidarse de los jadeos y gemidos que llegaban de las habitaciones más próximas. Llegó a pensar si debía haberse atrevido a entrar en alguna de las habitaciones ocupadas o había hecho mejor quedándose allí, libre de cualquier grave pecado. Pero cuando comenzaba a dormir con el dulce recuerdo de Shara, la bella Shara, la cortina que limitaba la habitación por el lado derecho se descubrió, y la figura de una mujer apareció en el umbral. Apenas la distinguió en la oscuridad mientras se acercaba con una bota de vino bajo el brazo.

—¿Quieres un poco? —preguntó ella ofreciéndole beber.

Martín bebió con apetencia, dando largos tragos y sintiendo cómo le corría el vino por la garganta. El vino endulza los labios y enardece nuestros corazones, había dicho Jorge hacía unas horas en la taberna. Un reguero de aquel dulzón zumo fermentado le calló por la barbilla, y entonces la mujer se le acercó y le lamió los labios y el mentón suavemente. Martín se sintió incómodo al saberse acariciado por una extraña.

—¿Quieres un poco? —volvió a preguntar, esta vez metiéndole las juguetonas manos entre las ropas y tocándole los genitales. Al hallar la respuesta en el miembro ya erecto del joven, que permanecía callado, como incapaz de defenderse, la mujer tanteó su cinturón para comprobar si podía pagar sus servicios.

Antes de darse cuenta, Martín sintió el peso de la mujer sobre su cuerpo. Se imaginó sumido en un torbellino de excitación, en una nube de olor a vino y a sudor humano, pero no vio el rostro de Shara ante él, sino el de una mujer pública. Él no quería hacer aquello, no con esa mujer. La ramera advirtió la extraña inapetencia del muchacho y cubrió con sus manos las mejillas del joven. Martín pensó que debía tener quince años más que él.

—¿Te ocurre algo? ¿No quieres hacerlo? Quizás has bebido demasiado —  
inquirió ella esbozando una sonrisa.

Martín negó con la cabeza y se zafó de ella echándose a un lado del jergón. La  
mujer volvió a intentar acariciarlo, pero él se negó nuevamente dándole la espalda.

—Pues ahí te quedas, no estoy para perder el tiempo —rezongó ella, y se  
marchó por donde había venido, volviendo a descorrer la cortina.

## *Palabras en la oscuridad*

*“Las pesadillas pueden rendirle,  
pero su corazón es puro.  
¿Soportará la carga que transporta?  
Muy lejos, al este, debe llevarlo”.*  
**Mensaje de Adelar, dios del viento.**

*Domingo, 11 de noviembre, San Martín*

El día anterior a San Martín, Néstor mandó al joven veedor de cuentas y a Jorge a comprar tres cerdos en Larche. Cuando regresaron a Álcoy la tarde del domingo, muchos obreros se presentaron voluntarios como matarifes. Solo nueve de ellos llevaron a cabo la matanza en uno de los cobertizos que servían de almacén, y luego fueron éstos los que recibieron mayor ración en la opulenta cena que se sirvió por la noche.

Tres grandes hogueras alumbraban la explanada donde todos comían alrededor, cada una con el cuerpo de un cerdo espetado por una gruesa estaca. Se acercaba el invierno y el frío en las montañas no respetaba a los más débiles. Dos hombres habían caído enfermos en los últimos días, y la tos afectaba a muchos trabajadores, de manera que la ingesta de carne serviría para recobrar fuerzas.

Corrían rumores durante las últimas semanas de que algo se estaba gestando en la capital. A Larche habían acudido oficiales para reclutar hombres para el ejército. Pronto llegaron noticias de una reunión celebrada en Tesara entre todos los representantes de los reinos de Occidente, pero si dicho encuentro había servido para algo, era una verdadera incógnita. En la montaña poco podía saberse de los asuntos de Estado. Los mensajes llegaban a menudo en forma de rumores, y con la inminente llegada del invierno la comunicación con las ciudades de la llanura sería aún menor.

No habían terminado de cenar cuando un jinete se acercó al campamento, envuelto en la oscuridad. Se acercó a la hoguera y, cuando quedó a la vista de todos, se presentó sin bajar de su montura. Tenía la barba corta y el pelo negro. Este le caía en forma de melena al igual que la crin que pendía del yelmo. Una capa marrón cubría una cota de malla ligera y ropas gruesas de abrigo. Delataba su procedencia la cabeza plateada de oso que se perfilaba sobre el fondo azul oscuro en la base del escudo, el cual pendía de la silla. Era el emblema de Lesonia, el reino aliado del noroeste. Con el semblante serio se presentó como explorador de un ejército Lesón que estaba cruzando las montañas y se acercaba a ese punto. Necesitaba saber si el viejo puente de Alcoy soportaría el peso de los carromatos.

—Todos los días, este puente soporta el peso de algún carromato cargado de piedras—contestó Néstor con una sonrisa orgullosa. Se levantó de una piedra plana que le servía de asiento y añadió—: así que no hay de qué preocuparse.

—Perfecto entonces—contestó el explorador, y con un tirón de rienda hizo girar a su montura para volver por donde había llegado.

—¿Cuándo llegará tal ejército?—inquirió Néstor.

—Esta misma noche —sentenció el hombre, mientras se alejaba al trote y se perdía nuevamente en la oscuridad.

La inquietud recorrió el cuerpo de todos los hombres. Aunque ninguno conocía el motivo de semejante visita, todos coincidían en que los reclutamientos de soldados en Larche tenían idénticos orígenes que la llegada de un ejército Lesón a esas tierras. Sin lugar a dudas, algo importante se gestaba en el Imperio de Pulse. Aquel ejército debía de llevar mucha prisa si pretendía avanzar en plena oscuridad.

—Deberás anotarlo en los cuadernos de frontera —musitó Néstor mirando a Martín. El joven contable era el encargado de anotar también en el cuaderno todos los movimientos en el paso de Alcoy. Desde el advenimiento de nuevos cargamentos de piedras y herramientas, hasta la llegada de nuevos jornaleros y viajeros que cruzaban la frontera. Todo este tipo de anotaciones eran de su completa responsabilidad. Su sueldo había crecido y ahora rondaba el de los oficiales carpinteros, los mejor pagados con frecuencia, aunque eso no generaba envidias en la plantilla porque todos sabían que su trabajo lo valía.

La expectación durante la noche fue tal que ninguno de los trabajadores quiso acostarse temprano. La mayoría esperó la llegada del contingente, cubiertos por las mantas y asomados a las ventanas de las casuchas de madera, hasta que poco antes del amanecer llegaron los primeros soldados.

El ejército llegaba con algo de retraso. Martín se encontraba en la vieja torre centinela, con un farol de aceite encendido para guiar al inminente ejército entre la bruma que había descendido bruscamente de las cotas más altas, y cuidadosamente fue anotando con pequeños trazos a cada uno de los jinetes que llegaron primero en desorden. Resultaba difícil distinguirlos y contar con exactitud, aunque había muchos soldados que portaban antorchas. El cansancio acumulado tras toda una noche de vigilia tampoco lo ayudaba a concentrarse.

Ochenta y ocho caballos en total, registró mientras cruzaban el puente sin detenerse en mirar a las decenas de obreros que se asomaban inquietos desde las ventanas. Sin duda constituían la avanzadilla de una tropa mucho mayor, y entonces Martín intentó imaginar qué ejército podría tener una avanzadilla tan numerosa, pero la mayor de sus predicciones enmudecía ante lo que iba a presenciar.

Poco después, una hilera de soldados emergió desde lo alto del valle, inundando el camino rodeado de hayedos, y poco a poco fue descendiendo, serpenteando como un ejército de hormigas ordenadas, en marcha forzosamente lenta. Las antorchas eran interminables en la distancia. Martín decidió bajar de la peña, descendiendo los escalones de piedra hasta situarse justo en un extremo del puente, para anotar lo más aproximadamente posible el número total de soldados, ya que desde la altura le era imposible calcular el número con exactitud.

Al frente de la vanguardia cabalgaba el rey Godofrin junto a varios hombres distinguidos, nobles y capitanes. El monarca montaba sobre un poderoso alazán, luciendo una barba y un bigote bien atusados y el corpachón embutido en una gruesa cota de mallas, remachada por correajes y hombreras metálicas. Algo crucial se gestaba dentro de las fronteras de Pulse si el rey de Lesonia en persona acudía con un ejército de tan grandes dimensiones. Martín recordó que los condes de Alania querían rebelarse contra el poder real, y en un principio pensó que el emperador Argnor había pedido ayuda a los monarcas aliados, pero le resultó difícil de creer, puesto que el propio rey Godofrin no habría participado en la campaña personalmente si solo se tratase de enviar tropas de refuerzo.

El joven observó el paso del grueso del ejército, formado por la sufrida infantería, las compañías de arqueros y los carromatos que transportaban las máquinas

de asedio, alimentos y grandes arsenales. Martín pudo percibir que los lesones eran gente fornida y hosca en su mayoría, a juzgar por su apariencia, y comprobó su austeridad al tratar de entablar conversación con algunos soldados y recibir continuas negativas por respuesta. La mayoría de los hombres cargaba con una o dos lanzas al hombro y una espada sujeta al cinto. Los escudos eran redondos y solo los jinetes tenían la fortuna de usar cotas de malla. Por lo común empleaban armaduras de cuero endurecido, tan recias que dificultaban el movimiento de los brazos. Los cascos de hierro y cuero curtido pendían sobre las espaldas de los guerreros junto a los enseres básicos: cantimploras, petates, zurrones, etc. “Unos tres mil doscientos hombres de a pie, trescientos veinte jinetes y más de sesenta carromatos, al mando del rey Godofrin de Lesonia”, anotó Martín en el cuaderno.

Cerrando la marcha cabalgaba un gran señor al mando de varias docenas de jinetes. Era el duque Eginhard, cuyas manos eran grandes como las de un oso pardo, y no menos extraordinaria era su rugiente voz. Contaban los rumores que una orden suya parecía la llamada de un cuerno de guerra.

Fueron más de tres horas las que necesitó la tropa para cruzar el puente por completo. Los tablones crujieron con el paso del último carromato. Se oyó el chasquido de algunas maderas bajo el peso de las ruedas, pero la plataforma aguantó y la retaguardia del ejército cruzó el puente. La larga hilera de soldados ascendió la ladera hasta desaparecer paulatinamente del valle, cuando el sol ya gozaba de plenitud a media mañana.

Tras muchos intentos, Martín consiguió que un soldado le dijera el motivo de tal despliegue militar. El rey Godofrin había prometido al emperador de Pulse un ejército para la alianza que avanzaría hacia el este antes de terminar el invierno. “Pronto estallará una guerra dentro de nuestras fronteras”, había vaticinado Laertes tres meses atrás. Martín comprendió que finalmente el rey de Pulse no estaba tan seguro de derrocar a los nobles de Alania y por ello había pedido ayuda urgente a los reyes aliados. Era extraño que Godofrin recorriera tantas leguas para ayudar a Argnor; el emperador debía haberle ofrecido una gran cantidad de coronas de oro y tal vez parte del territorio contra el que iban a enfrentarse.

Al joven le habría gustado acompañar al ejército Lesón hasta Tesara. La estancia en Álcoy le resultaba de lo más fastidiosa. El ritmo de trabajo era apremiante y él no estaba acostumbrado al frío nocturno de las montañas. Pronto llegaría el duro invierno, y con él las nieves, los senderos obstruidos y el desabastecimiento. El trabajo continuaría pese al mal tiempo, debido a los retrasos en su ejecución. La paga sería mayor, pero eso a Martín no le importaba. Deseaba volver, aunque su obligación se lo impedía.

### *13 de noviembre*

La pesadilla se repetía desde que era niño. Algunas noches lo dejaba descansar, y otras lo atormentaba una y otra vez, hasta que se despertaba de pronto con la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Hacía mucho tiempo que el miedo había emigrado de sus pesadillas, y en lugar de ello era el odio el que lo atormentaba, despertando con la sensación de que podría haber hecho algo por evitar la muerte de sus padres. Tras el sobresalto volvió a acostarse y permaneció con los músculos entumecidos, consciente de que era aún muy temprano. La luz del sol todavía no se colaba por las rendijas de las ventanas del barracón, donde dormía junto a otros muchos



jornaleros. De pronto, la portezuela de una de las ventanas se abrió como si una mano invisible la estuviera abriendo desde dentro, y la oscuridad de la noche penetró en la estancia. Martín advirtió que un ave revoloteaba muy cerca, hasta que finalmente se posó en el alféizar. Era un cuervo negro, y sintió cómo este clavaba sus ojos brunos en él. El joven trató de levantarse pero le fue imposible. Algo lo retenía pegado a las sábanas. Mientras intentaba en vano deshacerse de su inmovilidad, creyó oír al cuervo hablar en una lengua que no era la propia de ningún animal, tal vez una lengua bárbara. No consiguió comprender aquellas palabras, pero desde luego no eran graznidos, sino vocablos en un lenguaje desconocido. No podía creer lo que había oído, y miró a ambos lados para comprobar si algún compañero se había despertado. Todos permanecían dormidos, excepto él. Incluso algunos ronquidos sesgaban el silencio de la noche, un silencio quebrado también por los sonidos guturales del cuervo, que varió su entonación y finalmente emitió algunas palabras en la lengua común de los habitantes de Pulse:

—Vuelve, vuelve a sortear las orillas del Asgarion —susurró el ave—. El báculo te espera, pero no escuches al demonio encarcelado.

De pronto, el cuervo desapareció y la ventana se cerró lentamente, como si sus portezuelas fueran empujadas con suavidad. Martín se quedó allí, quieto, pese a que ahora sentía que podía moverse, pero no podía creer lo que le había sucedido. Pensó que tal vez había perdido la razón, o quizás se trataba de una nueva pesadilla, consecuencia de las anteriores. Intentó descubrir el significado de aquellas palabras e intuyó que se trataba de un mensaje. Rápidamente comenzó a desgranar la información. Todo tenía sentido. El río Asgarion bañaba toda la pared meridional de Tesara y sus orillas eran sorteadas por el puente que conducía al interior de la capital, el mismo por el que Martín había cruzado meses atrás. Por lo tanto, el cuervo había hablado de volver a Tesara, donde Martín sabía que el viejo Laertes lo esperaba apoyado en su bastón, en su báculo, ordenándole al igual que don Sancho que no atendiera a las palabras del espíritu encerrado en la Piedra Alma. El mensaje era claro, pero la forma en que lo había recibido le resultó tan extraordinaria que no conseguía convencerse de su autenticidad. ¿Acaso la imaginación y sus deseos por abandonar Álcóy lo habían forzado a soñar aquello? Deseaba volver a la capital, pero la inseguridad lo reprimía y sintió que no debía dejarse llevar por un simple sueño. Por eso decidió seguir durmiendo hasta el amanecer y obviar lo sucedido.

Fue por la mañana cuando constató la verdad. Un jornalero le dijo que Néstor lo requería en su cabaña a primera hora para hablar de asuntos contables. Martín cruzó parte de las obras, sorteando los pequeños grupos de trabajadores que se agolpaban junto a las hogueras para el desayuno. Varios sillares de piedra servían de mesas, y las rocas más pequeñas eran asientos para los que no habían recuperado todas sus fuerzas. Martín alcanzó la cabaña del maestro constructor y llamó con dos golpes de nudillo. El joven visitaba aquella pequeña cabaña todos los días al finalizar la jornada de trabajo, para entregar los libros de cuentas y explicar las incidencias.

—¿Quién? —preguntó Néstor desde el interior.

—Soy Martín. ¿Me había llamado, señor?

—¡Por supuesto! Pasa, muchacho.

El joven entró en la cabaña, la cual servía a la vez de dormitorio y de despacho. A su derecha, una cama con colchón de lana se arimaba a la pared lo suficiente para dejar espacio a una estantería repleta de planos enrollados y libros contables. A la izquierda se encontraba la mesa de trabajo, donde el maestro tenía desplegados varios planos de la construcción, cubiertos de garabatos y apuntes numéricos sobre las anotaciones originales del arquitecto. Junto a la mesa quedaba la única ventana de la estancia, abierta de par en par, y Néstor permanecía sentado a su lado, sin abrigo

alguno. El invierno anunciaba su llegada con una fría brisa matinal, aunque al fornido jefe no parecía importarle.

—Se va a echar de menos tu destreza aquí, hacía tiempo que no encontraba a alguien tan lúcido con las cuentas —sonrió.

—¿Qué quiere decir?

—Alguien te ha visitado esta noche, ¿no es cierto?

Martín guardó silencio, sorprendido, aunque Néstor lo miraba con el gesto cómplice.

—¿Has recibido un mensaje acaso?

—Un mensaje... —Martín lo miró desconcertado. No podía creer que Néstor se hubiera enterado de aquello. Había sido solo un sueño, pensaba. ¿O no?

—Uno de los muchachos me ha contado una historia extraordinaria...

Martín siguió en silencio.

—Un cuervo se ha asomado esta noche a la ventana del barracón, cuando esta debería haber permanecido toda la noche cerrada, y te ha hablado. ¿Cómo explicas tú eso, Martín?

—Pensé que había sido solo un sueño —musitó el joven— ¿Quién lo ha visto? Parecían todos dormidos a mi alrededor.

—Eso no importa. Aunque no todos dormían. Lo importante es que quien me lo ha contado piense que fue un sueño, pero no tú. ¿Se lo has dicho a alguien?

Martín negó con la cabeza.

—Pensé que me tomarían por loco.

De pronto, un pájaro revoloteó muy cerca de allí, y Martín reconoció aquel sonido. Un cuervo negro aterrizó en el alféizar de la ventana, desplegando sus alas de azabache y posándose, intrépido, muy cerca de los dos hombres.

—En adelante —dijo Néstor, ante el asombro del joven—, procura confiar en tus sueños. Especialmente si Laertes tiene algo que ver.

—Pensé que con decírselo al chico sería suficiente —graznó el animal—, pero veo que es demasiado racional para creer en los sortilegios.

—No importa —contestó Néstor—. Dile a Laertes que el joven partirá esta misma mañana hacia Tesara.

—Así lo haré —declaró el cuervo, y se alejó revoloteando. Una pluma oscura se desprendió de una de sus alas y cayó en el suelo polvoriento de la cabaña, tal vez para dejar constancia de que su presencia había sido real.

—Conozco a Laertes desde hace muchos años, muchacho —continuó Néstor—, y desde entonces sé que a cualquiera que le conozca le suceden historias aparentemente disparatadas. Pero soy el primero en creerlas. Debes volver a Tesara.

—Pero la guerra aún no ha empezado, y él me dijo que esperara a que la guerra finalizara.

—Tal vez el curso de los acontecimientos ha sorprendido incluso al propio Laertes, y sus planes han variado. No sé por qué le resultas tan importante, pero el mensaje es claro y debes partir.

—¿A pie? ¿Hasta Tesara? —inquirió Martín, consciente de las más de veinte leguas que debería recorrer.

—Si no hay otro remedio, así deberá ser. Jorge te llevará en carromato hasta Larche. Me aseguraré de que no te falten provisiones para el camino. Ahora vete. Debes prepararte.

Antes de que Martín se diera la vuelta, Néstor se incorporó y posó su curtida mano sobre el hombro del joven.

—Una cosa más. Si algún día terminas la misión para la que Laertes te ha elegido, y no encuentras empleo, quiero que sepas que conmigo siempre tendrás trabajo como veedor de cuentas.

Martín asintió agradecido y salió de la cabaña, dispuesto a recoger sus pertenencias. Aunque desconocía el motivo por el que Laertes lo requería, estaba feliz por volver a Tesara.

### *16 de noviembre*

Martín andaba por un lado del camino, llevando el macuto de herramientas que el criado de Laertes le había proporcionado meses antes, una manta enrollada bajo el brazo izquierdo y un desgastado pico de hierro en la mano derecha, utilizándolo a modo de bastón. Había llegado a Larche en carromato, donde se despidió de Jorge con un abrazo. Ambos habían compartido viajes por innumerables senderos de montaña, horas de trabajo, fiestas en tabernas e incluso una noche en un burdel, durante tres largos meses en la región, y Jorge le deseó la mejor de las suertes.

No encontró transporte hacia la capital, así que decidió continuar a pie, con la esperanza de encontrar pronto algo mejor. La primera noche la pasó resguardado de la primera nevada del año, bajo un roble que se enraizaba a un lado del camino. Pasó mucho frío, y agradeció al cielo que el maestro constructor Néstor le regalara una manta para el viaje. Apenas encontró tráfico durante su viaje de regreso a Tesara. Apenas algunos jinetes, tal vez mensajeros, que cabalgaban todo lo raudos que les permitían sus fatigados caballos. No había caravanas ni mercaderes en ninguna de las direcciones. El frío había ahuyentado a casi todos los viajeros y Martín parecía el único loco que se enfrentaba al crudo invierno a pie.

Al tercer día se encontró en las entrañas de una llanura nevada, donde el camino apenas se hacía perceptible. Pasó junto a un pueblecito. Allí los habitantes se afanaban en romper con el filo de sus hachas la gruesa capa de hielo que cubría el abrevadero para dar de beber a los caballos. El mal tiempo continuó hasta el anochecer, pero aquella tercera noche la pasó en el porche de la iglesia de un pueblo, donde compró a la mañana siguiente una mula sana por poco dinero, para recorrer el resto del trayecto sin acabar con los pies doloridos cada jornada.

El cielo despejó y subieron las temperaturas, y la nieve que cubría los caminos se deshizo para mostrar una vasta llanura verde. Por primera vez desde que comenzaran las nevadas se cruzó con varios grupos de mercaderes, quienes aprovechaban el descanso que les ofrecían los cielos para visitar las localidades cercanas.

Al sexto día abandonó por la tarde el camino principal y tomó un sendero para visitar el monasterio que se erguía a media legua hacia el oeste. Tenía previsto confesarse por los pecados lascivos cometidos en Larche, aunque no hubieran culminado en nada. Aquella experiencia atormentaba su moral, aunque reconocía que lo había transformado en un hombre, porque ahora veía a las mujeres de una manera más carnal y menos utópica. Se percató de que no había dejado de pensar en Shara, aunque ahora sus sentimientos más puros estaban corrompidos desde su primera experiencia sexual; sin embargo, sabía que no había sucumbido como el resto de los hombres a las mujeres públicas. Estuvo a punto de hacerlo, pero una pasión sincera hacia la hija de Laertes le hizo desdeñar a otra mujer.

Avanzó hasta toparse con un río de aguas poco profundas, superado por un estrecho puente de madera. Pagó el portazgo al guardia, que no era más que un joven

monje armado con un pesado bastón, y entró en la localidad. El templo se erguía en solitario sobre una pequeña elevación, y bajo él se hacinaban las cabañas de campesinos y sirvientes de la aldea. Gracias a la hospitalidad de los monjes, imposible si no hubiera pagado el portazgo, fue hospedado en la casa de invitados. Era un edificio sencillo, fijado a los contrafuertes del monasterio, con una sola habitación y el suelo sucio y cubierto de paja. Había una chimenea en el centro de la estancia, y esta evocó en Martín tiernos momentos de su niñez. Recordó cuando vivía con sus padres y su hermano, las noches en que se reunían todos juntos para comer algunas verduras cocinadas en una olla caliente. Entonces su madre les zurcía calzas, y los acogía en sus brazos cuando su padre los asustaba con historias de espíritus y bárbaros.

Antes de dormir decidió ir a confesarse por haber tenido relaciones carnales con una mujer de baja reputación. Aunque no las había consumado, su mente no podía olvidar el suceso. Entró en la capilla y apenas se arrodilló frente al confesionario, el fraile lo miró fijamente. Mientras pedía perdón por los pecados cometidos y escuchaba el castigo de veinte oraciones y una semana de abstinencia, incluso consigo mismo, recordó la historia que Laertes le había contado sobre la creación del mundo. Pensó que tal vez Dios no fuera el único sobre la tierra, pero desde luego era su dios y ante él debería responder tras su muerte, del mismo modo que los Lesones imploraban a Argonas, los Trecios a Zarquon y los Ascadios a Frauca.

Aquella noche volvió a tener pesadillas. Esta vez se sorprendió a sí mismo violando a su propia madre, después de haber ahorcado a su padre de las ramas de un árbol. Se despertó sudoroso, con la frente caliente y el pulso acelerado. No sabía qué hacer para aliviar aquellos sueños.

Afuera llovía a cántaros y Martín escuchó las gotas de lluvia golpear contra el tejado. Se levantó, encendió un candil y abrió la puerta de la pequeña casa para mirar al exterior. Solo los súbitos rayos iluminaban el paisaje, y los muros del convento aparecían tétricos con los destellos, para luego desaparecer en la más completa oscuridad. Más abajo la aldea estaba sumida en un barrizal. Se apoyó en el quicio de la puerta y observó la negrura que lo rodeaba. Alargó la mano para palpar la lluvia y fue como si la pusiera debajo de una cascada. Hacía tiempo que no veía llover así.

—Libérame —pidió una voz dulce detrás de él.

Fue casi un susurro que lo hizo estremecer.

Martín se dio la vuelta, sobresaltado. No vio a nadie en la habitación. Recordó aquella noche en Álcoy, cuando el cuervo mensajero de Laertes lo había visitado, pero ahora no veía nada extraño en la estancia. Miró otra vez afuera, pero supo que era imposible que un pájaro pudiera volar bajo la tormenta.

—Libérame —repitió la voz, esta vez con tono más grave. Era la voz de una mujer. Volvió a darse la vuelta y no vio nada en la habitación. Sintió que se estaba volviendo loco, entre pesadillas, voces extrañas y cuervos parlantes. Néstor había hablado con razón. A cualquiera que conociera a Laertes le sucedían historias disparatadas. Tal vez era el momento de creerlas.

—¡Libérame! —insistió la voz. Martín se dio cuenta de que procedía de una esquina de la casa. Estaba oscura y la luz del candil no alcanzaba a iluminarla. Era la misma esquina donde el joven había dejado su zurrón y el macuto de herramientas antes de acostarse, sobre una silla de mimbre.

Decidió acercarse poco a poco, alargando la mano que sostenía temblorosa la pequeña lámpara de aceite. Vio la silla y, sobre el asiento, el zurrón y la mochila. No había nadie ahí, y sin embargo volvió a escuchar la voz:

—Libérame. Rompe el hechizo, rompe el cristal. ¡Libérame!

¡Era la Piedra Alma la que le hablaba! Finalmente la estaba escuchando. Aunque siempre la había mantenido oculta, nunca antes había escuchado hablar al espíritu encerrado en su interior. Tras tanto tiempo silenciosa, Martín había supuesto que se trataba de una farsa, o tal vez de una verdadera Piedra Alma, pero aquella que estaba vacía y debía servir para capturar a un demonio. Hacía mucho que descartó la posibilidad de llevar a un espíritu encerrado en su zurrón. Las palabras de aquel ente lo estremecieron, y cada súplica le erizó la piel y le pareció que nuevas sombras poblaban la estancia.

Martín obedeció las órdenes de don Sancho y de Laertes y no quiso siquiera mirarla. Se preguntó si podría verse alguna figura en su interior, ahora que el espíritu había despertado, pero retuvo la tentación porque sabía que el ente trataría de engañarle para ser liberado.

—Libérame. Rompe el hechizo, rompe el cristal. ¡Libérame y serás rico para siempre!

Aquellas palabras punzaban en sus oídos cada vez más fuerte. Se tapó las orejas con ambas manos, pero el gesto fue inútil. Deseó coger la Piedra Alma y arrojarla por la ventana, ladera abajo, para que el barro la sepultara; pero no intentó ni siquiera acercarse a ella. Como no confiaba demasiado en su propia resistencia, decidió salir de la casa y empaparse bajo la tormenta. De esta manera no escucharía los ruegos durante el resto de la noche. Los truenos y la intensa lluvia los enmudecerían.

## *Un beso*

*“De qué lejana estrella llegaste,  
de qué océano surgiste,  
de qué jardín brotaste,  
de qué oscuridad asomaste”.*

*Preguntas infinitas.*

**Fragmento de los poemas de Aronthar.**

*26 de noviembre*

Por la mañana del décimo día de marcha, la ruta principal apareció pavimentada, señal inequívoca de que se acercaba a la capital. Creyó ver a un cuervo encaramado a una de las ramas de un roble que flanqueaba el camino delante de él.

—Tienes mil ojos, Laertes —musitó el joven, frunciendo el ceño para forzar la vista, y comprobó que efectivamente era aquel animal. Poco después el cuervo reanudó el vuelo y Martín supo que anunciaría su llegada al sabio. Aquello le daba cierta sensación de seguridad. No estaba seguro de discernir entre un cuervo normal y un mensajero de Laertes, pero desde sus últimas experiencias había decidido creer en todo tipo de supersticiones.

Avanzó al paso sobre su mula durante horas, entre las ricas y extensas huertas de hortalizas, los campos de manzanos y naranjos, hasta que al atardecer alcanzó los imponentes muros grises de Tesara. Aquella era la cara norte de la ciudad y el Asgarion no constituía un obstáculo, por lo que no había puentes que atravesar. Los portones del norte estaban abiertos de par en par para dejar entrar a las gentes antes de que la fría noche lo cubriera todo. Sin embargo, el paisaje mostraba una imagen muy diferente en la cara este de la ciudad: la ribera del Asgarion estaba cubierta por un enorme campamento militar. Cientos de tiendas de campaña acampaban junto a la capital. Martín pudo distinguir los estandartes de fondo azulado que ondeaban al viento, con los mástiles clavados en el suelo y en las tiendas reales. El rey Godofrin y todo su ejército descansaban del largo viaje desde Lesonia. Al otro lado del río, ascendiendo la colina que protegía Tesara de los vientos del sur, se divisaba otro campamento aún mayor, pero la distancia impedía al joven identificar los estandartes. Decidió entrar sin premura en la ciudad. Dio una fuerte palmada en el flanco de la mula y atravesó los portones, sin que los guardias le exigieran diezmo alguno, ya que solo los mercaderes y quienes les acompañaban tenían esta obligación. Una vez dentro preguntó por la casa de Laertes, porque ni su orientación ni su memoria eran lo suficientemente brillantes para recordar su ubicación en una ciudad tan grande. Cuando consiguió encontrarla, desmontó y llamó golpeando la puerta con la aldaba. Al momento, como si lo estuviera esperando, abrió Pablo, todavía más bajo y encorvado de lo que le había parecido la última vez.

—Buenas noches —saludó el fámulo.

—Buenas noches —contestó Martín.

—¡Caramba! ¿Acaso solo te lavas cuando entras en esta casa? —bromeó Pablo—. Laertes todavía no ha llegado, pero me ordenó que te preparara un baño caliente y una cama con sábanas limpias. Mañana querrá hablar contigo al alba. Pasa, pasa.

—Gracias —dijo Martín, entregándole las riendas de la mula.

—Me quedaré con las herramientas, ya no las necesitarás —sonrió el criado al ver el macuto colgando de la silla de montar—. ¿Cómo fue la estancia en Álcoy?

—Bastante bien, aunque ya comenzaba a cansarme. Por fortuna no he pasado allí el invierno. ¿Por qué me hizo volver tan pronto? —preguntó Martín, refiriéndose a Laertes.

—Procuro no inmiscuirme más allá de mis obligaciones, joven. Para obtener respuestas será mejor que esperes a mañana, cuando puedas hablar con él —contestó el criado, y se alejó con el animal hacia el corral que había detrás.

Así lo hizo. Martín tomó el baño con calma, descansando los músculos y las articulaciones de los pies tras el largo camino que lo había traído de vuelta. Sumergió la cabeza algunas veces en la tina para después emerger con renovadas fuerzas. No escatimó en frotarse el torso y los brazos con hierbas, flores y jabón. Después tomó las nuevas ropas que le había traído Pablo, un pantalón de cuero, calzas y una camisa de tela fina, así como una túnica forrada de piel para el invierno. Salió al patio interior y contempló el cielo cubierto de estrellas. A su alrededor las paredes blancas quedaban más expuestas a la vista que en su anterior visita, ya que el otoño había mermado la gran cantidad de plantas que las cubrían. No obstante, sin duda aquella seguía siendo la casa más bella en la que había dormido. La residencia de Laertes, además de espaciosa, era muy acogedora. Observó la quietud del agua en la piscina. La luna se reflejaba nerviosa en la superficie.

—¿Ella está aquí? —inquirió, aprovechando que el criado pasaba a su lado.

—Supongo que te refieres a Shara... está acostada —contestó Pablo.

Entraron al salón y allí, junto al calor del hogar, el criado le sirvió la cena, dejándolo solo. Martín comió carne hasta saciarse y varias piezas de fruta. Se sentía como un auténtico noble. Por un momento disfrutó fantaseando con ser el dueño de todo el edificio. Seguro que siendo un noble podría pedir la mano de Shara, pensó. Y con esto se reclinó en la cómoda silla, haciendo volar su imaginación.

—Pareces contento, y sin embargo yo he estado tan triste... —dijo una voz con aparente ironía detrás de él, pero esta vez no era ningún encantamiento.

El joven reconoció la voz al instante, aunque eso no lo sobresaltó menos. Giró el cuello y no vio nada detrás de él, solo una puerta entreabierta que conducía a la despensa. Detrás le pareció oír una risa contenida. Se levantó cuidadosamente, sintiéndose torpe y con el corazón latándole con fuerza, aunque no era temor lo que sentía. Se acercó hasta el umbral y, una vez allí, unas manos delgadas pero fuertes lo agarraron con fuerza y le obligaron a entrar en el cuarto. Shara cerró la puerta detrás de él. Estaba oscuro y olía a carne en conserva, cebollas y todo tipo de frutas. Martín no podía verla, pero alargó los brazos para palparla.

—Te gusta la fruta, ¿verdad? —observó ella al sentirse acariciada.

—Shara... —Martín intentó decirle algo, pero ella se lo impidió colocando su dedo índice en los labios del joven. Después le besó. Fue un beso breve, fugaz.

—Será nuestro secreto —susurró ella. Luego se revolvió hábilmente, abrió la puerta y desapareció.

Martín permaneció unos segundos en la oscuridad, aturdido y terriblemente excitado. Acababa de ocurrir lo que había deseado durante varios meses desde que la vio por primera vez y no terminaba de creérselo. Salió de la despensa e intentó buscarla

por los pasillos, pero no recordaba bien dónde quedaba su dormitorio. Tampoco quería que Pablo descubriera lo que estaba haciendo. *Era un secreto*, había dicho ella; así que Martín fue a descansar a la habitación de invitados, contento por sentirse correspondido.

## 27 de noviembre

Cuando las pesadillas todavía flotaban en los márgenes de su memoria, alguien descubrió las cortinas y los rayos del sol matinal entraron en la habitación. Martín despertó y se vio obligado a cubrirse los ojos entreabiertos con el dorso de la mano. A su lado se hallaba Laertes, enhiesto junto al ventanal como un árbol seco. El joven observó el sol pálido que se distinguía a través de la niebla.

—¡Buenos días! —dijo el anciano, girándose hacia él— ¿Has descansado? Te he visto revolverte en la cama, como inquieto.

—Son pesadillas, Laertes —contestó Martín—. Llevo años sufriendolas, desde mi niñez.

—Lo imaginaba —Laertes hizo un ademán con el mentón, señalando la mesilla que había junto a la cama. Sobre ella había un tazón con un extraño mejunje verdoso—. Por eso he mandado a Pablo que te preparase un brebaje.

—¿Qué es esto? —preguntó Martín, asomándose al tazón y olisqueando los efluvios. Olía a hierbabuena y a rosas.

—Bébetelo. Te ayudará a olvidar durante la noche.

Martín tomó el tazón con ambas manos. Estaba caliente y humeaba, pero podía beberse poco a poco. Dio varios tragos hasta vaciarlo. Le fue imposible determinar su sabor. Había una mezcla confusa de hierbas y frutas.

—Desconocía tu habilidad para encantar a los pájaros —comentó el joven.

—Pocos lo saben.

Laertes arrastró una silla hasta el lado de la cama, sentándose en ella para conversar. Luego dejó que su cuerpo se inclinara gradualmente hacia delante, como una planta en otoño, apoyándose sobre la bola de obsidiana de su bastón. Era la misma pose que adquiriría cuando jugaba al ajedrez, recordó el joven.

—Supongo que tendrás muchas dudas —dijo el sabio.

Martín dio un suspiro y levantó la vista hacia el techo.

—Demasiadas —respondió.

—Pues este es el momento de resolverlas todas ellas, muchacho.

—¿Qué hacen esos ejércitos acantonados junto a la ciudad? Uno de ellos cruzó el paso de Álcoy hace más de dos semanas. Yo mismo conté miles de soldados.

Laertes asintió con la cabeza.

—Godofrin ha respondido rauda a la llamada de su viejo amigo y aliado Argnor. Nuestro rey pidió su apoyo para la gran campaña hacia el este. El otro ejército que aguarda al pie de la colina viene de muy lejos, de Trecia, donde los templos exhiben innumerables estatuas de mármol y cientos de columnas.

—¿Entonces los nobles de Alania han decidido oponerse al rey? ¿Estamos en guerra?

—¡Cielos, muchacho! ¡Veo que estás mal informado! —exclamó Laertes.

—¿Cuál es el motivo, entonces?

—Habrà guerra, Martín —el rostro de Laertes se ensombreció—. Pero no serán los nobles de Alania quienes la promulguen. La conjura para conseguir aliados entre los nobles del lado oeste del Imperio fracasó. El propio Argnor mandó ejecutar al conde de



Verneck como represalia. De manera que cuando nuestro rey fallezca, Pulse tendrá un heredero déspota. Pero ahora se han dejado de lado todos los resentimientos, porque el enemigo es común a todos. No, el peligro no proviene de Alania, sino de mucho más al este. Más allá del gran río Asdurag. El imperio de oriente ha roto una tregua que databa de hace ya más de cincuenta años. En octubre, un gran ejército shiang cruzó la frontera y el Asdurag para asaltar la ciudad de Barrock sin dificultad. Allí permanece desde entonces, aunque los exploradores aseguran que nuevas tropas llegan cada día desde el este para reforzarlo. El único heraldo que Argnor envió volvió con las manos cercenadas y con la cabeza del conde Lockmayor atada a las crines de su caballo.

—Los ojos rasgados... —musitó Martín.

Fieros y de tez pálida, amantes de la equitación. Los conocía gracias a las leyendas, puesto que poco se sabía realmente de ellos. Incluso los mapas geográficos eran confusos más allá de la frontera que separaba ambos imperios. Los Thai-Shiang habían luchado durante mucho tiempo contra Pulse por la supremacía de buena parte del continente, hasta que las continuas masacres dieron lugar a una larga tregua. Desde entonces no se habían mantenido comercio ni embajadas de ningún tipo entre los dos grandes imperios. Únicamente las escaramuzas y pequeñas incursiones perturbaban la frontera, pero ningún ejército había atravesado los puentes del Asdurag desde hacía más de medio siglo.

—Exacto. ¿Comprendes ahora la magnitud de la situación? Los reyes de Occidente van a unir sus fuerzas ante el enemigo oriental. Los informes de los espías son desoladores. Quizás haya cien mil guerreros esperando en Barrock. Si el ejército shiang decide avanzar, el muro formado por los condados de Alania arderá como un castillo de paja.

—¿Entonces todo está perdido? —inquirió Martín, angustiado por la noticia.

—¡Oh, no! —exclamó el sabio—. Pulse ha lidiado situaciones más adversas a lo largo de su historia, pero debe responder pronto. Llevamos demasiado tiempo en paz y eso puede ser perjudicial cuando tu vecino vive de la guerra. Los shiang han seguido expandiéndose a lo largo de las últimas décadas, pero hacia el este y el norte, luchando contra las tribus bárbaras, hasta que sus límites han alcanzado las Montañas de la Condenación. No pueden ir más allá. Por eso han vuelto la vista hacia Occidente.

—¿Y quién apoyará a Pulse?

—Espero que todos —manifestó Laertes—. En pocos días llegarán más ejércitos procedentes de todos los rincones de este lado del mundo. El arzobispo Le Puy ha declarado una Cruzada Santa. Trecia ha traído ya a sus falanges de piqueros, y una enorme flota de trirremes zarpará hasta el Mar Blanco para hacer frente a la armada oriental, que también se ha hecho a la mar. Los clanes del reino de Ascadia aportarán fuertes guerreros también, y todavía quedan por llegar dos nuevos ejércitos procedentes de Lesonia y de la ciudad-estado de Bibal, así como todos los nobles de Pulse y las tropas reales del Imperio. Esta misma tarde se celebra una asamblea en el palacio real, a la que acudirán reyes y embajadores de todos los posibles aliados para firmar una alianza para la guerra y concretar el número de efectivos que se van a disponer. Yo participaré en dicha asamblea, como miembro del Consejo real, y he decidido que tú me acompañes como mi ayudante, si no te importa.

—Claro que no —respondió el joven, sorprendido por su nueva responsabilidad—, pero... ¿qué ocurre con la Piedra Alma?

—Has actuado bien, Martín —dijo el sabio—. La has custodiado día y noche, sin prestarle atención, ni siquiera cuando el espíritu que gobierna su interior intentó convencerte. Eso demuestra que eres puro de corazón, algo no muy fácil de encontrar en estos tiempos.

—Me resultó muy difícil, Laertes —contestó Martín—. La voz que emerge del interior de la Piedra es atrayente como el canto de una sirena. Aproveché el ruido de la lluvia para evitar escucharla.

—Lo sé. No confíes nunca en sus palabras. Existe un demonio en su interior, aunque sus sortilegios lo camuflen bajo la dulce voz de una joven. Te pedirá que lo liberes en cualquier momento, o que lo expongas a la luz de la luna. Todo eso no importa. No debes escucharle.

Martín asintió.

—Ahora sabemos que no está vacía, de manera que nos será de poca utilidad.

—¿Acaso no se puede liberar a ese demonio, para luego aprovechar esa misma Piedra para atrapar a otro?

—La Piedra ha de romperse para liberar al demonio. Y en caso de exponerse ante la luz de la luna, ella misma se rompe en mil pedazos. Una vez fracturada, no hay posibilidad de encerrar a ningún otro. Solo recitando las palabras del verdadero Collard puede abrirse una grieta en la piedra durante unos segundos, sin que resulte mellada. De esta forma Ansurax se reservaba el poder de liberar a sus cautivos.

—Entiendo. ¿Y qué haremos con ella entonces?

—Por lo pronto seguiremos esperando. Esta tarde veremos qué se decide en la Asamblea.

—¿Eso significa que debo seguir custodiándola?

Laertes sonrió con indulgencia.

—Por si no te habías dado cuenta hasta ahora —indicó—, tú eres el protector de la Piedra Alma.

## *La Asamblea*

*“La guerra a menudo es evitable,  
la vida, por contra, suele ser prescindible”.*

**Proverbio lesón.**

Martín acompañó a Laertes a través de las calles de la capital. Bajaron la vía empedrada, flanqueada por varias mansiones señoriales hasta la plaza de la catedral. Allí se congregaba mucha gente en torno a varios predicadores que desde los patíbulos llamaban a las masas a alistarse para la guerra contra el enemigo de oriente. Martín quedó admirado ante la destreza de Laertes para avanzar entre el gentío. Pese a su avanzada edad, parecía conservar una agilidad adolescente. Solo empleaba su bastón para guardar las distancias. Detrás de él iba el joven, agobiado por la densidad de viandantes. Tesara era tan grande y estaba tan hacinada que parecía encontrarse allí todo el mundo. Había decenas de iglesias construidas en piedra, de todas las formas y tamaños, cada una de ellas dando servicio a su propio barrio y con un buen número de mendigos arrimados junto a los pórticos. También tenía una universidad y multitud de colegios y una academia militar para formar a los oficiales del ejército. Una vez escuchó que la capital albergaba a casi doscientos mil habitantes, una cifra formidable en comparación al resto de ciudades imperiales. Era sin duda el centro comercial y cultural de todo el Imperio de Pulse.

Laertes giró a la derecha para adentrarse en la calle Buenfuerte, conocida por sus carnicerías. Allí el olor de la carne cruda era especialmente intenso. Los carniceros degollaban y despedazaban a los animales delante de sus clientes, y la sangre fluía desde todas las carnicerías en pequeños regueros hasta la calle. El extremo norte de Buenfuerte desembocaba en la calle Mayor, y esta a su vez serpenteaba hasta ensancharse el doble de su tamaño y llegar a los dominios del palacio real. De repente, habían dejado atrás las calles estrechas y sucias y se encontraron en un espacio pavimentado, tan grande y desierto como un campo de trigo recién cosechado, que se extendía a ambos lados. Al frente se erguía el imponente palacio de Argnor III, construido en cuatro alturas en forma de U invertida, de manera que parecía envolver a todos sus visitantes. A su alrededor, los jardines envolvían el palacio como un tupido manto verde, regados por los tortuosos canales que fluían desde el Asgarion gracias a la mano de los mejores ingenieros. Martín pudo distinguir algunas fuentes que expulsaban chorros de agua hacia arriba, hasta una altura mucho mayor que la de cualquier hombre.

Apenas había transeúntes en aquella especie de plaza, y el sabio explicó que estaba prohibido acercarse demasiado a palacio a no ser que se tuviera la intención de entrar.

Laertes se presentó junto a Martín ante los soldados que hacían guardia en la verja de hierro de la entrada al patio de armas. Dos grandes bloques de granito flanqueaban el acceso, y sobre ellos dos leones tallados en mármol blanco en actitud desafiante. Los guardias les permitieron el paso y accedieron al patio de armas. Allí, un regimiento de la guardia real, trajeados con vistosos jubones acuchillados en amarillo y

rojo, cerraban filas obedeciendo las órdenes de algún oficial. A un lado había caballerizas para las monturas de los heraldos, nobles, embajadores y miembros de la corte que habían llegado. Había muchos sirvientes cuidando de decenas de caballos de todas las razas posibles.

—Parece que llegamos en último lugar —observó Laertes.

Caminaron hacia las puertas principales del palacio mientras Martín trataba de abarcar con la mirada todos los detalles. La decoración exterior era de piedra caliza, de un tenue color rojizo. Sobre los arcos de medio punto que precedían al portón de hierro abierto de par en par, el cuerpo central de la fachada principal se elevaba sobre el resto del conjunto, decorado con un frontal que albergaba el escudo real y las estatuas de todos los reyes que habían gobernado Pulse durante su historia. Las dos alas que rodeaban el patio de armas se destinaban principalmente a la capilla y a los grandes comedores y salones de baile, le explicó Laertes, quien como miembro del Consejo real había participado en muchas ocasiones en distintos eventos.

Pasaron bajo la arcada y entraron en el lujoso vestíbulo, donde confluían varios pasillos. Había algunos asientos rebajados en el muro de piedra, así como bancos de madera y una larga alfombra roja que ascendía frente a ellos a través de una ancha escalera con balaustrada de bronce. Uno de los guardias, apostado al pie de la escalera sosteniendo una alabarda, encontró la mirada de Laertes y les pidió que le acompañasen. Subieron la escalera y continuaron por un largo pasillo, atravesando un salón lleno de espejos y la antecámara de música, hasta que finalmente alcanzaron el salón del trono.

En la estancia se podían contar casi treinta personas de distinta importancia, todas ellas congregadas en un amplio semicírculo frente al anciano rey y en torno a un detallado mapa del territorio de Pulse y las tierras extranjeras, el cual se había desplegado en el suelo embaldosado. El salón estaba decorado con tapices de terciopelo rojo donde se narraban batallas y hechos históricos de forma pictórica, y la totalidad de las paredes y techos presentaba una riquísima ornamentación de madera de roble.

En cuanto Laertes cruzó el umbral, Argnor III esbozó una sonrisa y se levantó de su trono con dificultad. Martín observó que bajo la corona había un hombre marchito, con el pelo ralo y la barba corta y blanca como la nieve. Vestía una túnica pardusca bajo una gruesa capa púrpura, y sus facciones eran duras y marcadas por la delgadez.

—¡Ay, Laertes! —exclamó—. Mi buen acreedor. Gracias a Dios que has llegado. Dinos qué ven tus ojos que no alcanzan a ver mis heraldos.

—Saludos a todos —respondió Laertes dirigiéndose a la multitud y situándose junto al rey para mostrar una reverencia—. Y saludos al rey de Pulse, que habrá de lidiar una guerra en sus últimos días.

—La guerra es inevitable, ¿acaso no es cierto? —pronunció Argnor. Su voz parecía más fuerte de lo que en realidad era, porque cuando él hablaba todos los demás permanecían en silencio. No obstante, sus gestos eran lentos y carentes de vigor—. ¿Quién es tu joven acompañante?

—Os presento a Martín —contestó el sabio—. Es mi ayudante.

—Mi señor —Martín hizo una reverencia. Nunca había imaginado que llegaría a tener la oportunidad de hablar ante un rey. Se sintió minúsculo ante tanta eminencia, y buscó con la mirada a los pocos súbditos que se hallaban en su misma situación.

—¡Caramba! —exclamó el monarca— ¿Desde cuándo el sabio Laertes necesita de un ayudante para asistirle en sus reuniones?

—Un rey longevo como vos debería saber que la edad no pasa en balde —contestó el sabio.

—¡Ah! Pero tú te sigues moviendo sin necesitar tu bastón, y tu memoria no flaquea —sonrió Argnor.

—No hay tiempo para agasajos, padre —amonestó una voz. Era Arislan, el príncipe heredero. Martín no lo había visto nunca en persona, pero las descripciones que había escuchado coincidían con su porte esbelto y orgulloso. Su pelo largo era rubio y sus ojos grises. Vestía una túnica púrpura sobre polainas de piel y era el único asistente al que se le había permitido llevar un arma, una espada que pendía del cinto—. La guerra ha comenzado. Los navíos orientales llevan semanas hundiendo nuestros barcos de comercio, rompiendo las líneas marítimas entre Trecia, Pulse y Raíncla en el Mar Blanco.

Argnor se volvió visiblemente irritado hacia su hijo, pero contuvo su primera respuesta, recapacitó y se dirigió a todos los concurrentes:

—Me alegra saber que Pulse cuenta con muchos aliados. Hacía años que no trataba con algunos de vosotros o con aquellos a quienes representáis. En aquellos días podía montar sobre un caballo o sobre una mujer. Las guerras nos separaron durante siglos, pero llevamos varias décadas en paz. Ahora el enemigo es común a todos nosotros. Si Pulse cae, Occidente se resquebrajará como una espada mal forjada, y los shiang invadirán nuestras tierras. Debemos unir nuestras fuerzas. Por eso estamos aquí reunidos, para firmar un tratado de alianza para la guerra contra oriente. Mi hijo Arislan liderará el ejército del Imperio de Pulse, y bajo su mando y el de sus generales funcionarán las tropas reales y de los nobles.

Un hombre con incipiente calvicie y vestido con costosa indumentaria dio dos pasos adelante.

—Los nobles de Alania unirán sus fuerzas para ayudar a la Corona, pero necesitamos que Arislan firme un tratado por medio del cual garantice nuestra posición cuando sea nombrado emperador —era el duque Roldán, uno de los nobles más influyentes de la parte este del Imperio—. No queremos un monarca tirano e invasor, y nuestros aliados supongo que tampoco.

—Efectivamente —habló el duque Eginhard de Lesonia con su voz cavernosa, junto al rey Godofrin. A Martín le pareció ver al noble incluso más alto y robusto que cuando lo vio montado a caballo en Álcoy—. Los lesions no deseamos un aliado con deseos de expansión.

Argnor pareció revolverse en su trono.

—Sé que hay incertidumbre acerca de las intenciones de mi hijo, pero él me ha jurado no acometer a ningún reino que firme hoy esta alianza para la guerra contra el Imperio Thai-Shiang.

—Entonces deberá firmar él también ese juramento —dijo Godofrin.

—Si las batallas que he de librar no lo impiden y finalmente asciendo al trono de Pulse, mantendré los estamentos tal como están, y no osaré invadir ninguno de vuestros territorios —dijo Arislan con el semblante serio.

—Firmad entonces —exclamó Roldán.

Arislan no pudo evitar encararse con el duque.

—¿Acaso no confiáis en mi palabra?

—¡Silencio! —mandó Argnor dirigiéndose a su hijo—. Firmarás ese juramento, y a través de él nombraré a tu hermano Arlotar heredero de la Corona si no cumples tu promesa. Seguro que tu hermano menor desea intercambiar contigo el lejano principado de Raíncla, el cual gobierna adecuadamente.

Llamaron al escribano y un enjuto funcionario vestido con toga oscura entró en la sala con un cuaderno y dos gruesos pergaminos enrollados bajo el brazo. Se sentó en una mesa cercana al trono, y allí desplegó todos los papeles y comenzó a redactar con cuidada ortografía el tratado de alianza contra el Imperio Thai-Shiang, así como el juramento de Arislan. Después todos los reyes, nobles y embajadores que había en la

sala firmaron el tratado, y finalmente el príncipe Arislan refrendó ambos documentos. Luego cada uno de ellos informó de los efectivos militares y económicos que aportaría a la alianza, mientras los demás escuchaban y el escribano anotaba en el cuaderno todos los detalles. Así fue como Martín se enteró de todos los pormenores de la campaña. Primero firmó Godofrin, y luego Eginhard como su principal lugarteniente, afirmando que junto a Tesara había apostados más de tres mil hombres de infantería, muchos de ellos arqueros, y trescientos veinte jinetes. Aseveraron también que otro contingente lesón rodearía las Montañas Punzantes por el sur, con más de tres mil efectivos, y allí aguardaría hasta unirse al ejército de la Alianza muy cerca de la bahía de Achlan. Después se adelantó el general Theodonicus, un gran estratega llegado desde el otro lado del mar, como representante del reino insular de Trecia y de su soberano Thanapoulos. Era un hombre de mediana estatura, mirada astuta y pelo oscuro. De él se contaba que había conquistado por completo, en tan solo un mes, las tres islas del norte cuyas tribus guerreaban con Trecia. Con él avanzarían las tropas que permanecían acantonadas cerca de las murallas de Tesara, con casi cinco mil soldados de infantería ordenados en cuatro falanges de piqueros y varios grupos de hostigadores, así como quinientos jinetes. Luego el general se situó sobre el mapa desplegado en el suelo, frente al trono. Haciendo uso de una vara larga y delgada como una saeta, trazó una línea marítima imaginaria desde Trecia hasta las costas del Imperio Thai-Shiang. De esta manera informó, para alivio de Pulse, que una flota de doscientos treinta y seis trirremes de guerra zarparía al día siguiente desde los puertos de Trecia para apoyar a los buques de guerra imperiales en el Mar Blanco y ayudar a restablecer las rutas comerciales.

Después de Theodonicus avanzó un emisario vestido con un exquisito atuendo de seda y hablando con acento extranjero, proveniente de la ciudad-estado de Bibal, situada muy lejos, al noreste de Alania.

—Mi señor Bocepian, rey de Bibal, saluda a Argnor III y a sus aliados, y delega en mí la firma de este Tratado. La llegada del general Persian, hermano del rey, es inminente. Junto a él llegarán mil soldados excelentemente pertrechados y doscientos jinetes, además de un cargamento de reales de plata y bronce para sufragar los gastos de la campaña— después de esto se inclinó sobre la mesa y firmó el documento.

Continuó un hombretón barbudo vestido con un tupido abrigo de piel de oso y botas de montar a caballo. El hombre hablaba una lengua extraña, que a Martín le pareció similar al ladrido de los perros, y junto a él un joven traductor de voz más suave transcribía sus palabras al lenguaje común de los hombres de Occidente:

—Desde los bosques de Ascadia llegan mis pasos. Soy Boraund, jefe del clan de los osos negros. La reina Aryeh y el rey Arwulf han acordado reunir a los clanes y escoger a los tres mil mejores guerreros y jinetes para unirse al ejército que avanzará hacia el este. Mis compañeros llegarán al alba de la quinta mañana a partir de hoy, tras un largo viaje desde el norte.

Los representantes de los reinos de Lesonia, Trecia y Ascadia habían firmado, así como la ciudad-estado de Bibal.

—Yo prometo lealtad a Pulse, en nombre de todos los nobles de Alania —rugió el duque Roldán—, y junto a mí firmarán don Enrique de Aurion, Rudock de Silver, Mark de Canmor y Bruce de Longway, así como los representantes del resto de la nobleza de Alania. Nosotros y los demás nobles convocaremos dos millares de soldados de infantería y otros tantos mercenarios extranjeros, así como un mínimo de veinte jinetes por cada uno de nosotros.

Tras las firmas de Roldán y el resto de aristócratas que habían llegado desde Alania, se acercaron varios emisarios. Sobre ellos habían delegado los nobles de Pulse Occidental, los más leales al rey.

—Aquí firmamos en nombre del Duque de Bercy, Carlos de Salzor, Aaron de Larche, Macbeth de Lausan, Ekkehard de Lamparshion, Ewan de Ridley, George de Shanain, Sancho de Castro, Fernando de Montezul, Roberto de Caboalto y Eduardo de Conor, aportando siete mil infantes y cuatrocientos jinetes.

A Martín le dio un vuelco el corazón cuando escuchó el nombre de Sancho de Castro. Pensó que tal vez volvería a ver a su señor ahora que la guerra apremiaba. También pensó en su hermano Pedro, aunque aún era demasiado joven para ser reclutado para la guerra y sería difícil que se reencontrasen. ¡Cuánto lo echaba de menos!

Arislan caminó serio y altivo hasta la mesa. Apartándose la túnica púrpura para descubrir el brazo, asió la pluma entintada y firmó ambos documentos.

—Firmo este tratado como príncipe heredero Arislan de Pulse, hijo del rey Argnor III, emperador de Pulse. Y de la misma manera rubrico el presente juramento para asegurar que Pulse mantendrá la paz con sus actuales aliados durante todo mi futuro mandato.

—Así sea —dijo Argnor desde su trono, y a su sentencia siguió una tos seca que lo obligó a golpearse el pecho varias veces para recomponerse. Cuando hubieron firmado todos, el escriba se levantó y llevó hasta el rey el pergamino que contenía el tratado. Uno de los súbditos trajo un pequeño escritorio para colocarlo sobre las rodillas del rey, y así fue como este selló el documento.

Cerca de él, Laertes se acercó al escribano para legalizar el tratado junto a otros dos ancianos, como miembros del Consejo real. Uno de ellos era el arzobispo Le Puy, máximo representante de la Iglesia en la ciudad, quien permanecía quieto y envarado, vestido con el alba blanca, estola y una casulla roja.

—He mandado movilizar a doce mil infantes y mil quinientos jinetes, trescientos de ellos acorazados —añadió Argnor—. Del mismo modo, Arislan contará con quinientos arqueros reales, trescientos ballesteros y treinta cañones.

Martín observó que Arislan se henchía de orgullo al sentirse el general más importante de toda la sala. Dirigir el poderoso ejército de Pulse significaba liderar el grueso del ejército de la Alianza.

El escribano completó las cuentas en su cuaderno e hizo las conclusiones numéricas. Más de cuarenta mil hombres formarían el ejército de la Alianza, y este dato arrancó aplausos entre los asistentes, porque nunca en sus vidas habían visto un ejército igual. Sin embargo, Martín comprobó que tanto Laertes como su rey no aplaudieron y se mantuvieron serios en todo momento. Seguramente sabían más sobre el avance de los shiang de lo que había sido desvelado. Martín recordó las palabras de Laertes por la mañana y supo que el número de soldados orientales era muy superior.

—No debemos solazarnos por ahora —dijo Laertes, sesgando el júbilo de la sala—. Son muchos los generales que liderarán este gran ejército, pero todos sabemos que un dragón no manobra mejor por tener más cabezas. Al contrario, todas piensan pero ninguna decide bien, y así le es más fácil cercenarlas para el caballero que se enfrenta a él.

—Aciaga es la visión del sabio entre los sabios —dijo Argnor—, pero sé que tus palabras son ciertas. ¿Qué hacer, entonces?

—No soy un general, aunque haya estudiado también el arte de la guerra. Nunca he luchado ni he liderado a una turba de soldados. Sin embargo, sé que nuestros generales deberán ponerse de acuerdo cuando llegue el momento, porque las tácticas militares de nuestros pueblos son muy diferentes y solo coordinándolas adecuadamente podremos resistir el empuje de oriente. Nuestros ejércitos nunca han luchado unidos. No podemos limitarnos a avanzar juntos y presentarnos en el campo de batalla como una

masa abigarrada de soldados de diferentes naciones. Las decisiones de mando deben ser únicas, como si todo el ejército dependiera de un solo líder.

—Theodonicus ya me había hablado de una posible solución —contestó Argnor, y el rey cedió la palabra al reputado general.

—Se creará un consejo de guerra permanente —explicó el trecio para toda la concurrencia, deteniendo su mirada especialmente en Arislan y en Godofrin, quienes contaban con mayor número de tropas y sin duda poseían el mayor peso específico de la Alianza—. El consejo se reunirá cada noche para determinar todos los pormenores de la campaña, los movimientos y las maniobras de exploración del día siguiente. Cada general tendrá voto y todos podrán dar sus consejos y opiniones. Luego se someterá a votación cualquier decisión importante. Mientras tanto, a diario nos ocuparemos de estudiar las debilidades y fuerzas de nuestros aliados, para poder disponer de las tropas como mejor convenga cuando llegue el momento necesario y poder funcionar como un ejército único e indivisible.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó Argnor a los presentes.

Muchos de ellos aceptaron la propuesta, aunque no todos. Arislan avanzó un paso.

—Es fácil hablar de planificación durante los días previos, ¿pero qué ocurrirá durante la batalla? ¿Quién será el auténtico líder? ¿Quién será aquel de quien deban surgir las decisiones más difíciles, las que se deben resolver en el fragor de la batalla y no en una tienda de campaña?

—Deberemos confiar en nuestra coordinación —zanjó Theodonicus, quien sabía al igual que los demás que Arislan pretendía ser el general de más rango. Pero ninguno de los grandes señores lo permitiría fácilmente.

—Deberéis intentar pensar con la misma perspectiva —dijo Argnor—, y actuar en consecuencia. Tenéis varias semanas de viaje para poneros de acuerdo en esto, porque como indica Laertes, si hay decisiones dispares durante la batalla, nuestro bloque se agrietará. Por mi parte prohibiré todo pillaje y violación de las leyes mientras el ejército de la Alianza transite dentro de Pulse. Las mujeres y los campos serán respetados, y solo si logramos vencer a los shiang y cruzar el Asdurag, nuestros soldados podrán resarcirse más allá de nuestras fronteras.

—¡La guerra está perdida! —gritó un hombre entrando en la sala, con el rostro embozado y el cuerpo embutido en una suerte de traje oscuro—. Será mejor que aguardéis la muerte tras estas murallas e imploréis a Dios, si es que existe.

—¿Quién eres? —inquirió Arislan, mientras los demás quedaban en silencio.

El hombre descubrió su rostro y todos se horrorizaron al ver la mitad del semblante deforme y sin piel de quien un día fue un joven hermoso. La mitad del rostro era el de un muerto abrasado por las llamas, y la otra mitad delataba la identidad de un joven noble.

—Es Admoron, hijo del conde Lockmayor —anunció Argnor—. Llegó esta misma noche desde las tierras que sufrieron el desastre. En verdad es trágica su historia, y ha traído más nuevas desde el Asdurag de las que ninguno de mis espías ha conseguido. Es por sus malas noticias por las que no lograré sonreír hasta que todo esto finalice. Adelántate, Admoron, es momento de revelar a los demás a qué nos enfrentamos. Escuchad todos, pues, y que esto que Admoron nos va a contar se mantenga en riguroso secreto y no salga de esta sala.

El joven, que era menudo de estatura, se acercó al trono y subió dos escalones sobre el suelo embaldosado para poder alzarse ante los demás.

—Permitidme que ante todo, señor —comenzó dirigiéndose a Argnor—, cuente el modo en que he llegado hasta aquí a todos cuantos no saben mi historia. Soy



Admoron, hijo menor del difunto Lockmayor. Como todos sabéis, a finales de octubre un gran ejército oriental cruzó el Asdurag, quemando las torres fronterizas de nuestra región y a sus guarniciones. Mi padre trató de pedir ayuda en vano a sus vecinos, tanto al conde Enrique de Aurion como a don Juan de Aitania. Uno de ellos está aquí presente, aunque no les guardo rencor porque mi padre guerreó con ellos durante años y supongo que nosotros tampoco habríamos respondido. Puesto que mi padre no recibió ayuda, pronto Barrock fue rodeada por una horda de soldados tan extensa que cubría toda la llanura. Era imposible resistir a una fuerza igual. Le ofrecieron la libertad a cambio de la rendición, y mi padre aceptó. Luego todo resultó un engaño para entrar más fácilmente en la ciudad. Hasta lo que yo pude ver, los ojos rasgados ocuparon las calles y entraron en todas las casas, degollando a mujeres y niños por igual, mientras a los hombres que no portaban armas y no se resistían los hacían prisioneros. Mataron a todos los soldados, a mi padre, a mi madre y a mis hermanos. Yo me encontraba fuera de la fortaleza, en el mercado, cuando los shiang entraron, de manera que no descubrieron mi identidad y me tomaron prisionero como a cualquier otro ciudadano varón. A toda mi familia los colgaron, después de muertos, en la plaza central, delante de todos los que quedábamos prisioneros. Después nos quemaron a todos la cara con brea hirviendo, nos metieron hacinados en jaulas de madera y en una hilera de carromatos nos llevaron al este. Aún tuve tiempo de ver los montículos de cadáveres que los shiang incineraban al pie de las murallas. Alanochecer del tercer día, el carromato donde yo estaba encerrado cayó por un precipicio y nos dejaron allí. Solo yo pude salvarme de la caída, aunque simulé mi muerte para que los soldados que me observaban desde lo alto no bajaran a por mí. Así aproveché la oscuridad de la noche para escaparme entre los barrotes quebrados de las jaulas. Caminé hacia el sur, hasta que alcancé las playas blancas y así supe volver rumbo al oeste. Con ayuda de una barcaza que hurté a unos pescadores crucé el delta del Asdurag para evitar a los shiang, y alcancé el condado de Longbay a los pocos días. Sé de la enemistad de mi padre con el resto de los nobles de Alania, y de esta manera procuré pasar desapercibido todos los condados de esa región, temeroso de que alguno de los nobles enemigos de mi padre me utilizaran como moneda de cambio si me descubrían. Fue el conde Ewan de Ridley, amigo de mi difunto padre, quien me asistió cuando llegué a su castillo y me proporcionó un caballo y comida para llegar hasta aquí.

—Sé bienvenido, Admoron —dijo Arislan—. Lockmayor fue el principal defensor de mi padre en la turbulenta región de Alania, y por esto y por lo que has pasado te ofrezco mi gratitud y mi ayuda en adelante.

—Gracias, mi señor —reverenció el joven noble.

—Dejadle continuar —dijo Laertes—. Será bueno para todos saber lo que en Barrock está ocurriendo, pues son pocos, me parece, los que conocemos la verdadera situación.

Y así fue como Admoron prosiguió su testimonio:

—Poco pude entender de lo que los guardias hablaron a mi alrededor mientras estuve preso, pues su lengua es difícil de comprender y hablan como las serpientes. Sin embargo, algunos conocían nuestra lengua, y así nos contaron que su emperador, Yanges-Shiang, ha unificado bajo su mando a las hordas bárbaras que pueblan las estepas desde el Asdurag hasta las Montañas de la Condenación, reforzando su imperio. Ahora pretende saquear todo Occidente, asesinando a toda la población y tiñendo de rojo los ríos. Son más de cien mil los hombres con que cuenta alrededor de Barrock, y gran parte de ellos son jinetes. Su número aumenta cada día, porque las tribus bárbaras siguen proporcionando guerreros desde las estepas.

No hubo nadie que permaneciera impasible ante aquellas noticias. Se oyeron algunos murmullos. Incluso Laertes o Argnor, que ya parecían haberlas escuchado anteriormente, se mostraron abatidos.

—¿Entonces la guerra está perdida, como decís? —inquirió con su extraño acento el emisario de Bibal.

—Pienso que son demasiados, y su sed de sangre inigualable —contestó Admoron.

—Sin embargo, la ferocidad de los shiang no cuenta con los cañones de Pulse, ni con la estrategia de Trecia o la osadía de Ascadia —sostuvo Arislan—. Además, un soberano nunca debe rendirse —y diciendo esto lanzó una rápida mirada sobre los reyes allí presentes, incluyendo a su padre.

—¿Y por qué matar a los niños y a las mujeres y dejar vivir a los hombres? —inquirió el arzobispo Le Puy.

—Las mujeres y los niños son el futuro de una nación —respondió Laertes.

—Y los hombres son esclavos más fuertes —indicó Argnor—. Es por esto por lo que os conmino a guardar reserva sobre lo que habéis escuchado aquí. Los shiang desean sembrar el terror en nuestras tierras y entre nuestros soldados, pero no debemos rendirnos. La rendición conduciría a un destino mucho peor. Pronto llegará el invierno y con él las nieves y las heladas. Veremos si pueden aguantar tanto tiempo lejos de sus dominios. Tienen muchos caballos, sí, pero pronto los pastos no serán suficientes.

—¿Entonces no sería mejor aguardar aquí, donde somos más fuertes, mientras el frío invierno los debilita? —preguntó un emisario.

—¿Acaso hemos reunido semejante ejército para defendernos como un gato atrapado? —rugió Arislan—. Por cada día que pasa, los shiang esquilman las tierras de Alania.

—Partiremos hacia Alania para enfrentarlos en batalla —dijo Argnor—. Confío en nuestra victoria, por difícil que parezca, pero en el caso de que Dios no estuviera de nuestro lado y los shiang nos derrotasen, el invierno frenaría su avance y eso nos daría tiempo para buscar nuevas soluciones. Sin embargo, debemos proveernos para una campaña que tal vez se alargue durante meses.

—Si hemos de partir, que sea cuanto antes —dijo el rey Godofrin—. Mis hombres están ansiosos.

—Y así será, mi buen amigo —dijo Argnor—. Vuestras tropas avanzarán junto a las de Pulse y Trecia. Después se agregarán los ascadios, el ejército del príncipe Persian y finalmente vuestro segundo ejército en la bahía de Achlan. Esta noche habrá un banquete aquí en palacio, probablemente el último que disfrutéis en mucho tiempo. Mañana se ultimarán los preparativos antes de partir hacia el este y el arzobispo Le Puy celebrará una misa en la catedral.

Con estas palabras se levantó la sesión. Los asistentes comenzaron a abandonar la sala parsimoniosos. Algunos se despidieron hasta la cena, y otros conversaron unos minutos más con Argnor, porque debían volver a sus lejanas tierras para informar a sus señores.

Laertes no tenía intención de acudir al banquete, y así se lo hizo saber a Martín; sin embargo cenaron en el salón de su casa con opulencia, en compañía de Shara, mientras Pablo iba y venía presentándoles nuevos manjares en bandejas de plata, y Martín la buscaba a ella con la mirada.

—Este es mi particular festín —dijo Laertes mientras sostenía una rebanada de pan untada con paté de oca—. Junto a mi nieta.

—¿Entonces irás a la guerra, abuelo? ¿No te quedarás aquí para aconsejar a Argnor si ha de tomar nuevas decisiones sobre el futuro de Pulse?

—El futuro de Pulse es Arislan. La vida de Argnor lleva tiempo extinguiéndose como la mecha de una vela. Así lo aseguran los médicos de la corte, y por esto el rey me ha pedido que acompañe a su hijo en esta campaña. Es menester que cuando Arislan sea coronado rey, yo esté a su lado para intentar calmar su sed de gloria. El resto del Consejo real permanecerá en la ciudad junto al anciano Argnor. Además, yo puedo conseguir nuevos aliados al norte de las estepas, más allá del reino de Bibal y de las corrientes del Asdurag.

—¿Al norte de las estepas? ¿Acaso podrías conseguir la ayuda de algunas tribus bárbaras? —preguntó Martín, sorprendido de que pudieran encontrarse aliados más allá del imperio Thai-Shiang.

—No son bárbaros aquellos a quienes conozco, y los conozco bien, aunque hayan transcurrido muchos lustros desde mi última visita.

—Son los kamaerin —indicó Shara, entornando los ojos—. ¿Verdad?

—¡Los kamaerin! —exclamó Martín, dejando de masticar y tragando un pedazo de carne—. ¿El reino de las montañas? ¿Entonces existe? Pensé que solo eran leyendas.

—Existe —respondió Laertes, disminuyendo el tono de voz—, aunque nuestras bibliotecas apenas guarden informes sobre ellos en los archivos más recónditos, porque hace muchos siglos decidieron separarse de los hombres. Y solo yo de entre las gentes de Pulse conozco el acceso a su reino. Tal secreto se lleva heredando en mi familia desde que los hombres construyen castillos y aran los campos.

—¿Entonces no son hombres? ¿Qué criaturas son?

Martín no obtuvo respuesta. Miró a Shara pidiendo ayuda para sonsacarle información al anciano, pero ella llevaba esquivando su mirada durante toda la cena.

—A mi no me mires —replicó ella—. Es de lo único de lo que jamás ha querido desvelarme nada.

—Prometí hace mucho tiempo que el reino de Kamaer jamás sería descubierto por los hombres. Y así deberá ser, salvo que el mundo corra un verdadero peligro. Solo te lo revelaré a ti, Shara, cuando estés preparada.

—Déjame ir contigo, Laertes —rogó ella.

—Imposible. Tú deberás quedarte aquí y cuidar de la casa.

—Para eso sabes que Pablo se basta —respondió la joven, malhumorada—. Además, él es muy taciturno, me aburriría en su compañía.

—He dicho que no, Shara.

—Martín va a ir, ¿no es cierto? ¿Qué lo hace a él mejor que yo? —inquirió, y esto ofendió al joven. Aquella noche, Shara no era la muchacha dulce a la que había acariciado el día anterior—. Dime, Martín, ¿acaso tú sabes manejar tan bien el arco que puedes acertar a una manzana a más de treinta varas de distancia?

—Martín tiene su propio cometido —terció Laertes—. Tú deberás esperar mi regreso.

—¿Y si no regresas?

—Una cosa es segura, será una guerra larga.

Con estas palabras el sabio Laertes se levantó de su asiento y se perdió entre los pasillos blancos, buscando descanso en su habitación. Martín miró a Shara, deseoso de acercarse a ella y besarla, pero la joven se marchó enfadada hacia su cuarto y se encerró allí por el resto de la noche. Martín se quedó solo en la mesa, mirando las estrellas a través de uno de los amplios ventanales. Pablo se acercó a recoger los restos de la cena, y Martín lo ayudó, hasta que el criado insistió en que le dejara a él las tareas. Después el joven se marchó a su habitación para descansar.

La mañana siguiente asistieron a misa en la catedral, más por cumplir el protocolo que por gusto de Laertes, quien ya había demostrado en más de una ocasión que no confiaba en la Iglesia. Sin embargo, a Martín le gustó escuchar el sermón del arzobispo. Le Puy estaba magnífico en el púlpito, destacando delante del retablo mayor con su casulla roja, su mitra recamada de pedrería y el báculo en la mano como si esgrimiera una lanza divina, apuntando de vez en cuando al este con un gesto de indignación en los ojos.

—Las tierras de Alania han sido invadidas por un enemigo que cree en la brujería y en los chamanes oscuros —decía—. Son bárbaros que vienen del este. Es hora de que los soldados de Dios enarboleden sus armas y recobren la fama que se ganaron antaño como guerreros sin igual. Dad vuestra sangre por Pulse, dad vuestra vida, y salvad al Imperio de la barbarie que se avecina.

—¡Gloria a Pulse! ¡Gloria a Dios! —gritaron casi todos los presentes.

Alrededor de Martín había muchos nobles luciendo los blasones de las casas señoriales. En el centro de la nave principal permanecía Argnor III, el anciano emperador de Pulse, escoltado por una guardia de veinte alabarderos. Los rayos del sol descendían a través de las vidrieras como si desde el cielo se hubiera abierto un camino de luz hasta el monarca. Y más de uno lo habría jurado así al salir del templo.

Martín se sentía orgulloso de participar en un evento tan importante, rodeado de gente destacada. Se consideraba un soldado de Dios, y como muchos otros juró, aunque en silencio para no desagradar a Laertes, que no volvería a Tesara si no conseguía doblegar a los orientales.

**Aquí finaliza la primera de las tres partes que forman la novela Raazbal. Si te ha gustado, puedes leer el resto de la novela adquiriéndola en Amazon.**

**Más información en [www.raazbal.blogspot.com](http://www.raazbal.blogspot.com)**